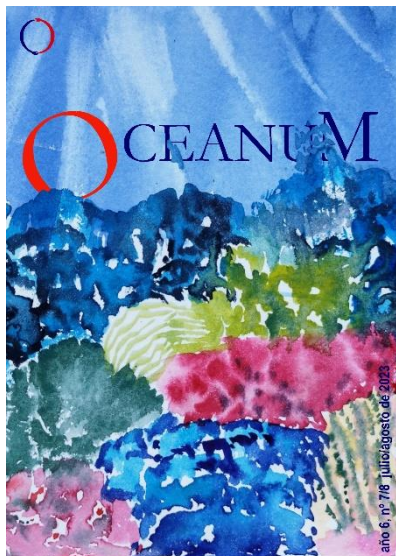




OCEANUM

año 6, nº 7/8 julio/agosto de 2023



OCEANUM

Revista literaria independiente

Año 6, nº 4

Abril de 2023

Editada en Gijón (Asturias) por

Miguel A. Pérez García

revista@revistaoceanum.com

Dirección:

Miguel A. Pérez

Miguel@revistaoceanum.com

Comité editorial:

Pravia Arango

Javier Dámaso

Miguel Quintana Viejo

Corrección de textos:

Andrea Melamud

correcciondetextos@andreamelamud.com

Página web:

www.revistaoceanum.com

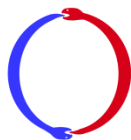
Sara@revistaoceanum.com

ISSN 2605-4094

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de los contenidos de la presente publicación sin los permisos expresos de la revista y de los autores correspondientes.

Las opiniones vertidas en cada artículo como ejercicio de la libertad de expresión son propias de su autor y en modo alguno identifican a la revista *Oceanum*, al Comité editorial o a los demás autores.

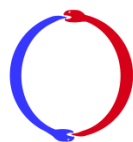
Suscripción a la revista: suscripcion@revistaoceanum.com



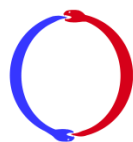
Con el número de *Oceanum* correspondiente a los meses de julio y agosto cerramos nuestra quinta singladura, desde aquel 2018 que ahora parece tan lejano. La velocidad a la que discurren los acontecimientos y la voracidad con que las últimas noticias se tragan a las inmediatamente anteriores deforman nuestra percepción temporal y, como si viésemos el mundo a través de un gigantesco teleobjetivo, todos los sucesos terminan aplanados en un pasado casi uniforme en el que no es posible distinguir qué está más cercano o más lejano en el tiempo. Todo parece viejo, perteneciente a una existencia anterior casi olvidada.

A esta sensación de antes-después de tintes maniqueos ha contribuido una pandemia de dos años que ha puesto el mundo patas arriba y ha enfrentado al ser humano con su imagen especular para destacar sus limitaciones y, de alguna forma, hacernos saber que nuestras posibilidades son limitadas y que podemos abandonar esa sensación de inmortalidad de los tiempos de la infancia y de la adolescencia. Pero más allá de “poner las cosas en su sitio”, la pandemia ha marcado una división temporal que define como antiguo todo aquello que ocurrió antes. Desde ese punto de vista, *Oceanum* es una revista cuyos orígenes se pierden en esa nueva noche de los tiempos... Sabemos que no es así y que aún no llegan a sesenta el total de números que hemos publicado, pero cuando miramos hacia atrás, a unos orígenes que solo se remontan a septiembre de 2018, no podemos evitar que ese momento nos parezca lejano en el tiempo. En cualquier caso, con este número cerramos el curso y nos tomamos unas vacaciones hasta reaparecer con más fuerza —así esperamos que sea— el tercer lunes de septiembre, el día 18, cuando celebremos nuestro quinto aniversario.

Mientras tanto, disfruten con el verano boreal, tómense un respiro y lean un buen libro. O más de uno. Desde *Oceanum* les deseamos unas buenas vacaciones.



6	La galera		
	Julio Llamazares, <i>Vagalume</i>	Pravia Arango	6
	Entrevista a Pedro Luis Chinchilla	Ginés J. Vera	9
14	Dentro de una botella		
	David Brin: la distopía razonable	Miguel A. Pérez	14
21	Estelas en la mar		
	Con la poetisa Concha García	Encarnación Sánchez	21
	Antonino Nieto Rodríguez:		
	La voz poética del malditismo lírico actual	Pilar Úcar Ventura	24
30	La otra orilla del Estigia		
	Hablamos con Pedro Lemebel	Pravia Arango	30
35	Outros mares		
	Soidade	Augusto Guedes	35
37	Otres mares		
	Quedamos solos...	Alfredo Garay	37
39	Espuma de mar		
	Premios y concursos literarios		40
	Con un toque literario	Goyo	45
	Obituario		47



48 Gran Sol

Films de París. Fragmento de <i>Todo al vuelo</i>	Rubén Darío	48
---	-------------	----

80 Nuevos horizontes

El radiorreloj	Oswaldo Beker	81
----------------	---------------	----

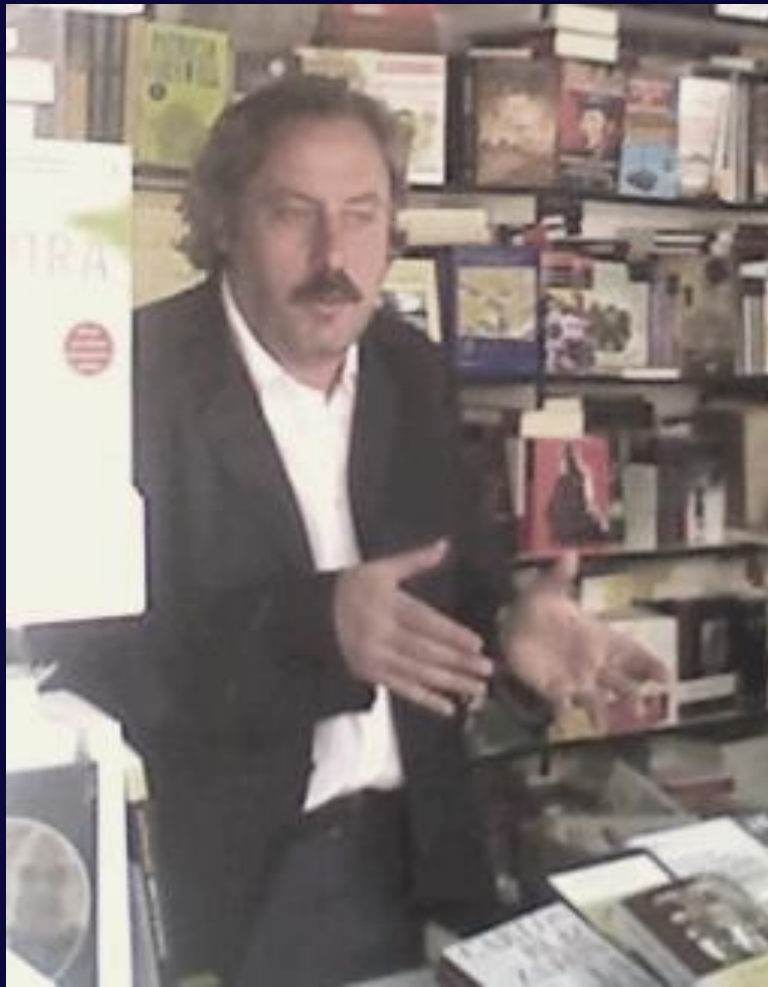
Abrazos	Ginés J. Vera	89
---------	---------------	----

Esperando resultados	Goyo	93
----------------------	------	----

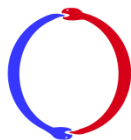
La tata	Encarnación Sánchez	96
---------	---------------------	----

<i>Etcétera</i> , o La clase de latín	Miguel Quintana	100
---------------------------------------	-----------------	-----

109 Créditos de fotografía e ilustración



Julio Llamazares, *Vagalume*



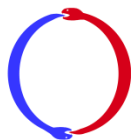
Pravia Arango

El actor español Antonio Resines hace o hacía un anuncio publicitario donde pretende concienciarlos de que hay productos con sobrecoste sin valor añadido; por ejemplo, un café en taza de diseño, espuma con dibujo y caramelo de autor. La mayoría de los oficios (panadero, dependiente, monitor de autoescuela, conductor de funerarias...) consisten en una operación de trueque por dinero, y a correr. No obstante, hay dos profesiones que tienen algo (me resisto a usar el término valor) añadido; los oficios son artista y meretriz. En el primer caso, el algo es positivo y se acerca a lo que se conoce como prestigio social; en el otro..., ponga usted los antónimos. Pero los

dos curros propician preguntar/se: *¿por qué escribe usted?, ¿por qué no dejas el quicio de la mancebía y te pones a cuidar ancianos, Melany?*

Bien. En estas líneas conocerá usted por qué escribe Julio Llamazares, puesto que la respuesta a esa pregunta forma parte de su última novela *Vagalume*. “Vagalume” significa luciérnaga en gallego y portugués, y así se ve Llamazares en su devenir de escritor nocturno cuando el mundo duerme y él enciende una lámpara y vaga con su imaginación y vaga con idas y venidas de la mesa de trabajo a la ventana y vaga con la pregunta que le importuna como un moscardón de verano, *¿por qué escribo, qué he hecho yo con mi vida?* Como decía antes, la respuesta es parte de *Vagalume*, donde Julio concluye que una novela es un tumor emocional que crece y crece hasta que no hay otra que expulsarlo. Llamazares en esa reflexión metaliteraria da voz a las palabras de José Ángel Valente, “la poesía es el poso gris de una hoguera que persiste cuando el viento pasa y se lleva la ceniza”; es más, Llamazares amplía y cambia el hipónimo “poesía” por el hiperónimo “literatura”.

Poesía, literatura, abstracciones que, en el caso de *Vagalume*, se concretan en un chispazo real: la vida del editor de Seix Barral, Mario Lacruz que muere dejando una obra literaria secreta de catorce novelas, varios guiones de cine y una biografía de Gaudí. Lacruz es una epifanía para Llamazares porque le deja negro sobre blanco que escritor es quien escribe independientemente de lector, y que Cartarescu está acertado al decir que seguiría escribiendo aunque desapareciese el último lector del mundo. También le parecen muy oportunas las palabras de Juan Rulfo al señalar que escribió *Pedro Páramo* para poder leer la novela ideal que no encontró mientras rebuscaba en su biblioteca en una noche de insomnio.



De escribir, escritura, escritores va *Vagalume*. Hay homenajes a escritores a destajo como Corín Tellado, Lafuente Estefanía; también hay literatura en la literatura (cuentos y hasta una obra de teatro) pues escribir es cantar y encantar contando (Mateo Díez). Y es mentir; idear una mentira como única forma de trascender una verdad que en muchos casos es pobre y poco convincente.



Todo lo que pasa en la novela se ubica en una ciudad imaginaria; eso sí, es una ciudad del interior y, sobre todo, crepuscular. Y lo es porque el protagonista vuelve allí tras treinta años de ausencia y se siente extranjero en un paisaje que es inmutable, pero con una mirada nunca igual. Ese tono crepuscular que recorre el espacio de la novela supone la constatación de la pérdida, pérdida que siente el autor cuando vuelve a pasear por Oviedo, donde transcurrieron algunos de sus años universitarios; pérdida y constatación de no ser ya el que fuiste. No

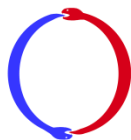
obstante, Julio Llamazares ni idealiza el pasado ni el presente ni el futuro: todo cambia, nada más; tal vez quede un poco de nostalgia de la pasión de la juventud, tal vez.

En un momento dado, el conferenciante enmudece, puede que las palabras ya no estén a la altura de los sentimientos como dice Miguel Torga. Entonces alguien dice palabras de agradecimiento, suenan aplausos..., pero eso ya no me incumbe. Busco el cartel de salida y avanzo.

Curiosidad. *Vagalume* está dedicada al hijo del autor en un intento de aliviar la mala conciencia de padre poco comprometido con su hijo en favor de la literatura. Esa mala conciencia resulta pandemia en el caso de las madres. Habrá que seguir pensando, seguir dudando, porque “la duda es la luz del pensamiento” (Emilio Lledó).



Entrevista a
Pedro Luis Chinchilla



Ginés J. Vera

En este número de nuestra revista *Oceanum*, el que precede al paréntesis vacacional, he querido dar voz al escritor, documentalista y divulgador Pedro Luis Chinchilla. Su libro *Los prisioneros de la Armada Invencible* (Ediciones B) nos trasladarán a las procelosas aguas del Atlántico en una época donde nuestros navíos eran un referente. Un poco de historia y grandes dosis de curiosidades sobre aquel episodio de 1589 —que muchas y muchos estudiamos en el colegio— nos esperan en él y en las palabras de su autor. Espero que las disfrutéis a mares. Feliz verano.

En el centro de este libro, con una ardua labor investigadora detrás, está un hecho curioso. El de que se ha escrito poco acerca de los prisioneros de la Armada Invencible en la historiografía. Recuerdo mi etapa escolar en donde se nos hablaba del desastre de aquella contienda,

la supuesta cita de Felipe II... Lo que desconocía es que hubiera pocas referencias en la bibliografía española. Brevemente, ¿a qué se ha debido?

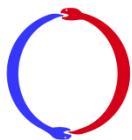
Posiblemente, a que en el imaginario colectivo este suceso se compartimentó en el lugar reservado para los hechos vergonzosos y fallidos de la Corona hispánica de la que parece que, según muchos historiadores y divulgadores, únicamente hay que hablar de sus victorias y logros.

Mientras tanto, para el Reino Unido es un hito fundacional de su identidad como país y tienen este episodio (a nivel popular, no en el académico) absolutamente mitificado.

En cualquier caso, estas dos visiones son absolutamente erróneas. Ni el episodio de la armada de 1588 fue ni una derrota ni un absoluto fracaso para la Corona hispánica (esta contienda acabó en 1604 con un tratado de paz ampliamente favorable para los intereses de Felipe III), ni los ingleses consiguieron una aplastante derrota que pudiese comprometer los intereses de Felipe II.

En cualquier caso, y gracias a autores como Colin Martin, Geoffrey Parker, Antonio Luis Gómez Beltrán, Manuel Gracia Rivas, Hugo O'Donnell y otros, hoy la visión de estos sucesos está mucho más cercana a la realidad de lo que nunca estuvo, aunque nunca ninguno de ellos abordó el tema de los prisioneros capturados en la contienda que ni siquiera habían sido contabilizados hasta ahora.

Vuelvo a lo de las clases escolares porque me ha llamado la atención que se nos dijera que fue una debacle y, al parecer, no lo fue tal. La expedición regresó a puerto español con un alto porcentaje de su capacidad. Por no hablar de lo que sucedió un año después, la Contra Armada. ¿Nos lo comenta?



El 75 % de la expedición regresó a puertos gallegos y cantábricos al finalizar esta. Repito: el 75 %. De hecho, esto fue un gran logro del injustamente vilipendiado duque de Medina Sidonia. Dotaciones de esta armada, así como sus cañones instalados en tierra, infringieron a la Corona inglesa (tan solo un año más tarde, en 1589) la que posiblemente haya sido la mayor victoria militar española sobre Inglaterra, la llamada “Contra Armada”, en la que el intento de destruir a la flota recién regresada y saquear y piratear puertos y navíos hispánicos terminó siendo una auténtica debacle para Isabel I; una absoluta humillación que ha estudiado de manera magistral mi querido amigo Luis Gorrochategui.

A Luis Gorrochategui lo menciona en varias ocasiones en su libro y ahora aquí. Precisamente, quería preguntarle al hilo de su trabajo, porque tuve el placer de entrevistarlo también para la revista *Oceanum*, en el número de septiembre de 2022.

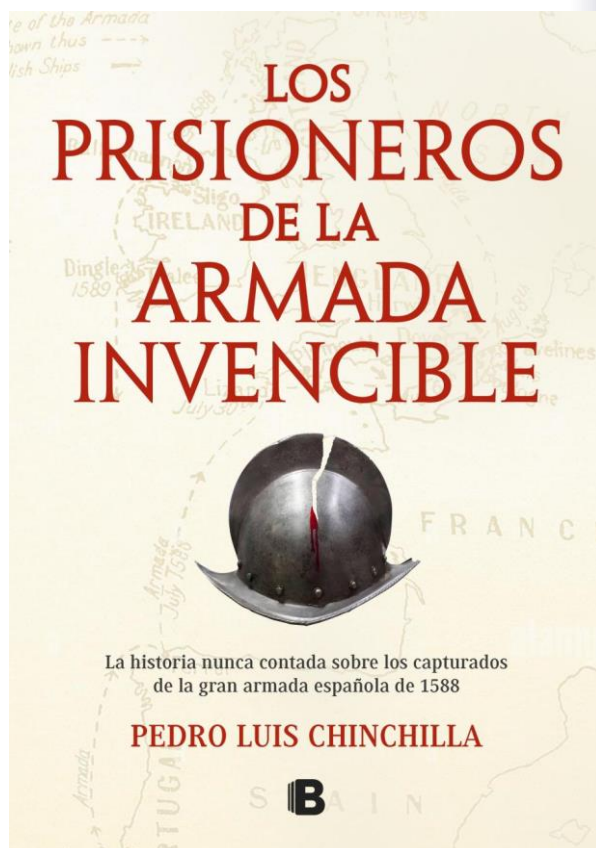
La labor de Luis Gorrochategui es digna de ser reconocida. No debemos olvidar que su investigación es, con mucha diferencia, la más completa y veraz sobre el episodio de la Contra Armada de 1589.

El capítulo “Tragedia de los prisioneros de Irlanda” creo que es el más aterrador. Vivieron una situación de especial crudeza que quizá muchos lectores no entiendan, por lo que me gustaría que nos adelantase algunas observaciones tuyas para no caer en animadversiones y otras muestras de nuestro carácter mediterráneo.

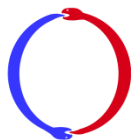
Irlanda en 1588 todavía no podía considerarse territorio inglés. Era un territorio hostil y desordenado al que Inglaterra intentaba, a duras penas, someter.

La situación de las fuerzas inglesas en la isla, con menos de mil efectivos mal alimentados y

peor armados, hizo que estas fuerzas fuesen incapaces de gestionar la llegada de cientos de hombres supervivientes de la Armada. El temor a las posibles alianzas entre tropas hispánicas y clanes locales propició que el lord diputado William FitzWilliam y el lord presidente Richard Bingham ordenaran una ejecución sistemática de los prisioneros, muchas veces sin ni siquiera un encarcelamiento previo.



De entre todas las naves implicadas en aquella jornada, he escogido una, la Gran Grifón, para que nos hable brevemente del destino de su tripulación. La razón es porque aquella se menciona en otra entrevista para *Oceanum*, en mayo de este año. Concretamente, al capitán de navío de la Armada, Luis Mollá. La Gran Grifón tuvo una destacada actuación en el verano de 1588. Una suerte (debería entrecomillarlo) que Escocia fuera entonces una potencia neutral, me imagino.



El rey escocés, de hecho, hizo de Escocia una suerte de “campo de refugiados” para los españoles naufragados en Irlanda que atravesaban la isla y eran trasladados a Escocia con la ayuda de los clanes locales católicos. También lo hizo así con los supervivientes del Gran Grifón, aunque esta urca naufragó en uno de los sitios más inhóspitos del planeta, la isla de Fair, a medio camino de las Shetland y las Orcadas.

La lección de supervivencia de estos hombres es algo digno de ser conocida. Que más de trescientos cuarenta hombres intentasen subsistir en una isla en la que apenas podían sobrevivir sus sesenta habitantes locales nos regala uno de los episodios más increíbles narrados en nuestra investigación.

El destino de quienes no perecieron en los combates navales de ese episodio fue dispar. Algunos fueron apresados y liberados, otros se fugaron y, lamentablemente, otros fueron ajusticiados vilmente. Esa desigual suerte tuvo que ver con varios factores. Por ejemplo, con el país de *acogida* (entre comillas). Háblenos de ello, ya que es también la forma en la que ha estructurado esta obra para facilitar nuestra incursión a los hechos.

Aunque nosotros organizamos nuestra investigación estructurándola según el lugar donde fueron capturados estos hombres (Francia, Inglaterra, Países Bajos, Escocia e Irlanda), lo cierto es que esta estructura se desvanece debido al tránsito relativamente frecuente entre uno y otros lugares. Así pues, hay prisioneros capturados en Irlanda que son trasladados a Inglaterra y luego a los Países Bajos.

Lo cierto y verdad es que, tanto el lugar de su primera captura, como su nacionalidad y como su estatus social, determinaron absolutamente el destino final de cada uno de los capturados.

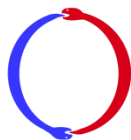
Desde que el hombre es hombre, no sé si decir antes incluso, la categoría, el estatus, el dinero y alrededores ha marcado su devenir. Lo vemos en este libro, pues no tuvieron el mismo trato la gente de a pie que los oficiales, incluso a la hora del pago del rescate también hubo consideraciones. ¿Es así?

Los llamados en los archivos “hombres principales” pudieron sobrellevar su cautiverio, aunque no de manera generalizada, mucho mejor que los pobres marinos y soldados. Mientras que estos últimos eran mantenidos con lo mínimo suficiente para mantenerlos con vida, al menos tres docenas de nobles y capitanes pasaron su cautiverio en casas de gentilhombres ingleses de su igual categoría social, de manera que, en muchos casos, se produjo un acercamiento personal o, al menos, un respeto mutuo basado en el trato entre iguales.

En cuanto a los rescates, el precio de la libertad fue tan dispar como las diez libras por un soldado (unos 8 700 euros) o las 1 650 libras (casi 500 000) euros por un maestro de campo. Siempre se ha dicho que “todo hombre tiene su precio” y aquí lo vemos en su faceta más cruda y realista.

Una de las aportaciones que más valoro en su libro, más allá de los capítulos centrales, son los anexos. Esa *tabla de prisiones citados en el texto* creo que es la esencia misma de esta obra. La de poner nombre y apellidos, en la medida de lo posible, a quienes han estado silenciados durante más de cinco siglos. Solo de pensarlo me entra un sentimiento difícil de describir. Pero prefiero que nos hable de los suyos, de la responsabilidad de lo escrito, de lo que experimentó desde el inicio de la investigación.

Todavía hoy, cuando presento el libro en distintas ciudades de España e Irlanda, intento hablar de los prisioneros oriundos de la zona donde estoy haciéndolo y nombrarlos en voz alta por primera vez después de 435 años.



Cuando lo hago, siempre me emociono. Puede parecer difícil de creer, pero el vínculo creado con estos hombres durante estos dos años y medio de investigación, el intentar no dejar a ninguno de ellos en el olvido, da su mayor dimensión a esta investigación y a mí de manera muy personal.

Además de las tablas y la extensa bibliografía, encontramos códigos QR y algunas imágenes. Me detengo en una de ellas para que nos hable del material gráfico incluido en su libro. La que comento es una de la prisión de Bridewell, en el capítulo dedicado a *los hombres capturados en Francia*.

Para la historia de los prisioneros capturados en Irlanda e Inglaterra, la prisión de Bridewell es un lugar de concentración de estos. Un lugar infame donde pasaron hambre, frío, enfermaron y algunos murieron. Es uno de los lugares más destacados de nuestra investigación y del que apenas queda una placa que lo recuerda en Londres.

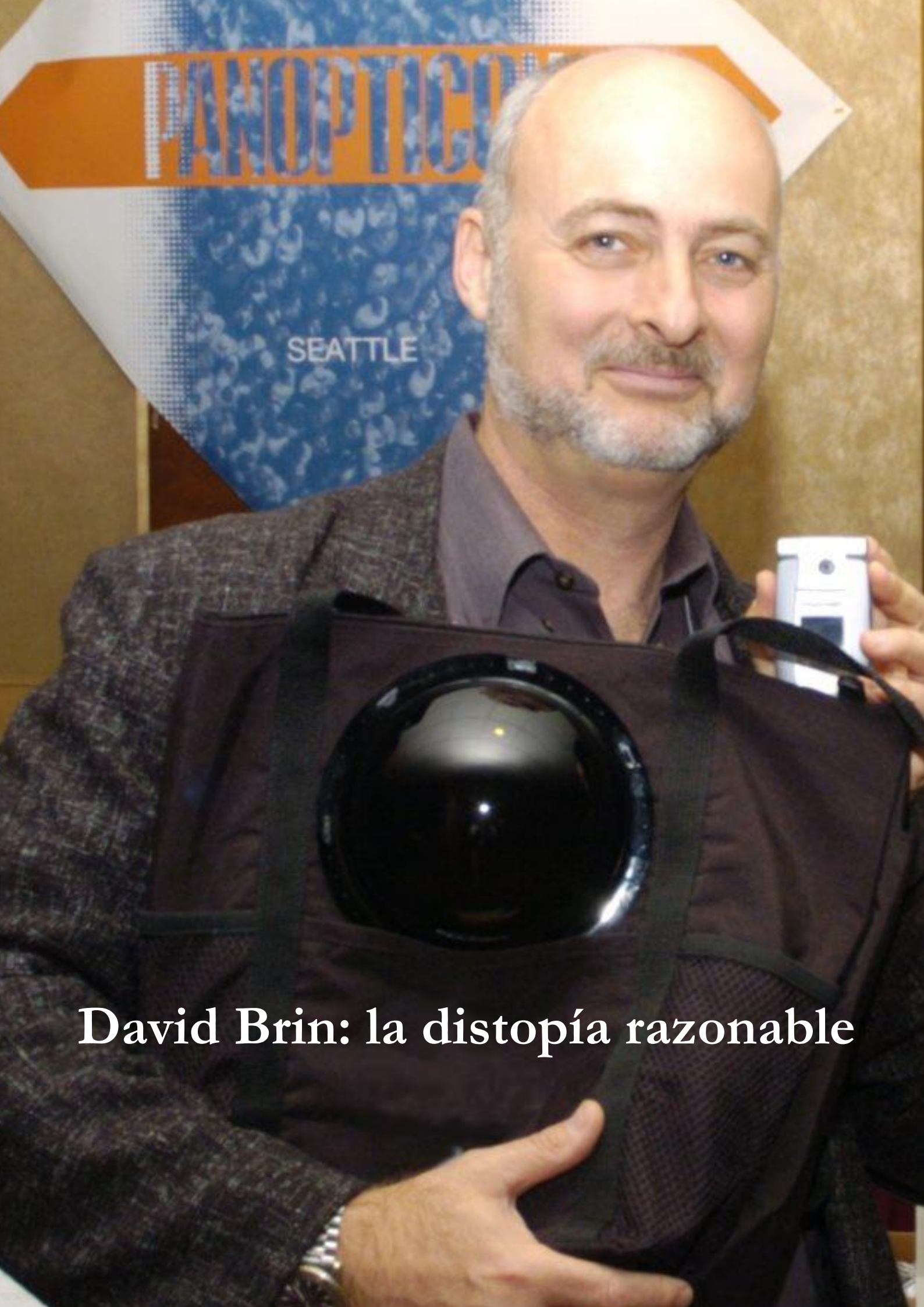
Los códigos QR del libro permiten al lector (y a cualquier investigador) acceder a la base de datos completa donde figuran casi ochocientos hombres y los datos que hemos podido averiguar de cada uno de ellos, así como a un mapa interactivo donde poder viajar virtualmente a todos los lugares relacionados con la historia de los prisioneros de la Armada Invencible.

No ha sido fácil escoger una última pregunta, porque hay mucho en esta obra y descubrimos un montón de curiosidades. Pero, si me permite, le preguntaría por el boticario Lope Ruíz de la Peña y la relación (por así decirlo) con Agatha Christie. Más allá de lo excepcional de la fecha de liberación de mi colega boticario, de ahí mi doble interés.

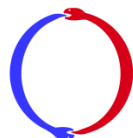
El boticario Lope Ruiz de la Peña fue asignado como prisionero a un noble inglés llamado George Cary. Este estaba tan feliz de tener un

“médico particular” en casa que se resistió a liberarlo hasta nueve años después de su captura. La vinculación con Agatha Christie se debe a que la residencia de Cary, Cockington Court, fue un lugar muy querido por la maestra del suspense, ya que viajó hasta allí en numerosas ocasiones para pasar sus vacaciones cuando era una niña.





David Brin: la distopía razonable



Miguel A. Pérez

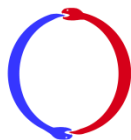


Sin duda, Kevin Costner es una de las caras más conocidas del cine norteamericano, de los primeros en lanzarse por el camino de las películas de tres horas, después del ocaso de las grandes superproducciones hollywoodienses de los sesenta del siglo pasado. En realidad, no hay nada censurable en que una película se extienda en el tiempo si consigue sujetar las posaderas del espectador a la butaca del cine o evitar que se levanten del sofá para acudir a la nevera o al baño. Así es, si la trama resulta más atractiva que una cerveza o incrementa el poder de las vejigas de contener más líquido, no hay nada que objetar a esos metrajes casi eternos. *Bailando con lobos* (*Dances*

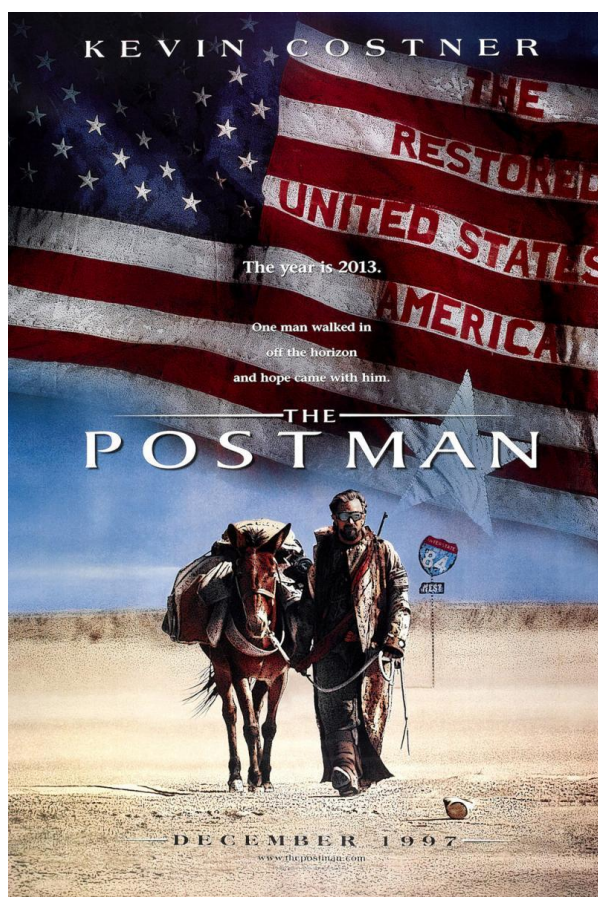
with wolves, 1990), dirigida y protagonizada por Costner, fue ganadora de siete Oscar y la triunfadora del año en el reparto de estatuillas de la Academia. De esa forma, tras haber alcanzado el estrellato como protagonista de *Los intocables* (*The intouchables*, 1987), *Bailando con lobos* le permitió alcanzar la cima del cine, una cima de ciento ochenta y un minutos de metraje que no impidieron un éxito clamoroso, tanto en la taquilla como entre la crítica. El problema es que, después de la cima, cualquier camino apunta hacia abajo. Y llegaron *Waterworld* (1995) y *El mensajero del futuro* (inadecuado y absurdo título en España para *The postman*, 1997), sin éxito de taquilla y con muchos palos de la crítica. Las algo más de dos horas de la primera se hacen insufribles y cansinas, las casi tres horas de la segunda terminan por aburrir.

Al margen del final *made in Hollywood*, común a las dos cintas, con los malos derrotados y con la entrada de los buenos en el paraíso terrenal correspondiente, ambas propuestas hubieran sido atractivas por la forma de plantear un futuro distópico postapocalíptico. Sin embargo, la puesta en escena resulta aburrida y llena de estereotipos, con lugares demasiado comunes en un mundo cinematográfico que empezaba a dar muestras de agotamiento como propuesta general. Si el cine es imagen, *Waterworld* agota las posibilidades de fotografía tras los primeros minutos y, desde entonces, no deja de ser más que una postal azul de una balsa de aceite. Por eso es recomendable para superar los episodios de insomnio. Si el cine es guion, solo *The postman* merece la pena. Sin embargo, el cine debe ser algo más que imagen y guion, y ese algo más es de lo que carecen ambas películas.

A pesar de todo, reconozco que la propuesta bienintencionada de *The postman* me resulta interesante desde varios puntos de vista, todos ellos relacionados con el mensaje que pretende



transmitir y que se adentra en plantear la existencia humana sustentada en los pilares de la sociedad y la importancia del Estado como garante del contrato social que ya definía Rousseau en el siglo XVIII. En estas condiciones, con una puesta en escena que se acerca más a un *spaghetti western* —con todos los respetos hacia ese cine, excelente cuando no pretende ser más que eso— y en el que solo se echa en falta el poncho que Eastwood compró en el aeropuerto de Barajas, con sus ciento setenta y siete minutos de metraje analgésico y su final almibarado, solo quedaba la opción de bucear para encontrar la fuente de ese interés: la novela en la que se basó Kevin Costner para perpetrar su película.

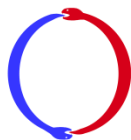


David Brin (6/10/1950), autor de *El cartero* (*The postman*, 1985, la obra en la que se basa la película homónima), es un escritor californiano bastante conocido en el ámbito de la novela de ciencia ficción por haber conseguido los premios Nebula, Hugo (en dos ocasiones),

Campbell y Locus, algunos de los galardones más codiciados por los escritores de ese género. De hecho, su fama ha sido suficiente para que un asteroide descubierto en 1991 lleve su nombre; esta roca es un habitante del cinturón de asteroides, de casi cinco kilómetros de diámetro que, en el caso de impactar contra la tierra, podría ser el agente de uno de esos futuros recurrentes en el subgénero postapocalíptico. No se preocupe. El asteroide Brin orbita tranquilamente el espacio entre Marte y Júpiter, sin preocuparse de lo que ocurre en el planeta Tierra, a cientos de millones de kilómetros de distancia, así que, si se produce un evento singular capaz de desatar el apocalipsis, probablemente no haya que buscar culpables en los cielos. Para eso ya estamos los humanos.

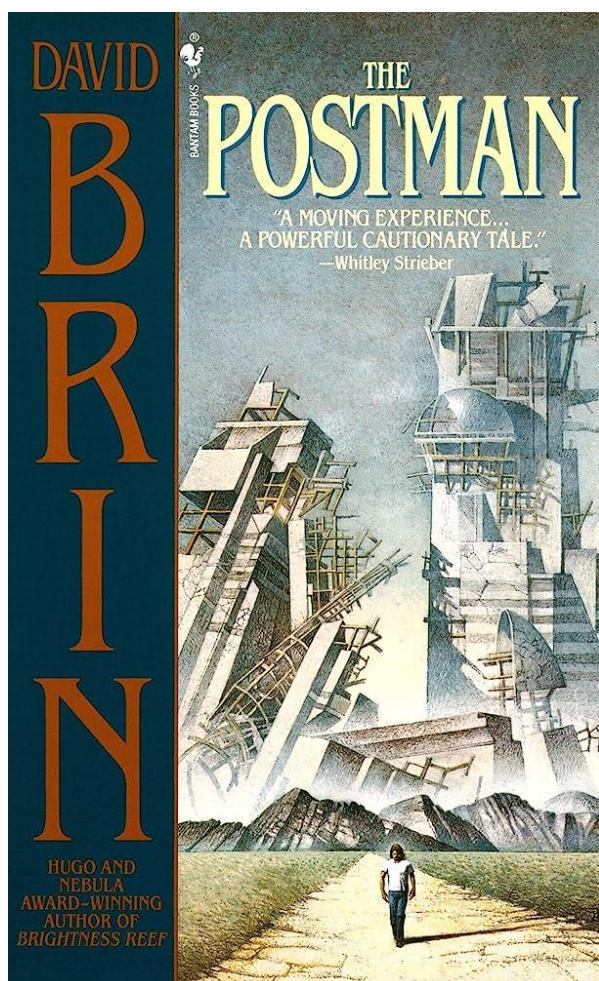
¿Otra pandemia? ¿Un virus que alguien saca en la suela del zapato de un laboratorio descuidado? ¿Una nueva guerra mundial? ¿Un accidente catastrófico? ¿Qué prefiere usted? Quizá se decante por el suicidio lento mediante cambio climático o por el ascenso imparable de la estulticia. Hay tantas causas que merece la pena disfrutar con cada amanecer, “por si acaso”.

En *The postman* no está claro cuál es la causa concreta del apocalipsis ni se precisa la forma en que se desarrolló, aunque se habla de una guerra definitiva, capaz de producir un punto y aparte para la existencia humana. Esto es de lo poco que tienen en común la novela y la película. Del resto, Kevin Costner tomó la idea principal, fundió en el protagonista del filme la totalidad de los papeles masculinos de héroe a lo largo del libro y, como no podía ser de otra forma, asumió en primera persona su interpretación: Kevin Costner es el cartero. El antagonista es un *holnista* (seguidor del ideólogo Nathan Holn), dispuesto a llevar a la práctica las propuestas de Holn, unas ideas que no se alejan mucho de los postulados reales de Donald Trump o de los que proponen cualquiera de los



imitadores populistas que amenazan el mundo real actual.

Sobre este fundido, el propio David Brin, en referencia a la película y las notables diferencias con la novela originaria, admitió que el resultado debía de ser la impresión de Costner sobre el conjunto del libro.

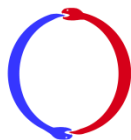


Nadie puede esperar que una obra cinematográfica, surgida a partir de otra literaria, se parezca al original como se asemejan dos gotas de agua. Los medios de expresión son distintos, de modo que algunos de los aspectos que caracterizan a uno no pueden ser representados en el otro y viceversa. Así, la fotografía (fondos, encuadre, movimientos de la cámara, etc.) no puede plasmarse en las páginas de una novela ni es fácil materializar en la pantalla todo lo que no sea un diálogo, un personaje o un escenario. Como consecuencia, solo es posible

afirmar que las películas “se inspiran” en las novelas y que, en el mejor de los casos, consiguen producir una sensación en el espectador similar a la que produce el correspondiente libro en el lector. Desde este punto de vista hay que entender la opinión de Brin sobre el resultado obtenido por Costner.

La idea principal —una constante en el universo literario de David Brin— es la importancia del Estado para salvaguardar la propia sociedad; en el caso de *The postman*, esta presencia estatal se manifiesta a través del servicio de correos de los Reconstituidos Estados Unidos de América, que aparece como el único hilo que queda para hilvanar de nuevo la sociedad tras la destrucción de todo el entramado del país y que esta diera lugar a una situación en la que los supervivientes del apocalipsis se agrupan en pequeñas comunidades, aisladas entre sí y llenas de carencias. Esa idea no siempre queda clara en la película y, en muchas ocasiones, se tiñe de un cierto patriotismo que, en la época en que se estrenó —finales del siglo XX—, no estaba bien visto, sobre todo entre la crítica cinematográfica especializada. Es cierto que hay signos fácilmente identificables con el patriotismo, como la bandera y el propio nombre de los Reconstituidos Estados Unidos de América, del mismo modo que el enemigo (los *holnistas*) presenta similitudes con la imagen estereotípica de las Waffen-SS y con toda la imaginaria del III Reich alemán, algo que también conduce a la misma idea por oposición: Estados Unidos contra el mal, Estados Unidos como garante de la civilización y, más aún, Estados Unidos como el embrión de la nueva sociedad. Al margen de esa primera impresión, lo que subyace es una idea más general, la del Estado como nexo de unión de todos los individuos y depositario del contrato social.

En la época en que fue rodada y se estrenó, la crítica más progresista cargó con fuerza contra la película, a la que achacó un patriotismo

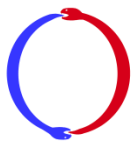


rancio. Una buena parte de esa crítica era estadounidense y ese origen produce opiniones viciadas porque el filme apunta hacia lo que solo se ve con facilidad cuando se llega de fuera. Para el visitante que hace turismo por Estados Unidos hay muchas circunstancias que le pueden llamar la atención, todas ellas, signos que apuntan en la dirección de una nación fallida que solo mantiene cohesionados los territorios gracias a un enorme poder económico y, sobre todo, militar. Esta afirmación, que puede parecer sorprendente, se sustenta en lo poco que se percibe el Estado. Las zonas residenciales están repletas de casas cuyos moradores cuelgan la bandera sobre el porche mientras se apostan a vigilar tras los cristales con un fusil de asalto. Saben [suponen] que ellos son su única defensa y que, si vienen mal dadas, su arma es lo único con lo que cuentan para tener alguna posibilidad. De hecho, la segunda enmienda consagra el derecho de todo ciudadano estadounidense a portar armas para defenderse; lejos de la visión de la National Rifle Association, más que un derecho, bien podría considerarse como una carencia de servicios por parte del Estado. Cuando llega la época de los incendios que sacuden periódicamente California, sorprende saber que muchos servicios antiincendios son privados y preservan solo las propiedades de quienes pueden pagarlos. Y esto es solo una parte del problema, a la que se puede añadir la educación y la sanidad, aspectos que están salvaguardados en alguna medida por los Estados europeos y que allí pertenecen al ámbito de cada uno y a su poder económico. El contrato social que han firmado los norteamericanos no tiene buenas coberturas...

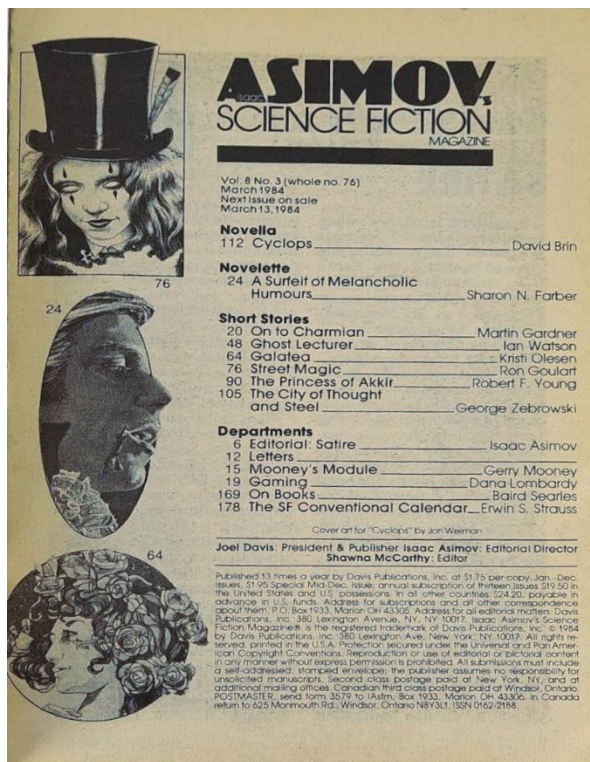
Como ventaja, les cuesta poco. Y, sobre todo, nadie tiene que cargar con el coste solidario de proporcionar un servicio a quien no puede permitírselo por sus propios medios. Esa solidaridad es precisamente la que identifica a una sociedad y la que convierte a sus miembros en un ente unificado y menos expuesto que cada ser individual. En *The postman* el cartero es el hilo

que pretende unir a los supervivientes tras el apocalipsis, un hilo en el que reside el cimiento de la sociedad, el principio del acuerdo, la primera línea del contrato. Si la película se hubiera estrenado en los tiempos que corren, habría sido la crítica más reaccionaria la que la hubiera vilipendiado. En ambos casos, Kevin Costner dio razones abundantes a críticos más progresistas y más reaccionarios para que hicieran leña, como su protagonismo excesivo, que roza con la omnipresencia, o el recurso de convertir la mayoría de las escenas en una reedición pastosa de las que se contemplan en cualquier *western*. Sobra seriedad y falta profundidad en un drama reducido a la resolución de algunas escenas de acción. Tampoco tensa la cuerda con el espectador, sino que la trama se desarrolla sobre cauces definidos y, a menudo, previsibles. En definitiva, aunque el mensaje que se pretende transmitir no es trivial y aunque se consiga en una buena medida, este queda diluido en un metraje innecesario. Las críticas —negativas— que recibió la película son merecidas.

El argumento es relativamente simple: el cartero, protagonista absoluto de la obra de Kevin Costner y algo menos protagonista de la novela de Brin, es un personaje que encuentra por azar unos sacos de correos al lado del esqueleto de un cartero auténtico. A partir de ese momento, se viste como tal con las ropas del fallecido y, de forma intencionada (en la película) o casi obligado (en la novela) se hace pasar por él. Así podrá prodigarse algo de comida y atención en los poblados que visita, a cambio de mantener abierto ese primitivo canal de comunicación entre sus moradores. Poco a poco, la idea se extiende y la red postal nacida de una mentira termina por convertirse en una certeza. El libro, a diferencia de lo que ocurre en el filme, resulta una propuesta mucho más extensa y ambiciosa, un análisis más profundo sobre los cimientos en los que se basa la sociedad a partir de un mismo escenario postapocalíptico. Hay muchos aspectos que se tratan en



la novela que, en el mejor de los casos, solo se insinúan en la película. Entre estos, cabe citar el que es para David Brin el segundo pilar de la sociedad, la tecnología. “Cíclope” es el título del segundo bloque de la novela —no se menciona en la película— y en la que se plantea la existencia de una sociedad tecnológica embrionaria controlada por una inteligencia artificial que funciona de una forma muy similar al oráculo de Delfos de la Grecia antigua. Además, a partir de los restos de dispositivos electrónicos que quedaron tras la guerra, Cíclope y los científicos que lo atienden —metamorfosados en una especie de sacerdotes— proporcionan algunos sistemas útiles para los habitantes de los lugares próximos. Los individuos les dan lo que encuentran con la esperanza de que arreglen o transformen esos restos en algo útil y, en la misma línea, comparten con ellos las viandas que producen. Esto también establece un vínculo individuo-Estado a modo de contrato social por el cual el primero “paga impuestos” y, a cambio, recibe determinadas prestaciones.

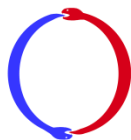


Este segundo bloque, *Cíclope*, fue, en realidad, un libro independiente que se publicó en 1984,

mientras que *The postman* se había publicado en 1982. Ambos fueron nominados para el Premio Hugo a la mejor novela. En 1986, David Brin decidió unir ambos textos y darles un final en una tercera parte algo más breve que las anteriores. El resultado tomó el título de la primera novela publicada y fue un éxito rotundo al ser reconocida con el Premio John W. Campbell Memorial, el Premio Locus y ser nominada nuevamente al Premio Hugo.



La tercera parte —corresponde a los bloques titulados “Cincinatus” y “Ningún caos”—, donde los *holnistas* toman mayor protagonismo, es la que tiene mayor calidad literaria, aunque su contenido cae en tópicos y visita demasiados lugares comunes. Por el contrario, las dos primeras partes —mucho más originales en contenido— poseen una prosa insufrible plagada de adjetivos (muchas veces epítetos), frases cortas deslavazadas, diálogos forzados, un hilo conductor caótico y párrafos ultracortos que agotan y obligan a una lectura en diagonal. El autor, sin recursos para mantener la atención del lector en el texto escrito, hace que este vaya a “lo magro” (el contenido) y se olvide por completo del vehículo que lo lleva. La traducción, a cargo de Francisco Jiménez Ardana, no solo no arregla el original, sino que lo



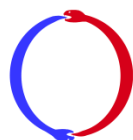
empeora aún más, al usar sin ninguna misericordia la secuencia adjetivo-sustantivo y el hipérbaton despiadado; esto produce una sensación tan desagradable que apetece corregir sobre el papel de la propia novela y volver a leer las frases. Si el texto en inglés es poco elegante y de prosa ramplona, el resultado de la traducción al castellano es, simplemente, condenable.

Del contenido de la tercera parte, solo merece la pena destacar la introducción del feminismo como el tercer pilar de la sociedad (la comunicación y la tecnología eran los otros dos), aunque quizá merecería un desarrollo menos sutil y no dejar el planteamiento del núcleo de la idea reducido a la antítesis al ultramachismo de los *holnistas*. Parece que tanta sutileza no va con Kevin Costner, quien redujo todo el mundo de la mujer en ese entorno postapocalíptico a la crítica del derecho de pernada y fundió los principales caracteres femeninos de la novela en una sola protagonista de la película.

En definitiva, la película no es una maravilla. El libro, tampoco. A la velocidad a la que viaja nuestro mundo, una película de 1997 y un libro de 1986 deben de llevar mucho tiempo fosilizados. ¿Por qué traerlos aquí? ¿No sería mejor dejarlos que duerman el sueño de los justos? Hay una razón. Probablemente usted sabe cuáles.



Con la poetisa Concha García



Encarnación Sánchez Arenas

presente en *Cuántas llaves*, el deseo de trascender la realidad cotidiana y su imposibilidad. Sorprende de este libro su coherencia con la obra anterior y la manera en que la poeta es capaz de avanzar en su capacidad de transmitir su concepción del mundo y del ser sin renunciar a expresarse como un yo múltiple, a pesar de la dificultad que comporta para el lector. Las voces del yo se superponen, pero no se solapan y rinden perfecta cuenta, como afirma en uno de sus versos, de que “el horizonte del ser es poroso”, según Rosa María Belda en *diablotexto* 6 (2002). Y cito los siguientes versos de este poemario:

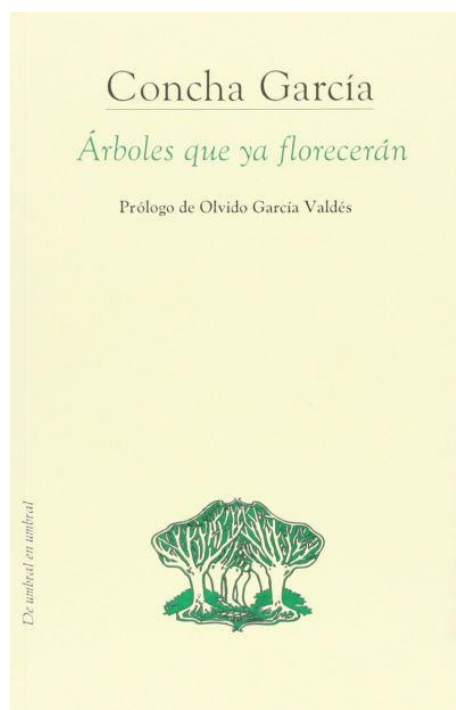
Una especie de mí que no soy yo
deja perpleja la estela de la tarde
en esos extraños recorridos
donde el labio estanca su decir.



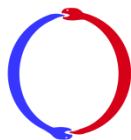
Concha García, poeta española nacida en La Rambla, Córdoba, 1956.

Entre sus poemarios citamos *Rabitos de pasas* (1981), *Por mí no arderán los quicios ni se quemarán las teas* (1986), *Otra ley* (1986), *Ya nada es rito* (1988), *Desdén* (1990), *Pormenor* (1992), *Ayer y calles* (1995), *Cuántas llaves* (1998), *Árboles que ya florecerán* (2001), *Diálogos de la hetaira* (2003), *Lo de ella* (2003), *Ya nada es rito y otros poemas, 1987-2003* (2007), *Acontecimiento* (2008), *El día anterior al momento de quererle* (2013), *Las proximidades* (2016), *Vasta sed* (2020), *Cuota de mal* (2022).

En *Árboles que ya florecerán* las dudas y el desencanto persisten al final del libro, también la sensación de derrumbe, de fracaso, que estaba tan



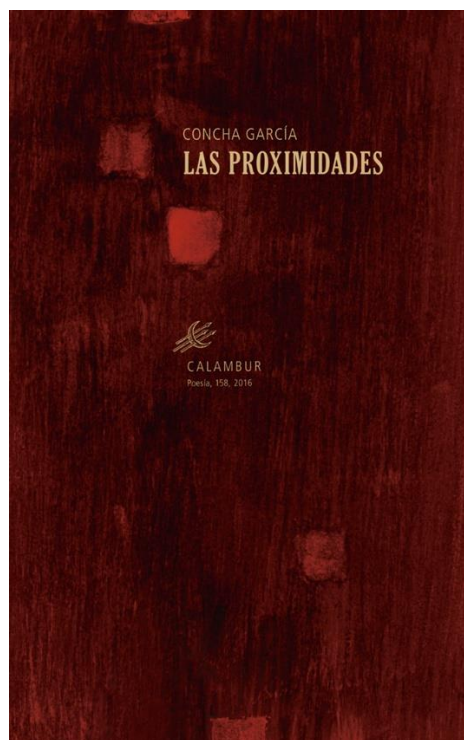
El libro *Ya nada es rito y otros poemas 1987-2003* sitúa la poesía de Concha García en su evolución en el tiempo, desde las búsquedas iniciales de un nuevo lenguaje a través de la radical ruptura con el lenguaje dominante, para dar expresión arriesgada y convincente a la vivencia erótico-amorosa en especial (en *Otra ley*, 1987, *Ya nada es rito*, 1988 y *Desdén*, 1990), hasta el fundamental *Pormenor* (1993),



que abre una segunda etapa centrada ahora en la cotidianidad de un sujeto femenino múltiple y, como será ya habitual en Concha García, descentrado, que celebra la vivencia, pero que también la padece (en *Ayer y calles*, 1994, *Cuántas llaves*, 1998 y *Árboles que ya florecerán*, 2001). Queda la última entrega poética, *Lo de ella* (2003), cuya principal novedad reside en la brevedad de los poemas, lo cual permite la expresión condensada y cargada de sentido de una voz poética ya familiar, nacida de la alteridad, la fragmentación, la escisión, espacios todos ellos impuestos y a la vez escogidos, como indica Virginia Trueba Mira en *Lectora* 14 (2008).



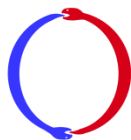
En *Las proximidades*, el cuerpo, siempre como contrapunto del espíritu, de lo trascendente, ha estado presente, no solo como germen del deseo, también porque la percepción de la vida es una sensación puramente corporal. Desde *Acontecimiento*, la mirada ha ido cediendo protagonismo al tacto: “*de mis dedos / salían pequeñas corrientes eléctricas / que movilizaban lo innombrable*”, según Rosa M. Belda en *Diablotexto Digital* (2017).



Texto publicado en el *Diario Jaén* el 22-4-2023



**Antonino Nieto Rodríguez:
La voz poética del malditismo
lírico actual**



Pilar Úcar Ventura

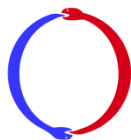
Sumergirnos
Hoy no he hablado contigo
Tampoco ayer
Ni nunca
-no es ningún consuelo el descifrar el nombre de la noche-
Pretérito y desconfiado
Descubro que es sobre la olvidada brasa de tus sueños
Sobre lo que se afianza
El poder de lo desconocido

La voz del escorpión, Sial, 2010

ntroducirse en cualquier “universo” literario entraña riesgos, y más, si nos ubicamos desde la perspectiva del análisis lingüístico y literario del poemario de Antonino Nieto Rodríguez, poeta gallego nacido en Verín; políartista, escritor versátil, innovador y vanguardista, representante del malditismo lírico de nuestro siglo xx español.

Sus libros, llenos de ideología, no pasan desapercibidos ni dejan indiferente al lector más aséptico, pues se incardinan en la tradición de cuantos, desde antes de Homero, se han encargado de avisarnos para que estuviéramos alerta porque la vida es cambiante, llena de luchas no aptas para adormecidos ni crédulos, porque vi-

vir tiene mucho de tragicomedia. Con sus poemas, rompe moldes de estructura lírica y contenido matérico, transforma poemas en prosa y viceversa, por medio de versos arrítmicos y estrofas desestructuradas para recorrer su historia personal y colectiva implicado con el ser humano como individuo y como sociedad, se abre en canal para compartir su yo más íntimo. Sus composiciones constituyen trazos lineales, algunos más largos que otros, incluso cortísimos, la sola escritura de un signo fonético y ortográfico. Su último título publicado *El pulgar de la alegría* (Ars Poética, 2022) continúa el hilo “narrativo” marcado por los anteriores: *Dibujas ausentes*, (Huerga y Fierro, 2006), *Un fantasma perfecto*, (Endymion, 2011), *La voz del escorpión*, (Sial, 2010), *Toda la carne y el infinito* (Líneas paralelas, 2016), *Escaleras del*



aire (Endymion, 2016), *El ojo del abismo toma de la mano el arco iris*, (Cuadernos del Laberinto, 2018), *Sudor del agua*, (Terra Natio, 2019), *La edad del tiempo*, (Terra Natio, 2019), *En el infinito no hay refugio*, (Cuadernos del Laberinto, 2020), donde el lector encuentra piezas a la manera del *kintsagi* japonés, recompuestas, que brillan por sí solas. Únicas. Rotundas, potentes, distintas, sorprendentes, hiperbólicas, transgresoras, un auténtico *melting pot* de contenidos, temas, ideas, pensamientos, desvaríos, encuentros y desencuentros, crítica acerada y oración dulce, esperanza acotada e ilusión previsor.

En la producción literaria de Antonino Nieto Rodríguez, se dan cita desde Calderón, Beckett, Nietzsche, Quevedo, Machado, Picasso, Lorca a la Biblia, pasando por la mitología clásica, Alfonso X, Jorge Guillén, Caravaggio, Kafka, Munch, Monterroso o Gloria Fuertes, Cortázar, Rosalía de Castro, todo un caleidoscopio referencial que ha dejado viva impronta en sus escritos, llenos de emociones que actúan también como depósito de influencias innatas y aprendidas.

Se consumó el verbo.

La distancia me revela sin espacio: me hace carne,
Vuelo sin ojos, sin corazón:

Para qué la tierra

Para qué tanta ausencia

Un fantasma perfecto, Endymion, 2011

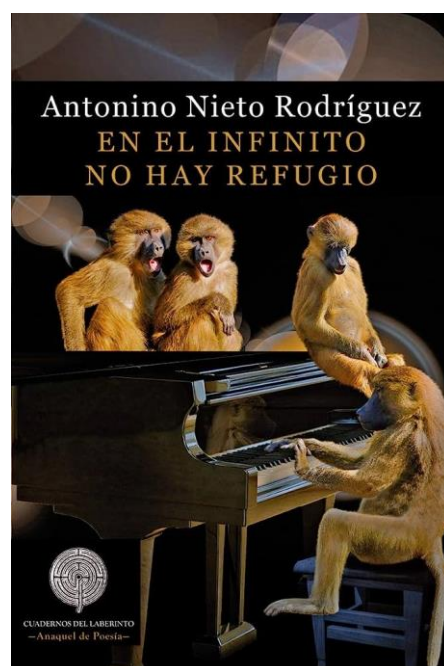
Conviene enmarcar a Antonino Nieto Rodríguez en torno a la fecha de 1965 en cuanto a sus inicios poéticos: vamos a asistir a la confluencia de la poesía de los 50, junto con la social y otros modelos innovadores basados en el realismo heredado de la posguerra junto con nuevos matices, algunos residuales pero significativos como el simbolismo o el esteticismo. Desde Biedma, Barral o Valente, Brines y

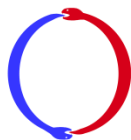
Nieto, entre otros; no pocos ejemplos de modelos extranjeros tendrán su baluarte entre ellos como Rimbaud, Ezra Pound, Eliot, o los hispanoamericanos Borges, Octavio Paz o Lezama Lima.

Todos ellos, coetáneos de Antonino, sacudieron a la crítica de su letargo con la forma y la estructura que ofrecían en sus versos; ¿o no eran versos? A veces los límites entre la prosa y el verso son difusos y se desvanecen; en Antonino Nieto Rodríguez constituye todo un sello identitario: pasamos de lo estético a la cochambre cotidiana sin transición, de la belleza de un sentimiento al descaro físico siempre sorprendiendo a público y crítica. Quizá sea ese uno de los objetivos de estos poetas, nada transitorios ni transicionales. La mezcla de figuras retóricas se entretiene con un vocabulario ordinario en perfecta mezcla de registros idiomáticos:

Y si el chupete –todo lo habido, la llama del sol, la
Genética, el corazón de la alegría –no reclutase sogas
En bendita comunión o masticado al alza de muertos
¿Y vivos?

En el infinito no hay refugio,
Cuadernos del Laberinto, 2020





Conscientes del intenso cambio que durante las décadas de los 80 y los 90 se producen, los poetas no desean desgajarse de su propia vida ni de la circundante, sino que la quieren acomodar a sus planteamientos personales y contextuales para reavivar la herencia de la tradición poética anterior. Afirma el escritor:

Intenté hacer una radiografía de los tiempos que estamos viviendo. De lo que veo y de lo que siento. Trato de radiografiar aquellas invisibilidades que se han convertido en el pan nuestro de cada día. Y una de las principales es la obediencia.

En cuanto a la “tramoya” en que centrar su lírica, va a utilizar elementos teatrales y cinematográficos introduciendo rasgos de coreografías y videos: escenarios grandilocuentes, llenos de pompa y boato, de estética barroca, veneciana, *hollywoodesca*, del modernismo, del simbolismo y los prerrafaelitas, del mundo del cómic, del jazz o del pop; llenos de sugerentes y atractivas imágenes:

No busca lo vivo su ración de carne
Busca celdas
Cementerios líquidos sin sombras...
Pasea arriba y abajo ventanas tristes
Opacas

La edad del tiempo, Terra Natio, 2019

La virtud del poemario de Antonino es el engarce que logra entre el pasado y la actualidad: los motivos de otros tiempos los hace presentes y nos los aproxima a pesar de la extemporaneidad para dar rienda suelta a sus fantasías, hiperbolizando aquellos aspectos de la realidad cotidiana que le parecen más atractivos, destacando los rasgos más humanos, bien para ridiculizarlos, bien para ensalzarlos, pero dejando siempre un espacio de ironía o de humor entre el poema y el lector:

Están los otros, claro: los que te cuentan
Y desabrazan y crucifican
En realidad, esos tú o ellos, están en ti y,
Aunque así no fuese, en nada cambiarías

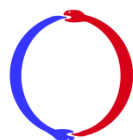
El ojo del abismo toma de la mano el arco iris, Cuadernos del Laberinto, 2018



Se trata de la eterna anécdota que expresa y comunica al lector el dolor y la alegría cotidianos, y que funciona muy bien en el cine y en la novela contemporáneas: de esto último sabe nuestro autor, pionero en puestas en escenas rompedoras y llenas de imaginación, sugerencias y emociones:

Nosotros agujeros en la nada
Ventanas del blanco —llaves, tijeras del aire—
[al polvo de agua
Mortajas de lo inmortal

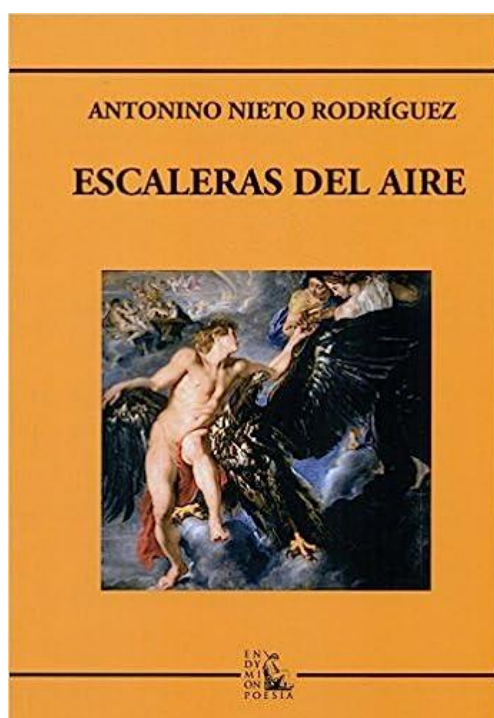
Escaleras del aire, Endymion, 2016



Alguno de los temas en los que le gusta incidir a nuestro poeta es la convicción férrea en afirmar que la poesía consiste en una forma de bucear en el misterio de la vida; todo un arcano desde el amanecer hasta la destrucción, de ahí que se resista a admitir la idea de aceptación absoluta del discurso de los poderosos; su poesía grita justicia dentro de los escombros, pero con la vista puesta en el futuro lleno de ecos de eternidad.

Lo peor que a un sueño puede pasarle
Es que se cumpla
Se le agota el aire
Pero entonces vive

Toda la carne y el infinito,
Líneas paralelas, 2016

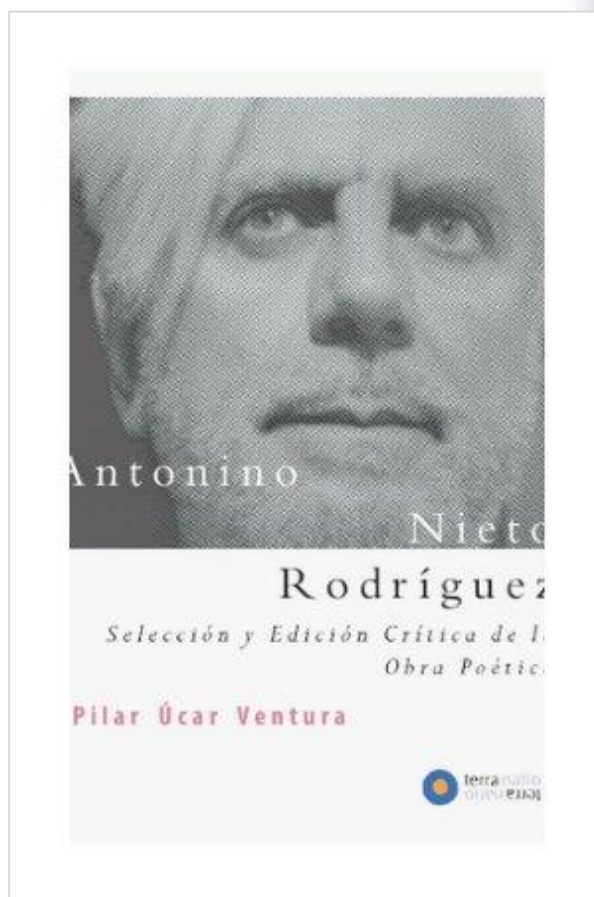


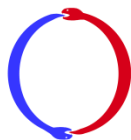
Su producción literaria lo convierte en un poeta singular, peculiar y muy personal, consciente de la importancia del trabajo constante y de la inspiración. Crear es trabajar, ayudar a la mente a formular y dar sentido especial a experiencias, pensamientos, inquietudes, satisfacciones. Parece que nos hable de un proceso espiritual, casi místico de un especial estado

del poeta para la creación; nada más lejos: un hombre como otros tantos, como los demás con ganas de participar comunitariamente a través del lenguaje, eso sí, con un estilo distintivo. En sus propias palabras:

Con todo ello y mucho más e incluso en ocasiones con menos, se me presenta el cuerpo de lo invisible: la revelación. Y en ese percudir lo insaciable se me dibuja también el hilo, que sin culpa ni rendición alguna, cuenta y descuenta: el alma: lo visible.

Domina la habilidad de la síntesis en los títulos tan sugerentes como llamativos; nos permiten adivinar el hilo narrativo para “desescombrar” lo fútil de la enjundia; son pistas para el lector al que encamina inconscientemente desde el principio hasta el final; en no pocas ocasiones observamos estructura circular que enmarca a la perfección el grito o el deseo, la lucha o la paz. En definitiva, hacer haciendo.



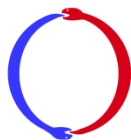


Los libros de Antonino constituyen un alegato contra la estupidez y la idiocia; cualquier intento de clasificarlo y etiquetarlo se desbarata; conviene pues encajar el ánimo y la disposición para leer en su poemario arte, protocolo urbano, herencias y futuribles. Verdades, credibilidad y salvación; ternura y gritos, arrullos y estridencias, la belleza indomable y la naturaleza domada. Muerte y vida. Ocaso y amanecer. Vida, siempre mucha vida. Vivir es decidir y decidir es perder.

La obra de Antonino Nieto Rodríguez supone un valor añadido a cualquier estudio sobre la poesía generacional de la centuria anterior y la presente.



Hablamos con Pedro Lemebel



Pravia Arango

En el infierno hay barrancos, casas, salas, árboles, frutas, túnicas y pozos de fuego, y alacranes de fuego, grandes como mulos. Cada alacrán tiene mil agujones de fuego y con cada aguijonada quema toda la carne de la persona y la carne se rehace de continuo. En el pozo más bajo del infierno hay una culebra de fuego. Cuando quieren abrir el pozo, le ruegan a Alá que no lo consienta porque el fuego de la culebra consume los otros fuegos como la leña. Y el fuego de la culebra se creó para castigar a los que oyen las aleyas del Corán y las echan a la espalda y no se preocupan más que de hacer su voluntad y procurarse placer.

Transliteración de un manuscrito aljamiado del s. XVII y que corresponde al número 8 de la Escuela de Estudios Árabes.

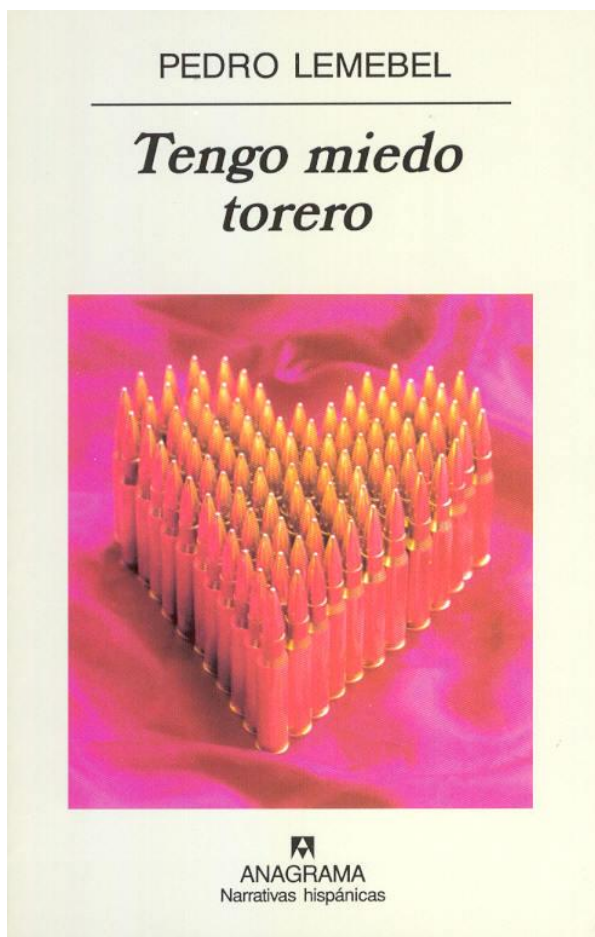
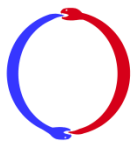


en el pozo de la culebra he quedado con Pedro Lemebel. Pero antes...

“Lemebel no necesita escribir poesía para ser el mejor poeta de mi generación. Nadie llega más hondo que Lemebel. Y encima, por si fuera poco, Lemebel es valiente, es decir sabe abrir los ojos en la oscuridad, en esos territorios en los que nadie se atreve a entrar”, dice Bolaño sobre Pedro Lemebel. Y añade: “Travestido, militante, tercermundista, anarquista, mapuche de adopción, vilipendiado por un “establishment” que no soporta sus palabras certeras, memorioso hasta las lágrimas, no hay campo de batalla en donde Lemebel, fragilísimo, no haya combatido y perdido”.

Lemebel, ¿tu novela *Tengo miedo torero* puede ser la novela del dictador chileno en un continente donde la novela de dictador constituye un subgénero como el policiaco, de terror o de ciencia ficción? Recordemos: *El discurso del método*, *La fiesta del Chivo*, *El señor presidente*, *Yo el supremo*, *Muertes de perro*.

Por darte gusto y como la necia lo dice, digo lo que dice la necia porque lo paga el vulgo. Algo de eso, Pravia, me dice tu compadre Lope de Vega, qué tío más pesado, todo el día *a esta ya la había montado yo, a la otra ya la había follado yo...*, ¡ya lo dicen en Cuba, los españoles y sus jineteras!



Avanzo, Pedro, ¿hay segunda vida para tu novela como reivindicación literaria del movimiento LGTBI? No sé si sabes que hay una reedición de 2021 en la editorial “Las afueras”.

Puede; no estoy al tanto de lo que pasa arriba.

No soy lectora de poesía, pero encuentro que eres un poeta original, atrevido, que aprehende lo que pasa con la unicidad del artista que tiene el don. Escoge una cita de estas que te he leído en *Tengo miedo torero*, a) “Pero la boca que antaño abultaba con *rouge* mora su beso travesti, todavía era capaz de atraer a un mamón con el mismo labial de su humedad perlescente”, b) “La mañana de ese día cortaba los espacios con biombos de luz dorada que reparían los ambientes en acuarios traslúcidos con estético diseño”, c) “El auto-cupido, cruzando las calles, era una flecha vegetal en el verde pestaño de los semáforos, el auto-nido volaba

culebreando obstáculos en el alquitrán transpirado del asfalto, el auto-pájaro, galopando aéreo, temblaba agitado en las manos nudosas, varoniles del Carlos al volante”, d) “En esa postura, con las rodillas juntas, acurrucada en el centro de la larga escalera, parecía más bien una niña, el garabato artístico del desamor”.

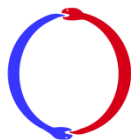
Pues escojo las cuatro, ya conoces el tópico de la madre a quien resulta imposible elegir entre los hijos.

Aclárame esta duda. En la contraportada de la edición de “Las afueras” se afirma que el título es el verso de una canción que interpretaba Sara Montiel. No obstante, creo que hay dos temas: “Tengo miedo”, de Sara Montiel y “Tengo miedo, torero”, el pasodoble que interpretan Marifé de Triana y Lola Flores. ¿Es un malentendido mío? Es más, en la novela citas tres versos del pasodoble.

Aclaro. Es “Tengo miedo, torero”, el pasodoble y me gusta más la versión de Marifé, pero pon el tema de Lola Flores que es más dramático, y yo lo soy mucho.



Vamos ahora con otro libro tuyo, *Poco hombre*. De la edición de este conjunto de crónicas periodísticas dice Ignacio Echevarría: “Dado que ha sido concebida y armada por una editorial chilena, destinada en principio a un público chileno, temía que no sirviera del todo para los lectores españoles y que hubiera que



adaptarla para la ocasión. Afortunadamente me equivocaba”. Por mi parte, creo que el libro demanda mucho conocimiento de un contexto histórico chileno del que carece un lector no especializado. Este libro me ha resultado muy interesante como prueba del ejercicio de estilo que es tu escritura. Tú, en el artículo “A modo de sinopsis”, señalas que “como una perra lacia me dejé embaucar por alegorías barrocas y palabrerías que sonaban relindas” (p.343). Y sí, creo que la forma aporta mucho, pero el contenido lo encuentro confuso, difuso, borroso, oscuro, difícil, intrincado, complejo, enrevesado, laberíntico, duro de pelar... ¿Qué opinas?

Pues si no lo entiendes, ya lo entenderás. Tienes un problema de nivel, Pravia, sabes que no tengo pelos en la lengua.



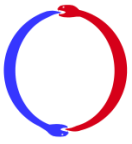
En “El abismo iletrado de unos sonidos” dices que “Muchos son los silencios impuestos por la cultura grafóloga a las etnias orales colonizadas, pero aprender esos silencios es reaprender a hablar. Usar lo que omiten, niegan o fabrican las palabras, para saber qué de nosotros se oculta, no se sabe o no se dice. Ese silencio es nuestro, pero no es silencio; habla como memoria que exorciza las huellas coloniales y reconstruye nuestra dignidad oral destrozada por el alfabeto”. Te pregunto. ¿No hay aquí postureo de la bondad total indígena frente a la maldad total del conquistador español? ¿No resulta paradójico, Lemebel, que sea el alfabeto el instrumento con que pretendes reconstruir tu dignidad oral destrozada? ¿No es el castellano el vino que mata y cura al Lázaro de Tormes que recibe el jarrazo del ciego? Pienso que la herencia lingüística española es un legado potentísimo y que no has estado fino.

(Silencio). No sabía que eras rencorosa y vengativa.

Insisto. Considero que América recibió con la conquista cosas buenas y malas. Se cometieron errores; es cierto, pero por ambas partes. Un ejemplo. Así como las ventajas europeas de una organización social más sofisticada y “democrática” se desaprovecharon en América, también en España se dilapidaron los metales preciosos americanos en guerras de religión. Insisto: se cometieron errores por ambos lados. En fin, que me interesa tu opinión sobre esto.

Otro día vuelves por aquí y te respondo con calma.

Acabo. En “Censo y conquista” escribes “antes que la empuñadura europea y la cuadratura de sangre otros eran los índices de medición en que rodaba la cosmología prehispánica. Los calendarios de piedra giraban en ciclos de retorno y centrífugas de expansión; en estrecha analogía con los periodos de fertilidad, sequía quietud...”. ¡Uf!, tópicos de que cualquier



tiempo pasado fue mejor, de alabanza de aldea..., ¡uf! como soy española, ¿debo ajustar cuentas con árabes, visigodos, romanos y llegar a mis antepasados de Atapuerca?

Repito, reina, visítame otra vez y platicamos.

Lo haré otro día. A ver si te encuentro más cooperador.



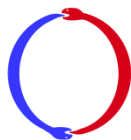
Skyline
Scaffolding
Hoists

per 7 Day

TD BANK

1st Locker

Soidade



Augusto Guedes

Melancolía

il pleure sur mon coeur
comme il pleut sur la ville

llueve sobre mi corazón
como llueve sobre la ciudad

P. Verlaine

Mañá volverá a chover
e non estaremos.
Quixera estender as miñas ás
e voar...
...mais chove.

As horas non pasan...
...chove

Hai fame nas esperas
fame de sol, fame por vivir
fame de terra, fame de home...
...pero chove

E os sonhos vanse facendo espesos,
pechando extremidades e fiestras
e fóra a alma e a chuvia...

Mañana volverá a llover
y no estaremos.
Quisiera extender mis alas
y volar...
...pero llueve.

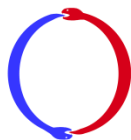
Las horas no pasan...
...llueve

Hay hambre en las esperas,
hambre de sol, hambre por vivir,
hambre de tierra, hambre de hombre...
...pero llueve.

Y los sueños se van haciendo espesos,
cerrando extremidades y ventanas,
y fuera el alma y la lluvia...

Quedamos solos...





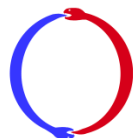
Alfredo Garay

Quedamos solos nesti cordal saláu,
fuxies les gaviotes,
enriba de montes líquidos
y cumes blanques.
Xeografía en movimientu
onde baila la güestia
con un gaxarte al hombru.
Ruxe'l norte como banda sonora
nesta historia pantasmal
au la muerte ye'l más real de los personaxes.
Mézclense rezos con cagamentos
y ensin importar la falta de fe
clámase a un dios ausente.
Quiciás té esperando en tierra,
fuxíu tamién,
a la guardada
por si llega la bonanza.

Quedamos solos en esta cordillera salada,
huidas las gaviotas,
sobre montes líquidos
y cumbres blancas.
Geografía en movimiento
donde baila la parca
con un garfio al hombro.
Ruge el norte como banda sonora
en esta fantasmal historia
donde la muerte es el más real de los personajes.
Se mezclan rezos con blasfemias
y sin importar la falta de fe
se clama a un dios ausente.
Tal vez esté esperando en tierra,
huido también,
al resguardo
por si llega la bonanza.

Espuma de mar





Los datos de los concursos que se presentan en las tablas de esta sección corresponden a un resumen de las bases y tienen valor estrictamente informativo. Para conocer con detalle las condiciones específicas de cada uno de ellos es imprescindible acudir a la información oficial que publican las entidades convocantes.

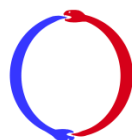
Solo se presentan convocatorias que no plantean en sus bases ningún tipo de discriminación por razón de sexo, raza o lugar de nacimiento, las que ofrecen premios en metálico y en las que pueden participar mayores de edad, sin perjuicio de que en alguno de los certámenes también puedan participar menores.

Novela

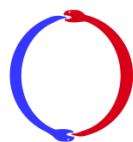
NOVELA				
Convocatorias de concursos que se cierran en agosto de 2023				
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Salvador García Aguilar	25	80 a 125	Ayuntamiento de Rojales (España)	4 000
Kindle Storyteller	31	≥ 24	Amazon Media EU	10 000
Convocatorias de concursos que se cierran en septiembre de 2023				
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Jordi Sierra I Fabra	5	50 a 180	Fundació Jordi Sierra i Fabra (España)	1 500
Nadal	30	≥ 50000	Ediciones Destino (España)	30 000
Feel Good	30	70 a 400	Plataforma Editorial (España)	3 000

Relato corto y cuento

RELATO CORTO				
Convocatorias de concursos que se cierran en agosto de 2023				
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Internacional ramos ópticos al mejor relato sobre jazz	1	6 a 12	Jazz Palencia Festival (España)	2 000
Escribir sobre el paisaje	5	≤ 3	Curso de Pintores Pensionados del Paisaje (Real Academia de Historia y Arte de San Quirce de Segovia)	500
Riópar	11	3 a 5	Ayuntamiento de Riópar (España)	120
Ciudad de Mula - Francisco Ros	15	≤ 8	Ayuntamiento de Mula (España)	2 200
Castillo de San Fernando	15	≤ 6	Ayuntamiento de Bolaños de Calatrava (España)	500
A.VV. San Miguel	20	≤ 250 palabras	Asociación de Vecinos "San Miguel" del barrio zaragozano de Casetas (España)	150
Constancio Zamora Moreno	26	5 a 7	Fundación Espejo (España)	300
Premio Unicaja	31	4 a 8	Fundación Unicaja (España)	4 000
Tierra de Monegros	31	12000 a 24000 caracteres	Comarca de Los Monegros (España)	2 000

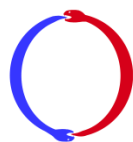


	Convocatorias de concursos que se cierran en septiembre de 2023			
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuántía [€]
Asociación Alcoy Modernista	1	≤ 200 palabras	Entidad convocante: Asociación Alcoy Modernista (España)	250
Jordi Sierra I Fabra	5	50 a 180	Fundació Jordi Sierra i Fabra (España)	1 500
Fiestas carthagineses Y romanos	8	2 a 4	Federación de Tropas y Legiones de las Fiestas de Carthagineses y Romanos de Cartagena (España)	250
Microrrelatos fantásticos y de terror de Sants	8	≤ 200 palabras	Federación de Tropas y Legiones de las Fiestas de Carthagineses y Romanos de Cartagena (España)	200
Hernández y Esturillo	8	≤ 300 palabras	Cotxeres / Casinet Sants (España)	250
Sancho Panza	10	4 a 5	Hernández y Esturillo SLP Abogados y Adzistración de Fincas (España)	1 000
Cartas de desamor y otros amores desafortunados	10	≤ 2	Hermandad de Pandorgos de Ciudad Real (España)	500
Filando cuentos de mujer	12	4 a 8	Organización de Vecinos de Pardinyes ORVEPARD (España)	1 700
Vuelo del cometa	14	3000 a 4000 palabras	Colectivo sociocultural "Les Filanderes" (España)	300
Parchís	15	2 a 8	Editorial Infantil y Juvenil Parchís (España)	3 000
Domus	15	≤ 1000 palabras	Podcast El Vuelo del Cometa / Álvaro Aparicio (España)	3 000
Cortos deportivos APDV	22	3 a 5	Editorial Infantil y Juvenil Parchís (España)	200
Diputación de Soria	22	≤ 500 palabras	Plataforma "Domus" (España)	800
Villa de Colindres	22	10 a 25	Asociación de la Prensa Deportiva de Valladolid (España)	500
Fundación Villa de Pedraza	23	3 a 4	Fundación villa de Pedraza (España)	1 000
Cardenal Mendoza	30	≤ 150	Bodegas Sánchez Romate Hnos. (España)	2 000
Ciudad de La Cruz	30	3000 a 5000 palabras	Ayuntamiento de Caravaca de la Cruz y la Asociación Cultural Albacara (España)	1 500
Casa de La Rioja en Guipúzcoa	30	3 a 5	Casa de la Rioja en Guipúzcoa (España)	350
Fiestas de la Virgen	30	≤ 8	Asociación de Mayordomos de la Purísima Concepción de Yecla (España)	1 000
Tierra vacía	30	≤ 12500 caracteres	Asociación Cultural "Tertulia Albada" (España)	700
Olivar, aceite de oliva y oleoturismo	30	1500 a 3000 palabras	Ferias Jaén (Ifeja) y Asociación Cultural Másquecuentos (España)	1 000
Manuel Cuevas Gálvez	30	≤ 10	Ateneo de Sanlúcar de Barrameda (España)	750
Juana Pinés Maeso	30	1 a 2	Asociación Cultural de Mujeres Antares (España)	150



Poesía

POESÍA				
Convocatorias de concursos que se cierran en agosto de 2023				
premio	Fecha	nº versos	Convocado por	Cuántía [€]
Riópar	11	14 a 65	Ayuntamiento de Riópar (España)	120
Cop D'ull	15		Àrea d'imatge y el Aula de Poesía de la Fundació ACA en Búger (España)	1 000
Cecilio J. Fernández Testón	18		Ayuntamiento de Peñamellera Baja (España)	1 800
Ricardo Molina	18	700 a 1200	Delegación de Cultura del Ayuntamiento de Córdoba (España)	12 000
Constancio Zamora Moreno	26	90 a 100	Fundacion Espejo (España)	300
San Juan de la Cruz - Academia de juglares de Fontiveros	31	≥ 100	Ayuntamiento de Fontiveros y Fontecruz Hoteles (España)	4 000
Unicaja	31	≤ 1000	Fundación Unicaja (España)	4 000
Maldito Festival	31		Maldito Festival de Videopoesía (España)	300
Doña Luz	31	20 a 80	Delegación de Cultura del Ayuntamiento de Doña Mencía y el periódico local <i>El bermejino</i> (España)	200
Convocatorias de concursos que se cierran en septiembre de 2023				
premio	Fecha	nº versos	Convocado por	Cuántía [€]
Rafael Morales	1	750 a 1000	Ayuntamiento de Talavera de la Reina (España)	9 000
Fiestas carthagineses Y romanos	1	60 a 100	Federación de Tropas y Legiones de las Fiestas de carthagineses y romanos de Cartagena (España)	250
Ánfora de Plata	16	50 a 75	Casa de Melilla en Málaga (España)	1 000
Ciudad de Orihuela	20	300 a 500	Ayuntamiento de Orihuela (España)	5 000
Bertso, narrativa y poesía Iparragirre Saria	29	≥ 200	comisiones de cultura de los ayuntamientos de Urretxu y Zumarraga (España)	650
Antonio Oliver Belmás	29	≥ 400	Universidad Popular de la Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Cartagena (España)	8 500
Lazarillo	29	≥ 80	Organización Española para el Libro Infantil y Juvenil (España)	6 000
San Juan de la Cruz	30	500 a 1000	Ayuntamiento de Caravaca de la Cruz y la Asociación Cultural Albacara (España)	3 500
Fiestas de la Virgen	30	≤ 8 páginas	Asociación de Mayordomos de la Purísima Concepción de Yecla (España)	1.000
Lorenzo Gomis	30	≤ 30	Revista <i>El ciervo</i> (España)	1 000
Tiflos	30	500 a 1000	ONCE (España)	10 000



No ficción (ensayo, crónica, investigación y biografía)

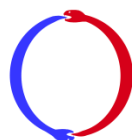
NO FICCIÓN		Convocatorias de concursos que se cierran en agosto de 2023		
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuántía [€]
Abad León	11	≥ 20	Ayuntamiento de Arnedo (España)	1 500
Eugenio Trías	31	≥ 150	Galaxia Gutenberg (España)	8 000
		Convocatorias de concursos que se cierran en septiembre de 2023		
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuántía [€]
Patronato del Sagrado Corazón de Jesús	1	5 a 30	Asociación de Hijos de María Inmaculada, del Patronato del Sagrado Corazón de Jesús (España)	500
Sapientia Cordis	10	≤ 80000	CEU Ediciones (España)	15 000
Carmen de Burgos	25	80 a 100	Diputación Provincial de Almería (España)	3 000
Feel Good	30	70 a 400	Plataforma Editorial (España)	3 000

Otros géneros literarios

El Premio Nacional de Ilustración de 2023, concedido por el Ministerio de Cultura y Deporte del Gobierno español, es un galardón con una dotación de 30 000 euros que viene a premiar a aquellos ilustradores cuya actividad haya destacado a lo largo del año anterior. El de este curso ha ido a parar a la ilustradora catalana **Luci Gutiérrez** (1977) de quien el jurado, presidido por María José Gálvez, directora general del Libro, del Cómic y de la Lectura del Ministerio de Cultura y Deporte, ha justificado el fallo “por su excepcional trayectoria y por ser una de las artistas más sobresalientes en el panorama actual, referente de la ilustración española dentro y fuera de nuestras fronteras. Por su estilo limpio, en el que contrasta una línea muy depurada con una paleta de colores expresiva partiendo de una economía de recursos gráficos”.

Además de libros como *English is not easy* (Blackie Books, 2013) o *Manual de autodefensa* (Blackie Books, 2019), ha realizado numerosas animaciones, campañas publicitarias y trabajos para publicaciones como *The New York times*, *The Washington Post*, *Wall Street journal*, *The new yorker* o *El país*. Su trabajo también se ha visto reconocido con otros galardones como el Premio de la Society of Illustrators de Nueva York y el premio Gràffica, otorgado este último por profesionales del diseño y de la comunicación visual de España.





Convocatorias de concursos que se cierran en agosto de 2023

TRADUCCIÓN

Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuántía [€]
Traducción de poesía del italiano al español M'Ilumino / D'Immenso	20		Instituto Italiano de Cultura de la Ciudad de México, la Embajada de Suiza en México y el Laboratorio Trädüxit (México)	1 000

LIJ

Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuántía [€]
Kindle storyteller	31	≥ 24	Amazon Media EU	10 000

ILUSTRACIÓN Y CÓMIC

Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuántía [€]
Literario y de arte urbano Lulaya funk	31		Asociación Socio-Cultural Lulaya Funk (España)	200

Convocatorias de concursos que se cierran en septiembre de 2023

TEATRO Y GUION

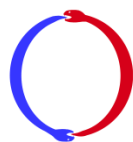
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuántía [€]
Ciudad de Requena	1	20 a 50	Fundación Ciudad de Requena y la Coordinadora de Actividades Teatrales "Arrabal-Teatro" (España)	6 000
Lazarillo	29	≥ 80	Organización Española para el Libro Infantil y Juvenil (España)	6 000
Antonio Buero Vallejo	30		Ayuntamiento de Guadalajara (España)	6 000

LIJ

Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuántía [€]
Jordi Sierra i Fabra	5	50 a 180	Fundació Jordi Sierra i Fabra (España)	1 500
Anaya	15	50 a 100	Grupo Anaya (España)	12 000
Parchís	15	2 a 8	Editorial Infantil y Juvenil Parchís (España)	3 000
Ciudad de Orihuela	20	300 a 500 versos	Ayuntamiento de Orihuela (España)	5 000
Fray Conrado Muiños	22	36	Diputación Provincial de Soria (España)	2 000

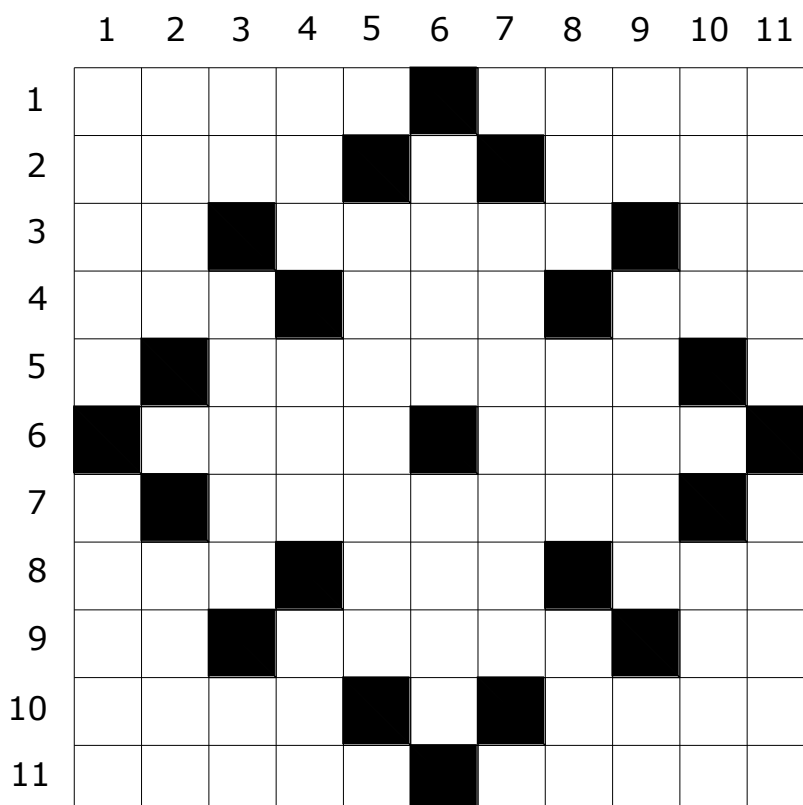
CÓMIC E ILUSTRACIÓN

Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuántía [€]
Fray Conrado Muiños	22	36	Diputación Provincial de Soria (España)	2 000



Crucigrama

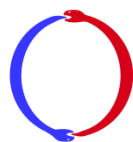
por Goyo



Solución

HORIZONTALES **1** Autor de *Las aventuras de Tom Sawyer*. de Molina, dramaturgo de *El burlador de Sevilla*. **2** Antiguo cantor griego. Preposición. **3** Liso, plano, pero sin consonantes. De algún modo, cantidad muy pequeña de una cosa. Distrito de Columbia. **4** Amarrar. El uno, para los ingleses. Sin consonantes, la besa el mar. **5** Escritor belga, autor de *Maigret*. **6** En cierto sentido, Juan, para los rusos. Prefijo latino para trabajo. **7** Estrada, actriz asturiana y presentadora de TV. **8** El sobrino de Abraham que sobrevivió a Sodoma. Al revés, ate. Adverbio. **9** Línea base del sistema diédrico. Permanecer. Consonantes de la mujer de mi hijo. **10** Un sentido corporal. Pronombre demostrativo. **11** Arcaísmo por así. Gómez de la Serna, escritor de la generación del 14.

VERTICALES **1** *Bulba*, novela de Gogol. *Los pazos de*, novela de E. Pardo Bazán. **2** Mae, actriz de EE. UU.. Redding, cantante de soul. **3** Prefijo latino que indica proximidad o contacto. Parado, desocupado, pero sin cabeza ni pies. 501 para los antiguos romanos. **4** Vocales del marinero que mantiene el rumbo. Un impuesto. Unidad de tiempo geológica. **5** Comisiones, delegaciones. **6** Una de las artes. Padre, para los vascos. **7** Emma, protagonista de *La estanquera de Vallecas*. **8** Diminutivo femenino. Juego del escondite. Culpada. **9** Consonante repetida. Al revés y femenino, grande. Editorial española de libros de texto. **10** Filósofo francés, autor de *Justine*. Grasa animal. **11** Wilde, autor de *De profundis*. Poeta romántico inglés.



Damero

por Goyo

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
11	12	13	14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
31	32	33	34	35	36	37	38	39	40
41	42	43	44	45	46	47	48	49	50
51	52	53	54	55	56	57	58	59	60

Solución

17	33	56	7	58	14	38	
22	47	2	52	11	53	3	24
19	55	48	27	50			
44	43	34	1	10			
12	30						
42	15	9	31	49	13		
41	23	21	18	6	29		
35	37	28	25	39	45	57	4

Unidad de peso para piedras preciosas

Conjunto de herramientas de un oficio

Recuerda, rememora

Turno, vuelta

El extraterrestre de Spielberg

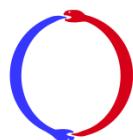
Herencia

Organismo asociado de alga y hongo

Desarrollado, moderno

Texto: fragmento de la aventura de los galeotes de *Don Quijote*.

Clave, primera columna de definiciones: acusación, discordia.



Obituario

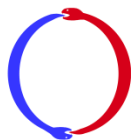
Tras las muertes de Stan Lee y David Ditko, ocurridas ambas en el año 2018, a Spiderman, uno de los principales personajes de la factoría Marvel, solo le quedaba un padre, John Romita que acaba de fallecer. **John Romita** (24/1/1930-12/6/2023), natural de Nueva York, fue el dibujante que materializó las ideas de Lee y Ditko en los cómics de Spiderman desde el año 1966, dentro de los cuales fue el encargado de poner rostro a uno de sus personajes, Mary Jane Watson. El éxito de su trabajo le llevó, inicialmente, a colaborar en el dibujo de personajes para otras series de cómics como *Los cuatro fantásticos* o el *Capitán América* y, con posterioridad, a ser director artístico de Marvel en 1973. Romita recibió el Premio Inkpot en 1979, otorgado por la Comic-Con International, la principal reunión del sector que tiene lugar en San Diego (EE. UU.).





Films de París

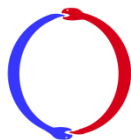
Fragmento de *Todo al vuelo*



Rubén Darío

Los exóticos del «Quartier»

En la terraza del Valchette, o desde algún banco del Luxemburgo, me fijo singularmente en los exóticos que desfilan. Y me llama sobre todo la atención el negrito del panamá, un negrito negro, negro, con un panamá blanco, blanco. Es un negrito delgado, ágil, simiesco, orgulloso, pretencioso, pintiparado, petimetre, suficiente, contento y como danzante. París contiene varias clases de hijos de Cham, pero este negrito a ninguna de ellas pertenece. No es, seguramente, el célebre payaso Chocolat, que ha recibido recientemente una medalla por haber ido muchos años a divertir con saltos y muecas a los niños pobres de los hospitales y asilos; no será, por cierto, Koulerly Ouníbalo, príncipe Gleglé, hijo del rey Behanzin Cortacabezas, que puede verse reproducido en cera en el Museo Grevin, y del cual príncipe, que ha servido como buen soldado a Francia, no ha vuelto a acordarse el Estado que depusiera a su padre; no será, de ninguna manera, el diputado por la Guadalupe, Legitimus, que ha pasado ya los años de la alegre juventud; no será, sobre todo, el estupendo Johnson, que desquijarró a Jeffries en Yankilandia y cuyo retrato y «sonrisa de oro» han popularizado las gacetas.



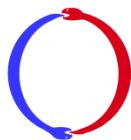
¿Quién será, entonces, este negrito pintiparado que camina *en se dandinant*; y *dodelinant de la tête*? A veces va solo; a veces con otros compañeros de color, pero que no tienen sus manifestaciones de holgura ni su cándido jipijapa; a veces, en compañía de una moza pizpireta del *quartier*, una de esas trabadas calipigias que andan hoy por la moda en perpetua *gymkana*.

Como no estamos en los Estados Unidos, la muchacha jovial que ama los oros no gradúa ni los relentes ni los inconvenientes de la mayor o menor cantidad de betún de su acompañante. Hay un hecho innegable por su apariencia: ese negrito es rico. Debe quizá poseer cañaverales en alguna Antilla; o bien su bien provista cantina en tal ciudad del Congo; o bien sencillamente será algún banquero, esto es, un negro tratante en blancas para Colón, para Jamaica o para Trinidad. ¡Vaya usted a saber! Mas lo que llama la atención es su suficiencia, su aplomo y un mirar y un sonreír donjuanescos... *Niger sum sed formosus*... Pasan los amarillos, casi siempre de dos en dos o de tres en tres, con o sin sus amiguitas respectivas. Un buen conocedor podría distinguir a los chinos de los japoneses. Parecidas son sus caras pálidas, sus ojos más o menos circunflejos, saltones o perdidos en una adiposidad o como insuflamiento de fluxión, serios o risueños, con rasgos huyentes o definidos como los de las máscaras de su tierra. Les hace falta el kimono, o la blusa extremoriental, pues los *jaquetes* o las americanas les quedan siempre arrugados y flojos, gritando su origen de la Belle Jardinière o de la Samaritaine. Y en el coro de las peripatéticas del Barrio se ve que no echan de menos ni sus chinitas, sus *congais* o sus *musmés* y geishas. Pasan los turcos, griegos, levantinos, con aspectos sudamericanos, y van a comer su *pilaf*, su *kiebab*, su *baklava* y su leche cuajada a los comedores de un franco veinticinco que hay en la rue des Écoles. Y las parisienses estudiantófilas van con todos contentas, a cambiar su fácil amorío por esos amoríos de distintos colores, olores y sabores, pues el yen y la dracma se funden en el áureo Luis de Francia.

Pero entre todos los exóticos que pasan, el negrito del panamá se lleva la palma.

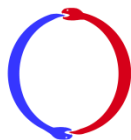
Jean Orth

Eugenio Garzón, el platense de *Le Fígaro*, debe estar contento, pues le han vuelto a poner de actualidad a su famoso archiduque. Como se ha solicitado en la corte austriaca que se declare oficialmente el fallecimiento del misterioso y romántico desaparecido, tornan a referirse las viejas historias



y leyendas. ¿Se hundió en el mar en la Sainte Marguerite el príncipe aventurero? ¿Vive aún en alguna parte de América o del Asia, como se sospecha? Es el caso que muchos no creen en su muerte, que hay quienes le han visto y hablado con él, gentes que viven en Francia, en Bélgica y en el Río de la Plata. La última carta que se recibiera de Jean Orth, o sea del archiduque Juan Nepomuceno Salvador, fué escrita en la Ensenada, en el estuario del río de la Plata, y en ella manifestaba el príncipe que se dirigía a Valparaíso por el cabo de Hornos. No se supo de él más. Se ha creído que una tempestad hundió en el mar el velero y sus tripulantes, y al Habsburgo soñador y a su mujer la bailarina vienesa Milley Stubel. «Algunas consideraciones—dice Raymond—Perraud, apoyan esta hipótesis. Parece cierto que hubo ciclones que desolaron aquellas regiones allá por el fin de julio de 1890. El *Temps* de 5 de noviembre de 1890 publicó un telegrama según el cual un navío sueco que llegó a Chile había encontrado en su derrota tres restos de barcos cuya nacionalidad no había podido conocer. Se sabe, por otra parte, que Jean Orth había estudiado, de 1887 a 1889, lo preciso para obtener su título de capitán mercante, lo que implicaría su voluntad decidida de adoptar la carrera de marino. En fin, es extraño que ningún hombre de la tripulación, suponiendo a éstos sanos y salvos, no haya dado nunca señal de vida. Sin embargo, justo es reconocer que la investigación seguida de 1899 a 1900, en la Argentina misma, por Eugenio Garzón, ha llevado a éste a una conclusión diametralmente opuesta». Esto lo acabo de leer en el *Paris Journal*. Hay que advertir que el tono literario y la forma elegante del libro de Eugenio Garzón han hecho creer a muchos que se trataba de una exposición novelesca y que aun la documentación y los nombres pertenecían al imperio de la fantasía.

Sin embargo, nada más real que las averiguaciones del eminente periodista. Es una lástima que el jefe de Policía del departamento de Concordia, señor José Roglich, no haya sido más explícito, o que su información no haya sido llevada a mayores detalles. El señor Nino de Villa Rey, por su parte, ha contribuido a que se aumente el misterio con su silencio o sus reticencias respecto al amigo a quien acompañase a la colonia Yerúa. Lo último que se averiguó en la Argentina es que Jean Orth y su mujer se internaron en las soledades del Chaco paraguayo. Mas luego resulta que se le ha visto después en la Argentina, en diferentes fechas posteriores, y lo que es más interesante aún, hay quienes han hablado con él en París nada menos que en los días del recién pasado febrero. El *Courrier Européen* publica una carta del doctor Albert Ferenez, que asegura saber «de origen muy seguro», que el archiduque vive en la Argentina, «donde posee una real y hermosa fortuna», que no hace mucho estuvo en París y en Londres. Los detalles abundan. Jean Orth se hospedó en el Grand Hotel, con el nombre de barón Otto. Vino a hacer una consulta judicial, para lo cual habló con los abogados Douhet, francés; Lapuya, español, y Cassoretti, italiano.



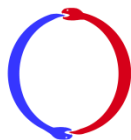
Luego partió para Nueva York, en donde tuvo una entrevista con un conocido jurisconsulto y diplomático, Mr. Everett. «Entre las personas que han visto al barón Otto, y reconocido en él al archiduque Juan Nepomuceno Salvador—dice el doctor Ferenez—puedo citar al conde Marulli, antiguo chambelán y secretario del conde de Caserta, que lo vio en Londres, y al doctor Nadal, antiguo profesor en la corte de Viena, que tuvo ocasión de encontrarle en París. Agregó que M. de Cassoretti estuvo recientemente en Viena. Hecho significativo: ese paso por Viena del abogado particular del barón Otto ha coincidido con el despertamiento de la historia de Jean Orth, es decir, con la satisfacción acordada por el gran mariscalato de la corte de Austria al archiduque José Fernando, heredero de los derechos de la corona de Toscana, quien dentro de seis meses obtendrá la declaración de la muerte legal de su tío. Pero he aquí un detalle extraordinariamente interesante. Monsieur de Cassoretti no desaprueba de ninguna manera la decisión tomada por la corte de Viena, por la buena razón de que Jean Orth, hoy barón Otto, no piensa de ninguna manera en protestar contra la declaración de su muerte. En fin, debo declarar que mis informes no se limitan allí y que no se ha perdido la pista del barón Otto, desde el último abril, fecha de su última permanencia en Nueva York, y de su entrevista con el jurisconsulto Everett».

Por su parte, el redactor del *Figaro* M. André Nodel, habló con el abogado francés M. Douillet, el cual ha dado a entender, si no lo ha confesado claramente por el secreto profesional, que en efecto, en febrero pasado fue consultado, en unión de sus colegas Cassoretti y Lapuya, por el barón Otto.

Un redactor del *Journal* publica las declaraciones de M. Henry Cénac, antiguo comerciante, oficial francés que habita en la Argentina desde hace veinte años. Este señor asegura haber encontrado a Jean Orth por el río Negro, bajo el nombre de don Ramón. El hecho fue conocido, y afirma que se ocupó de él *Caras y Caretas*. Esto aconteció en 1901. Asimismo, cree haber tratado a Jean Orth, por parajes argentinos, el comandante Leconte, que fue en la expedición de la Bélgica.

Por último, el cónsul argentino en Viena afirma la existencia del rico propietario barón Otto en la Argentina; pero dice que, no interesándole el asunto, nunca se preocupó de averiguar si bajo ese nombre se ocultaba el novelesco archiduque.

Después de todo, ¿no existe en Buenos Aires ningún Sherlock Holmes? La pesquisa es de trascendencia y el folletín de universal interés.



El faunida

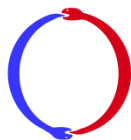
En una estación del Metropolitano, o del metro, como aquí se rebana. Un hombre, en cuya cara se encuentran rasgos de un famoso retrato de Carrière, pero que revela una tranquilidad y pasividad esencialmente burocráticas, ve pasar gentes y gentes, oye el ruido de los subterráneos trenes, cuenta paquetes de cartones, apunta números en calepines, acaricia lápices y perforadores. No le perturba ninguna inquietud. Llega a las horas fijas de su empleo y se retira cuando han cesado sus funciones. Tiene asegurados los huevos al plato y la coteleta, gracias a la administración. Fuera de su ropa diaria, tiene la menos modesta dominical y de los días excepcionales. ¿Es casado? ¿Es soltero? No me ha interesado el averiguarlo. De todas maneras, debe portarse correctamente y cumplir con sus obligaciones. Creerá en los beneficios de la república, tendrá su mira puesta en un ascenso y obtendrá quizás pronto las palmas académicas. Todos los años, en una fecha fija, sabe que es obligación suya reunirse en un café de barrio, con unos cuantos hombres y mujeres que dicen discursos y versos a la memoria de su padre, y que comen por tres o cuatro francos, en fraternal ágape, con la locuacidad de los hombres de letras. Él llena su misión sin comprender muy bien lo que se dice. Vagamente sabe que hay algo que le debe dar cierto orgullo y algo que le debe dar cierta vergüenza. Lo que es un hecho es que es un buen empleado, que merece el elogio de sus superiores y que nadie tiene que hacerle el menor reproche en su conducta.

Es un hombre relativamente feliz. Ignora las angustias del ajenjo, de la lujuria y de la gloria. Es el faunida, es el hijo de Paul Verlaine.

La princesa Gnika

¿Quién la llama la nueva Cenicienta? El que sabe que ella se ha logrado un príncipe con un sombrerito, así como la otra Cenicienta se lo ganó con un zapatito. El cable os ha de haber llevado el caso, pero los detalles son muy sabrosos.

Mademoiselle Liane de Pougy es una célebre peripatética, cuyas glorias medio mundanas han cantado conspicuos aedas. Entre ellos el principal fue su amigo Jean Lorrain, que en paz descansa. Famosa por sus hazañas amorosas como por sus trajes y sus joyas, hace ya tiempo que su nombre es pronunciado como se chupa un bombón en el mundo de los que se divierten. Sus amantes han sido variados y de distintos países, como los de tal Emiliana eclipsada o los de cual Carolina en su ocaso. Todo esto quiere decir que no está ya en la primavera de la vida.



Se ha dedicado en momentos de desencanto, o de ocio—*otium cum negotio*— a las bellas letras. Como en estos casos, siempre la murmuración ha asegurado que sus cuentos, sus novelas y sus versos, no son de ella. Pero parece que, en verdad, tiene un temperamento literario, que es fina y no dice palabrotas como la Otero. Más aún, al ser suyos los versos siguientes, que se han publicado con su firma, quedaríamos en que es una aventajada discípula de Maeterlink; la poesía se titula “*Inutilement*”:

*Et si son regard te cherchait,
Et si son regard t'implorait,
Saurais-tu comprendre?
Non! Je dirais: «Il se souvient
D'une heure qui lui parut tendre!»*

*Et si son désir te voulait
Et si son désir t'appelait
Voudrais-tu permettre?
Non! Doucement, je sourirais
Comme au destin qui fut mon maître.*

*Et si son coeur te regrettait,
Et si son coeur te suppliait,
Resterais-tu forte?*

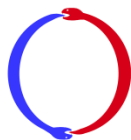
*Je me dirais: «C'est un retour
Près de la tombe d'une morte!»*

*Et si tout son être souffrait,
Si son être se torturait,
Sans épouvante,
Je me dirais: «Le voilà prêt,
Pour le bonheur de d'une autre amante!»*

Esto, si no nos acerca un poco a Aspasia, nos da idea de las buenas relaciones intelectuales que ha podido tener la aplaudida sacerdotisa.

La cual tiene un castillo espléndido, lleno de mármoles y flores, en Saint-Germain-en-Laye, cerca del conde de Noailles, y una negrita de compañía, casi siempre vestida de verde y que se llama Jesús.

Avino, pues, que una tarde, paseábase no lejos de su mansión, en el lindo pueblo, la ilustre cortesana, en compañía de otra no menos ilustre y de un joven amigo, por el cual padecía el amable mal que aquí llaman *béguin*. El joven, casi un efebo, es nada menos que príncipe. Príncipe más o



menos valaco, serbio o rumano, pero príncipe; con una cara como la de Kubelik, y un significativo tupé. ¡Y el otro tupé! Iba, pues, Liane de Pougy en su compañía, luciendo entre otras cosas un sombrero que, por lo diminuto, parecía un sombrero de muñeca. En esto, aparecen en una bocacalle dos damas burguesas con un excelente señor burgués.

Una de las burguesas, verdaderamente asombrada y regocijada, al ver el sombrerito de la amorosa, se echó a reír con todas ganas, como corresponde a una burguesa.

Entonces el joven príncipe, en defensa de su amiga bella, dijo a la mujer que reía:

—Cuando se tiene una *gueule* como esa, no se debe reír:

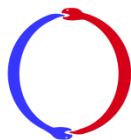
—¡*Gueule* ha dicho!— exclamó indignada la burguesa dirigiéndose a su marido. Al mismo tiempo que daba a la Thais un nombre de simpático pájaro que ignoro por qué toman aquí por un insulto: «Grulla».

Cuando el príncipe menos lo pensó, el hombre republicano le dio un par de sonoras bofetadas.

—¡Caballero!— gritó.

Y el otro le dio entonces otro par. Luego cada cual se fue a su casa.

El príncipe, naturalmente, no mandó los padrinos al hombre inferior, sino que le entabló demanda. Y Liane lamentaba a su príncipe deteriorado a causa de ella. Ello no tuvo grandes consecuencias. Sino que, al poco tiempo la negra Jesús preparó su más papagayesco vestido verde, para asistir a la boda de la nueva princesa, que con su título queda convertida en sobrina de la reina Natalia de Serbia. Esta se ruborizará de la *méssaliance*. ¡Si viviese el rey Milano! Y como parece que la renta que antes servía a su joven preferido la cortesana, se ha aumentado con la ceremonia nupcial, dicen, con cierto eufemismo, malignos como el político Géraut-Richard: «*Si nos arrière-grands-oncles virent des rois épouser les bergères, nous voyous, nous, des princes épouser le troupeau et des sirènes séduites par de brillants mais minuscules hôtes de l'onde*». Y otros irónicos: «Es en efecto cierto que celebrando el pacto conyugal, entrando en la categoría de las esposas legítimas, mademoiselle Liane de Pougy se *déclasse* definitivamente. Se aparta de la deliciosa galería de las grandes cortesanas, la que fue en nuestros tiempos morosos el más espléndido adorno. Aspasia y Lais, Mariou Delorme, Ninón, Manón Lescaut, Cora Pearl y Anna Deslions, tenían en Liane una continuadora tan bella como ninguna de ellas lo fue jamás. Ella mantenía, no diremos el pabellón, pero sí la bandera de las ilustres hetairas y de las suntuosas vendedoras de olvido. Era una gran figura,



la alta significación de un ideal eterno. Pues, si son maldecidas por los burgueses y abominadas por los profesores, las grandes cortesanas tienen de su parte a los poetas, a los artistas, a los que dan la inmortalidad. Y mademoiselle Liane de Pougy renuncia a todo eso. Pone su dimisión de diosa. Se pierde entre la muchedumbre. Llega al matrimonio como un bello bajel que acaba de correr mares encantados y que, abandonando sus bellas velas, vuelve al puerto comercial, se resigna al dique polvoroso cerrado de esclusas, limitado por cadenas, rodeado de funcionarios. ¡Qué caída!»

Y se insiste en el tupé principesco. Qué tupé. ¿Sábese— dice otro maldiciente— que la princesa está condecorada con el Águila Negra del Benin? Una condecoración africana, como veis. Condecoróla el rey negro Tofa, que fue un admirador fervoroso de sus encantos.

«El recuerdo de su belleza lo perseguía en las regiones tropicales y le obsedía a tal punto, que el buen monarca, que sabía algunas palabras de francés, siempre hablaba de ella cuando charlaba con oficiales amigos.

—*Comment vas-tu?*

—*Pas mal, et toi, mon vieux?*

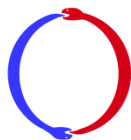
—*Moa, Lian' Paougi! Lian' Paougi!*

Y al decir esto, el buen rey de Benin sacudía su bicornio emplumado y las charreteras de cabo que adornaban sus espaldas desnudas».

Maldad, se dirá, murmuraciones, envidias. Pero es el caso que el príncipe servio debe de saber toda esa colección de anécdotas y ocurrencias que han aparecido en los periódicos con motivo de su sonado casamiento.

Los parisienses, de todas maneras, se han enorgullecido de ella.

—Es— dice uno— la más célebre de nuestras *demi-mondaines* y la más rica. Su lujoso hotel de la rue de la Neva encierra una fortuna. Más de cien mil francos de *bibelots* están amontonados en la chimenea, y una vitrina de vientre dorado contiene por un millón de joyas. La dueña monta a caballo, toca guitarra, toca piano, recita y conoce la pantomima. Su gloria se realza con algunas resonantes tentativas de suicidio.



Ya veis que toda su persona es lo que se llama completamente parisiense. Y que en tiempos en que se endiosan a los histriones y cortesanas, ella está *the right woman in the right place*.

Cuando en la alcaldía el funcionario le preguntó por su edad, ella confesó, con cierta vacilación encantadora, treinta y tantos años. En cuanto a su nombre verdadero, le fue preciso revelar un patronímico hartamente vulgar. En su anterior estado de casada se llamaba madame Purgre.

¿No dicen que se llama D'Annunzio Rapagnetta? ¿Y Anatole France simplemente Thiébaud?

Pero ya oigo a Unamuno exclamar en su francofobia: ¿Pero en eso se ocupan los franceses? —¡En eso, mi buen amigo, y en otras cosas más!

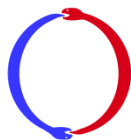
De la necesidad de París

Cuando uno ha habitado la ciudad de París por algún tiempo, se convence de que, desde luego, vale más que una misa. Se padece fuera de París la enfermedad de París. No da uno un paso sin recordar a propósito de cualquier cosa el ambiente y el encanto parisenses, y la nostalgia se acentúa de manera que hay que volver lo más pronto posible. Es que hay una especie de brujería en la villa divina e infernal que posee y no suelta jamás. ¿Una misa? Todo el ritual romano lo dais por retornar al imperio de París y de la parisense.

El florido anciano de antaño que echaba a volar sus canciones en París como gorriónes, cantaba:

*Ris et chante, chante et ris;
Prends tes gants et cours le monde;
Mais, la bourse vide ou ronde,
Reviens dans ton Paris;
Ab! reviens, ab! reviens, Jean de Paris.*

Sí, Béranger tenía razón. Para el verdadero parisiense de París, la bolsa más o menos provista es cosa secundaria. El rastacuero no comprenderá eso. El parisiense de París sabe acomodarse. Sabe que la gran ciudad, al que llega a conocerla bien y a amarla de veras, le enseñará el arte de servirse, con igual relativa satisfacción, tanto del franco como del luis.



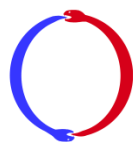
*Toujours, dit la chronique ancienne,
Jean sur son grand sabré a santé,
Quand de leur ville avec la sienne
Des sot, comparaient la beauté.
Proclamant sur son âme,
En prose ainsi qu'en vers,
Les tours de Notre-Dame
Centre de l'Univers.*

El parisiense de París, como Jean de Paris, cuya crónica tradujese o modernizase Jean Moreas, que padecía gozosamente de parisitis, no admite comparación alguna. Apenas os reconocerá paridades retrocediendo en lo pasado, y si nombráis a Roma o Atenas, y esto con una clara condescendencia, y porque no puede haber celos posibles al tratarse de ciudades muertas. Mas los Londres, las Vianas, los Berlines y las Romas, no son admitidos sino como lugares secundarios. El «quien no ha visto a Sevilla, no ha visto maravilla» y el «ver Nápoles y morir», no hacen sino sonreír vagamente al verdadero parisiense de París.

*S'il franchit la grande muraille,
S'il cocufie un mandarin,
Du peuple magot s'il se raille,
A Paris s'il revient grand train,
L'espoir qui le domine
C'est, chez son vieux portier,
De parler de la Chine
Aux badauds du quartier.*

Anatole France en Buenos Aires, como Charcot en el polo, como Voltaire en el infierno, tened por seguro que no están preocupados sino de su París. Si algo hacen es por esperar un recuerdo o una sonrisa de la diosa tutelar. La urbe coronada de torres, con su barca que flota y no se sumerge, es el ideal de sus pensamientos y de sus acciones. Volver a París y contar lo que se ha hecho y lo que se ha visto, ese es el objetivo del parisiense de París que se ausenta, personaje, por otra parte, no común, pues el neto parisiense de París no sale de su ciudad sino para su *villégiature*. En tiempo del segundo imperio, se decía que no salía de los bulevares, y que nunca había pasado a la orilla izquierda del Sena. Y la canción os lo seguirá explicando mejor:

*Je veux de l'or beaucoup et vite,
Dit-il, au Pérou débarquant.*



*A s'y fixer chacun l'invite:
Me prend-on pour un trafiquant
Loin de mes dix maîtresses,
Fi de ce vil métal!
Je préfère aux richesses
Paris et l'hôpital.*

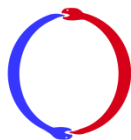
El parisiense no es colonizador ni emigrante. No se trasplanta, no se desarraiga. No le importa el resto del mundo. No es el francés, sino el parisiense de París, el famoso *monsieur* condecorado, que ignora la geografía. Ahora empieza a saber algo, y Buenos Aires está en su lección, por lo cual debéis regocijaros.

*Je préfère aux richesses
Paris et l'hôpital.*

Se dirá que eso está dicho por Verlaine, si no se supiese lo que amaba *les ors* el pobre Lélian. El parisiense, no por ser tan apegado a su terruño y tan amigo de los placeres que en el *couplet* anterior se señala con indiferencia diez queridas, deja de ser gentil, entusiasta y valiente.

*A la guerre gaiement il vole
Pour la croix ou pour Saladin,
Se bat, jure, pille et viole,
Puis à Paris écrit soudain:

Que ma gloire s'étende
Du Louvre aux boulevards,
Qu'un ramoneur y vende
Mon buste pour six liards.
En Perse, il prétend qu'une reine
Lui dit un soir: Je te fais roi,
—Soi! répond-il; mais pour ma peine,
Jusqu'au Pont-Neuf viens avec moi;
Pendant huit jours de fête,
Tout Paris me verra
Montrer, couronne en tête,
Mon nez à l'Opéra.
Jean de Paris, dans ta chronique,
C'est nous qu'on peint, nous francs badauds.
Quittons-nous cette ville unique,*



*Nous voyageons Paris à dos.
Quel amour incroyable,
Maintenant et jadis,
Pour ces murs dont le diable
A fait son Paradis!
Ris et chante, chante et ris;
Prends tes gants et cours le monde:
Mais, la bourse vide ou ronde,
Reviens dans ton Paris;
Ah! reviens, ah! reviens Jean de Paris.*

Y esa canción del buen Béranger me ha venido a la memoria hoy que tengo otra vez que dejar París, aunque yo no me considere con títulos suficientes para aspirar a parisiense de París.

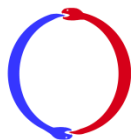
A la verdad, París se infiltra en la sangre, penetra en el espíritu, se convierte en necesidad. Es su cielo, que no es puro ni cristiano, como los cielos de Italia y España; son sus calles bulliciosas y vibrantes, por las cuales va una onda de fluido parisiense perturbador y acariciador. Son sus museos y sus jardines, sus teatros y sus *restaurants*, y el bullir cosmopolita y la confusión babélica de los idiomas, y los rostros satisfechos de los extranjeros de paso y de los metecos residentes; y, sobre todo, es el pájaro del dulce encanto y la flor que danza y que sonrío, la figura de amor y de deseo en que habitan los siete pecados y los mil hechizos que se llama la parisiense.

Se diría que uno desea ausentarse para tener después el placer del retorno. Juan de París ríe y canta, canta y ríe, toma sus guantes y va por el mundo; pero, con dinero o sin dinero, vuelve a su París.

Skating ring al aire libre

En el espacio que queda entre l'Avenue de l'Observatoire y el jardín del Luxembourg, todos los domingos se reúne una regular cantidad de gente que forma círculo alrededor de unos cuantos jóvenes y niños que convierten la calle en un salón de patinar. La circulación queda interrumpida por esa vía. Los aficionados al americano patín de ruedas cosechan silenciosas aprobaciones y de cuando en cuando suele presenciarse uno que otro batacazo.

Los patinadores son de diversas clases. Predominan los anglosajones del barrio, artistas, estudiantas o estudiantes, niñas con el lazo de cinta en el cabello y las piernas desnudas y rosadas, *gibsongirls* largas y libremente

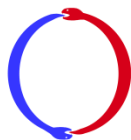


elegantes, mozos hechos a todos los *sports*, que las acompañan en sus evoluciones y deslizamientos, y niñas parisienses y muchachos de las escuelas y tal cual intruso tipo apachado, que habla fuerte e interpela a los amigos de lejos. Van los patinadores en grupos y suena el rodar de las pequeñas ruedas con singular ruido. Quienes van en parejas, como para la danza, o aislados, cual en fuga o en persecución. El viento mueve y echa hacia atrás esa cabellera de hijo de Eduardo o esos rizos infantiles; pega las faldas a los muslos a modo de los paños de las húmedas estatuas de los talleres. Tal Atalandra rodante inclina el busto, o se ladea, diríase que empujada por una ráfaga; tal mocetón se acurruca o hace que corre, o gira como en un vals, o se lanza con gallardía, o da de pronto un sonoro golpe en la tierra con todos sus huesos, entre las risas y sonrisas del corro.

Lo cómico está en el hombre barbudo que se entromete haciendo gracias y casi se destruye su individuo por el porrazo; en la señorita pizpireta que llega del Boul' Miche a tomar sus primeras lecciones, y en la primera caída tiene tan mala suerte que muestra al público regocijado más de lo que hubiese podido sospecharse.

Entretanto, en lo grato de una tarde que parece primaveral, vense a través de las rejas, en la avenida del jardín vecino, las niñas que juegan al *tennis*, las que lanzan el diábolo, las que corren tras la rueda, las que sentadas en los bancos contemplan los juegos de las otras. El chorro de agua se alza allá lejos, en la fuente central, en cuya pila echan sus barquichuelos otros niños, barquichuelos que navegan como los barcos del mar, bajo el polvo de agua que arranca el viento de la cristalina pluma erguida. Y otros juegos pueriles hay allí cerca, junto a las reinas de piedra, no lejos de la fuente Médicis, amada de los tranquilos y de los soñadores.

Mas los patinadores son incansables. Cuando uno ha dado la vuelta por todo el vasto jardín, y oído un poco de cosas del Guiñol y aun hecho una visita al Museo, aun encuentra el ancho círculo de curiosos que marcan los giros e idas y venidas de los *sportsmen* y *sportswomen* amigos del patín rodante. Y ya la noche va cayendo y no hay fatiga para ellos. Se pensaría en una voluptuosidad especial, pues se ve que gustan de ese ejercicio como de un pecado. Hay varios *skating rings* en París, mas éste que tiene por techo el cielo y por vecinos los pájaros de los árboles, debe de serles singularmente satisfactorio a los patinadores.



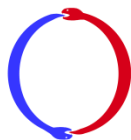
Sarah-Nerón

El prodigioso espíritu que se encarna en el no menos prodigioso cuerpo de la más grande de las trágicas francesas, está por realizar un nuevo avatar. Los años que avanzan y pasan han ido alejando a Theodora y a la Dama de las Camelias. La voz de oro ha adquirido timbres más graves, y la masculinización se impuso gracias al flexible talento, al talento genial. Sarah se transfiguró en el ambiguo Lorenzaccio de Musset; en el de negro vestido príncipe de Dinamarca; en el *Aiglon* de Rostand. Ahora se anuncia un nuevo *travesti*, en una obra clásica. Y Sarah será Nerón en *Britannicus*; y, vencedora de la vejez, aparecerá otra vez vencedora y encantadora por la virtud suprema del Arte y de la Poesía.

Adiós a Moreas

Adiós, Jean Moreas, grande y buen poeta, amigo poeta, que fuiste tan gentil, tan lírico y tan noble. En mi juventud pasada busco para ti una corona de recuerdos. Fue en la primavera de 1893. Yo venía loco de París, a París, por la primera vez, de paso para Buenos Aires. Me hospedaba en un hotel cercano a la Bolsa y que ya no existe, el hotel de la Bourse et des Ambassadeurs. ¿Quién me presentó a ti, a quien tanto deseaba conocer, lleno como estaba de mis ensueños y entusiasmos poéticos? Probablemente Carrillo, que a la sazón trabajaba en casa de Garnier, colaborando en el Diccionario de Zerolo y en otras cosas. Probablemente Alejandro Sawa, que flotaba en el ambiente parisiense como en su propio elemento, con su bella figura de bohemio. El caso es que la misma noche de nuestro conocimiento mutuo, amanecemos, con otros compañeros, en el Mercado Central, comiendo almendras verdes. Yo estaba orgulloso y contento con ser amigo íntimo del *Peregrino Apasionado*. No había visto aún a Verlaine. Sí a Charles Morice, con quien, no sé ya cómo, nos encontramos al amanecer en mi cuarto del hotel. Tú recitabas versos sonoramente, egregiamente, con gestos pomposos, retorciéndote de cuando en cuando los bigotes de palikaro. Me encantaba que fueses de Grecia y que te llamaras Papadiamantopoulos.

Tengo presente que junto a una mesa, Morice y Sawa examinaban dos libros que yo saqué de mi baúl, mi *Azul* y *Lives of Grass*, de Walt Whitman. Yo salí a pedir café y alcoholes. Cuando volví no te encontré en el cuarto. Fuí en tu busca, cuando vi toda azorada como una ninfa, a la *petite bonne* del establecimiento, que huía y a ti persiguiéndola, con el rostro de un fauno y los brazos extendidos, al modo de Júpiter tras Dafné, e ibas, como los *satiraux* de tus versos, *sautant par bonds*.

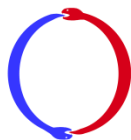


Después partí para Buenos Aires y publiqué allí sobre ti largas páginas que tú no viste nunca, por la sencilla razón de que no te las envié jamás. Cuando retorné a París, años después, había ya blancos en tu cabellera. Volvimos a estar juntos en el amado Barrio, y a pesar del tiempo transcurrido, de tu aspecto enfermizo y de tu delgadez, tu gesto era el mismo de antaño, tu segura y generosa palabra brotaba siempre sonora y juvenil. A tu modesta morada del *boulevard* Bouman te había ido a buscar la gloria oficial, y así sangraba en tu solapa la cinta de la Legión de Honor. Tu *Ifigénie*, de la cual había yo publicado antes en *La Nación* una corta primicia, había sido representada triunfalmente en *arenas* meridionales y en teatros parisienses y europeos, en donde la voz de Silvain clamaba heroicamente tus puros alejandrinos. Habías ya, como alguien ha dicho, «agregado a Sófocles, un aire de Homero y de Virgilio». Y tú seguías, en el medio de los estudiantes y de las jóvenes frecuentadoras de Bullier, en tu querida orilla izquierda del Sena, la misma vida de tu juventud, dando a los adolescentes envejecidos un ejemplo de constancia en la alegría y en el ensueño, con tu tabaco, tu *vermouth*, o tu cerveza, gozando con el placer de la noche, departiendo de arte y de belleza con tu compatriota Demetrius Asteriotis, o con otros viejos amigos. Allí, en tu Vachette preferido, nos vimos la última vez. Antes te había visto frecuentar algunas tardes el Napolitain, en el grupo de Mendés y su mujer. Courteline, Silvain, Carrillo y otros menos famosos. No pasabas inadvertido, pero no eras el imperante, dado que el viejo lírico que tuvo tan mala muerte, monopolizaba las atenciones. Deseaste un sillón de la Academia, justo e inocente deseo. Y cuando estabas cercano a la probabilidad de lograrlo, se te abre la tumba como una trampa de la suerte.

*Tantôt semblable à l'onde et tantôt monstre ou tel
L'infatigable feu, ce vieux pasteur étrange
(Ainsi que nous l'apprend un ouvrage immortel)
Se muait. Comme lui, plus qu'à mon tour, je change.*

Ya no cambiarás más. Queda tu gloria, una gloria serena y de antología. Tu nombre tendrá que pronunciarse cuando se estudie la historia de las letras francesas a fines del siglo XIX y comienzos del XX. Fuiste la probidad intelectual viviente. Fuiste modelo y espejo de poetas, por tu confianza en ti mismo, por la dignidad de tu vuelo, por tu superioridad moral sobre las miserias y pequeñeces del mundo.

Y si yo llego a la ancianidad, me he de complacer en contar a los adolescentes de mañana, privilegiados por las musas, las horas de mi amistad contigo, como un hermoso cuento. ¡Adiós, Jean Moreas, grande y buen poeta, que fuiste tan gentil, tan lírico y tan noble!



¡Que el juego te haya sido propicio!

El doctor Doyen o la justa malquerencia

El doctor Doyen es famoso. Tiene, pues, enemigos. El doctor Doyen es un cirujano prodigioso. Tiene, es claro, enemigos. Es dueño de una fábrica de champaña. Tiene muchos enemigos. Tiene unas amiguitas de belleza renombrada. Tiene muchísimos enemigos. Tiene y gana enormemente dinero. ¡Tiene innumerables enemigos! Ninguna mal querencia más justa.

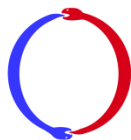
Se le acusa, pues, por su fama, por sus operaciones, por su champaña, por sus amiguitas y, sobre todo, por su dinero. A pesar de todo, él continúa impertérrito, escribe en los periódicos, tiene un duelo quijotesco, y ahora da una conferencia en el Odeón sobre *La malade imaginaire*, de Molière. Ha operado bien. La dirección de la pieza ha estado perfectamente hecha, y el personaje principal ha resultado a la moderna un neurasténico. Luego presenta la cuestión de si el tipo molieresco es una invención escénica o la representación de un personaje de carne y hueso que Molière conociera. Doyen opina esto último. «Pero—dice—los médicos de Molière... debería decirse más bien, los médicos del tiempo de Molière, pues su ciencia dejaba mucho que desear. Desde luego, los médicos de la época de Molière eran ya los enemigos de toda innovación».

En el entreacto que precede a la representación de *Le malade imaginaire*, pláceme ir por el *foyer*, por los pasillos, donde se apiña una excelente concurrencia, en la cual hay muchos médicos. Y crítica por aquí, pinchazo de bisturí por allá, sonrisas sarcásticas acullá... ¡Envidiosos!

En el Louvre

Entre las oleadas de gentes que recorren las salas del vasto Museo acabo de ver pasar a Gabriele D'Annunzio con dos amigos. Se han detenido en la escuela española delante del nuevo Greco.

Luego noto la presencia de una figura conocida. El fieltro con el ala doblada verticalmente, la tez de buen color sonrosado, los ojos vivos, la larga pera blanca que cae sobre el pecho erguido, todo el aspecto con algo de militar, de mundano y de artista. A poco estoy hablando con el personaje. Es el general Mansilla. Y como se acercan los doctores hispanoamericanos Debayle y Amoedo, todos escuchamos al admirable conversador, que habla largamente.



Dos autoridades en la materia, Maurice Barrés y Robert de Montesquiou, han alabado como se debe el don de la palabra florida, oportuno y espiritual en este argentino, que es una de las personalidades más parisien-ses. Bien colocado está en el todo París que representaron de bulto recientemente Sem y Rouville.

Todavía se le siente fuerte, a pesar de los embates del tiempo. Se impone a las dolencias. Muestra su voluntad de vida. Se ve como un bello ejemplo para los jóvenes. Lleno de años, conserva su famosa elegancia masculina. No se refugia en el encierro como un Sagán. Pasea, goza del aire libre de que siempre gustaron su alma libre y su cuerpo sano. Y aun parece que en la galantería misma, listo estaría el mismo Eros para decirle: «¡Presente, mi general!».

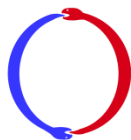
Y su memoria... Me recuerda, en estos instantes de conversación, mi llegada a Buenos Aires, la comida que me dió en su casa, a la cual asistían, entre otros amigos, el doctor Celestino Pera, lo que me dijo, en dilatado y sapiente y ameno decir, una tarde, en la plaza de Mayo, sobre el espíritu argentino, sobre el pasado, el presente y el porvenir argentinos. Y el prodigioso general me repite los mismos conceptos de antaño, y nos asombra su buen humor, su facundia correcta, su incomparable don de gentes. Su hablar va matizado de anécdotas, adornado de citas, florido de ocurrencias.

Los tres que le escuchamos estamos encantados. Los franceses que pasan lo miran con interés y curiosidad. Nos cuenta de su último libro, y de sus *Memorias*, que no serán publicadas hasta después que se vaya del mundo. Deja a su albacea encargo de que si algo encontrase que crea que no se debe publicar, lo destruya, porque «demasiados malquerientes tenemos en vida para ir a aumentarlos después de la muerte».

Y nos separamos de él alabándole y deseando para nosotros una vez, no verde, sino como esa, dorada y de color de rosa.

Rémy de Gourmont y la gloria

Nosotros admiramos a Rémy de Gourmont en la América latina, conocemos, quien más quien menos, su obra. En el mundo intelectual norteamericano es igualmente conocido y admirado. Guillaume Apollinaire cuenta que en Inglaterra, donde pasó algún tiempo en 1904, le preguntaban: — «¿Conoce usted a Rémy de Gourmont? ¿Cómo es? ¿Qué dice?» —Y él contestaba: —«Rémy de Gourmont, cuando está en su casa anda vestido con un hábito color carmelita... Vive entre libros y grabados de todas las épocas... Apenas habla».



¡Estas mujeres!

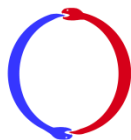
Siguiendo a las alborotadoras inglesas, he aquí que también en esta Francia del encanto femenino las mujeres quieren votar, y quieren ir al Congreso. Tengo a la vista unas cuantas fotografías de esas políticas. Como lo podréis adivinar, todas son feas; y la mayor parte más que jamonas. El feminismo les ha encendido el entusiasmo. Hay que hacer algo más que murmurar, pirografiar, o criar gatos y perros. La primera en presentarse candidata ha sido Mme. Marguerite Durand, señora de cierto talento y actividad, fundadora de la desaparecida *Fronde*, con sus letras, su facilidad de palabra y su frescura. Para reforzar sus argumentos en favor del voto femenino, presentó en una conferencia a un idiota, cosa que no todos los espectadores le agradecieron. Como en París hay entre la mayoría de las mujeres mayor delicadeza y buen gusto que en Londres, creo que no veremos aquí los escándalos, ya groseros, ya cómicos, de las sufragistas británicas. Pero todo puede suceder, aunque el ridículo en la vida parisiense mata toda incongruencia.

Que las mujeres persisten en querer hacer muchas cosas que hacen los hombres y que hay algunas que superan la competencia masculina: perfectamente. Está mejor Mme. Paquin que M. Paquin en la fábrica de trajes. Y si Mme. Curie sabe tanto como M. Curie, según lo demuestra, bien está, con el aplauso de todos, en su cátedra. Sarah Bernhardt merece la Legión de Honor, como artista, más que cualquier afeitado o barbudo *m'as-tu-vu* de la Comedie Française. Una que otra *virago* se ha distinguido en exploraciones e incursiones por tierras salvajes o lugares inaccesibles. Nada hay que argüir en contra. Las pintoras de la legión y las novelistas y poetisas ya no pueden contarse. Se dedican a esos *sports* como a cualquier otro, y hay musas muy recomendables. Pero estos marivarones —suavicemos la palabra— que se hallan propias para las farsas públicas en que los hombres se distinguen y que, como la Durand, se adelantan a tomar papel en el sainete electoral, merecen el escarmiento.

¡Si viviese el condestable Barbey!

Gracias a Shakespeare podemos aceptar las abogadas. ¡Pero las alcaldesas, diputadas y senadoras! Ello pasa de lo aristofanescos. De un Aristófanes para apaches es la escena que ocurrió días pasados. Pronunciaba la citada candidata uno de sus discursos de propaganda, cuando un hombre del pueblo gritóle desde su asiento:

—¿Quiénes van a remendar ahora los calcetines?



A lo que respondió la aludida:—Los remendarán los que los usen. Y una de las partidarias de la Durand, dirigiéndose a ésta:

—No le haga caso. Ese que habla seguramente no usa calcetines.

Y el truhán, esforzándose por quitarse sus gruesos zapatos:—Ahora van a ver si los uso o no los uso.

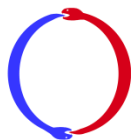
¿En eso vamos a parar con el sonado feminismo?

Un escritor discreto, M. Balby, acaba de decir; «Hemos vivido veinte siglos con la idea, que parecía decisiva, de que nuestras mujeres, nuestras asociadas, nuestras *ménagères*, tenían por tarea principal velar por el hogar, por la casa, por el *home*; trabajar a su manera por el bien de la comunidad. Ciertamente, la ley, hecha por los hombres, era mal hecha, injusta, oprimía a la mujer, no le dejaba ninguna libertad y ni aun el derecho de disponer de su salario. Y la campaña feminista, que reclama la supresión de esos abusos, tuvo el apoyo, la aprobación de todos los hombres que no eran ni egoístas ni tiranos. Pero, cuando esas damas pretenden todos los derechos y rehúsan todos los deberes, cuando quieren encargarnos de remendar los calcetines, ellas que no sabrían y no podrían dedicarse al trabajo del hombre, a su esfuerzo físico e intelectual, nos muestran el fondo de sus sentimientos. ¿Qué son ellos? —Nada. —¿Qué quieren ser? —Todo. A los hombres toca saber si aceptarán esa resolución».

Muy discreto esto. Pero podía fijarse M. Balby en que las propagandistas son solamente unas cuantas, viejas y feas. Las pocas jóvenes y algunas guapas, si lo hacen, lo hacen por divertirse. Las demás mujeres, de belleza o de gracia, seguirán ejerciendo el único ministerio que la ley de la vida ha señalado para ellas: el amor en el hogar, o el amor en la libertad.

La Prensa de París

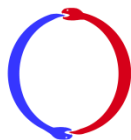
Leer la Prensa de París es un placer... Reposa, tranquiliza el espíritu, oh manes de Janin, de Scholl, de Villemessant, de Ignotus. Ved los asuntos de un número de diario: El crimen desbordado. El Tribunal correccional juzga cincuenta asuntos por día. Hay cerca de mil cuatrocientos procesos retardados. No se encuentran jueces de instrucción. Cada uno tiene que estudiar ciento veinte causas a la vez. —El cabo Deschamps cuenta cómo se hizo traidor, se robó una ametralladora con secreto especial y fue a venderla a los alemanes. —Llegan los ecos de los últimos disturbios del Mediodía. —Al asesino de las panaderías de Bar le Duc, se le prueba cómo también asesinó a su abuela. —El asunto de Duez, el ladrón de millones, continúa



su curso. —El conde d'Aulby, que ha estafado a una sonsa yanqui, que quería a su vez estafarle comprándole cuadros de Velázquez, de Tenniers, y otras firmas así, por cuatro reales, confiesa que no es conde, ni gran Maestre de la Orden de Melusina, sino hijo de un sastre y una jardinera de Londres. Sin embargo tenía castillo, y frecuentaba, como otros rastacueros, el gran mundo del *flirt* del *bridge* y de las bodas fáciles, transatlánticas e intercontinentales. —El doctor Doyen, que iba a inaugurar un curso «libre» de anatomía, es gritado e insultado por una turba, y no puede dar su lección. El mismo lo explica: —«La cábala—dice—que se ha urdido contra mí, para impedirme hablar, es la obra de algunos galopines, empujados por los preceptores y jefes de trabajo de la Escuela práctica. Fueron reconocidos entre los alborotadores muchos preceptores, *agrége* y otros interesados en la cosa. Incapaces de dictar un curso, con su anfiteatro vacío, tienen por objeto en la vida molestar a los verdaderos trabajadores que quieren hacer conocer los resultados de largas y laboriosas investigaciones. Mi intención, a pesar de todo, es continuar mi curso y mis lecciones en otro local, pues la Facultad está contra mí. Los apaches de ayer no recomenzarán pues yo tendré mi policía especial». Hay que agregar que durante el tumulto de ayer, fueron robados relojes y portamonedas. ¡Precioso cerebro del mundo! A otro caso. —Un sátiro, nuevo Soleilland, estrangula y viola a una niña. —Se detallan varios asesinatos y asaltos. —Hay una larga lista de aplastados por camiones y automóviles. Y dejo sin citar otras cuantas noticias encantadoras para los neurasténicos. Sin contar con *Zigomar* y otros folletines de robos, escenas macabras y las usuales prostituciones. Felizmente que existen el *Temps* y algún otro diario, en que se da también cuenta, aunque sea en cuatro líneas, de lo que hacen los hombres que conquistan el aire, de lo que hace Mme. Curie, d'Arsonval, los sabios de la orilla izquierda del Sena—mientras el *bulevar* hierve y echa su vaho.

El burro pintor

Fábula que acaba de acontecer. Exasperados unos cuantos hombres de pluma, de pincel, de buen humor y de pésimas intenciones, de ver cómo todos los años en el salón de los Indépendants, unos cuantos sofisticadores cabelludos y unos cuantos ignorantes atrevidos, entre algunos innovadores de talento que pierden, naturalmente, con la vecindad, exponen *croûtes*, innominables y mamarrachos indescriptibles, ante los cuales no faltan zopencos que creen ver lo invisible y adivinar el ombligo del símbolo; aquellos hombres, digo, de pluma, de pincel, de buen humor y de pésimas intenciones, fueron a un café de Montmartre, en cuyo patio hay un burro, ataron a la cola de éste un pincel, colocaron hábilmente la tela preparada, y colazo va y colazo viene, mojado el apéndice en colores vivos y distintos, resultó un cuadro de un ultraimpresionismo capaz de hacer aullar perros de piedra. Antes habíase lanzado un manifiesto como el de los pintores



amigos del poeta Marinetti. Y al asno, que se llama Lolo, se le hizo aparecer como jefe de la escuela Excesivista, con el nombre italiano de Joaquín Kafaél Boronali, Boronali, Aliborón anagramado. Todo bajo el amparo de la vieja alegría gala y el patronato del cura de Meudon.

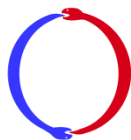
El cuadro del burro se expuso en el mentado Salón de los Independientes. Más independencia no puede seguramente haber. Charles Morice y otros varones apasionados del arte han protestado por la ocurrencia de los desenfadados. Pero las gentes han reído, y los organizadores del Salón de los Independientes han recibido una buena indicación.

Y uno de los artistas que exponen juntos con Boronali ha tenido, sin embargo, la mejor palabra risueña:

—Es verdad—ha dicho—que este año en nuestro salón hay un cuadro de un burro. Pero en los salones oficiales hay cuadros, no de uno, sino de mil burros.

Y como es quien ha reído el último, es quien ha reído mejor. Y un humorista ha puesto en boca del cuadrúpedo reflexiones como éstas: —«Puedo rebuznar; ahora he conocido la gloria... He gustado de las vanidades humanas y he encontrado que tienen menos sabor que los cardos...».

«Cuando París supo por las gacetas que el jefe de la escuela Excesivista pacía hierba sobre la *butte* Montmartre, las muchedumbres subieron en filas apretadas. Las gentes venían por centenares a admirarme. Los unos acariciaban mi flaco espinazo, los otros me ofrecían golosinas, muchos, en fin, discutían sobre pintura por la primera vez, no habiéndose ocupado nunca de pintura, almas simples, hasta que un pollino se puso a pintar con la cola. Desde luego, gracias a mi cuadro, el Salón de los Independientes, triste amontonamiento, ha conocido este año la boga y ganado admirables entradas, que no me agradece. Lo que me ha complacido sobre todo es que se han escrito al respecto cosas muy divertidas. No hay una sola gaceta, desde *Le Figaro* hasta *L'Avenir du Sénégal* y *Le Moniteur des Îles Fidji*, que no hayan filosofado sobre mi caso. Todo el mundo ha reído, me dicen, menos cierto periodista de un diario, quien, no habiendo comprendido, expresó palabras severas. Esto no me disgustó, pues es bueno en una fiesta contar con un hombre furioso, pues su cólera intempestiva aumenta la hilaridad de los otros. Cierta crítico ha querido compararse con Homero, cosa que me ha complacido. Otro crítico ha escrito que prefiere mi pintura a la de Turnes, cosa que me ha sorprendido. Ya sé ahora en qué consiste la pintura para muchas gentes: consiste en colocar en un cuadro, de preferencia dorado, una tela untada de colores variados. Siempre se encuentra un



público que admire. Los embadurnadores que llenan el Salón des Indépendants y ahogan con sus producciones, que se podrían atribuir a geómetras dementes, las obras notables con que justamente se enorgullece esta exposición, han hecho mal en enojarse. No había entre ellos sino un asno más». Y agrega el humorista, que habiendo empezado a andar el jumento, le preguntó:

—¿A dónde vas, Boronali?

—«Voy a juntarme en la historia gloriosa de los hombres, con el caballo negro de Boulanger».

Hubiera podido agregar que con la burra de Balaam, con su colega de Turmeda, con el asno de Kant, con el de Víctor Hugo. Y, para no ir tan lejos, a la Porte-Saint-Martin, a hacer figura entre los animales de *Chantecler*.

A propósito de Mme. de Segur

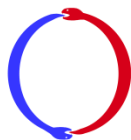
Acompaño al caballero que lleva a respirar el aire sano de mi predilecto jardín del Luxemburgo, a sus dos hijos, lindos como flores, un niño y una niña, ambos de cabellos castaños y oscuros, y ojos tan grandes, dulces y brillantes, que agregan alegría al día.

Pasamos cerca del monumento hace poco inaugurado, en memoria y honor de la señora de Segur, *nacida Rostopchine*, a la que tanto debe la imaginación y la complacencia de varias generaciones de niños.

—Ya no se leen esos cuentos, casi—dijo mi amigo.

Le contesté que si no leen tanto como antaño, la culpa es de los padres, que han sustituido a los amables personajes de los cuentos viejos con los héroes de aventuras policiales de Conan Doyle y otros Lupines de París. Los niños saben ahora de cotillones, de partidas de *bridge*, de aeroplanos, y se interesan en los puñetazos yanquis del negro Johnson y del blanco Jeffries.

—No los míos —me contestó mi amigo—. Sin que yo les deje de dar una instrucción que les mantenga al tanto de los adelantos de su tiempo, ellos conocen bien su Perrault, sus Mil y una noches, su madame Leprince de Beaumont. Y las historias tan sabrosas y honestas de esta señora, cuyo busto acabamos de ver en ese rincón apacible rodeado de verdes.



Ahora que estudian inglés, quisiera yo encontrar un libro de cuentos como aquéllos.

—Los hay —le dije— y preciosos y sabrosos. Cómpreles usted esos admirables álbumes que ilustraron artistas ingeniosos y aun geniales, que pusieron sus almas en contacto con las almas infantiles y supieron interpretar gráficamente las creaciones de los soñadores. Los ingleses han ofrecido a sus niños las prosas y los versos sencillos y graciosos, con las imágenes que son el encanto de los ojos. Cómpreles usted *The Three Jovial Huntsmen*, con las figuras ligeras y humorísticas de Caldecott y verá cómo se perfeccionan en su inglés sonriendo. Cómpreles *The baby's opera* o *The baby's own Aesop*, en los que Wálter Crane ha fabulizado con el lápiz. Verán las cosas de Esopo armoniosas y claras. Así, como cuando las ranas piden rey:

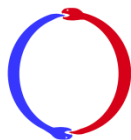
*The frogs prayed to Jove for a king,
Not a log, but a livelier thing.
Jove sent them a Stork
Who did royal work
For he gobbled them up did their king.*

Y allí está la cigüeña coronada tragando ranitas, a orillas del charco. Pero, si quieren ver a las ranitas alegres y danzantes, entonces,

*«O! there is sweet music on yonder green hill, O!
And you shall be a dancer, a dancer in yellow,
All in yellow, all in yellow!»
Said the crow to the frog, and then, O!
«All in yellow, all in yellow,»
Said the frog to the crow again, O!*

Y Wálter Crane hace bailar a una ranita, y otra ranita toca la bandola y otra la pandereta. Y en otro cuaderno, el mismo artista les hará ver «cuando estos chanchitos van al mercado», y cuando «este chanchito grita: *wee! wee!*» Y otros cuantos cuadernos más en que hay cosas de bella caballería y cuentos de abuelas. Y si se trata de las donosuras que pintara el inolvidable Kate Greenaway, allí está la Guirnalda para el jubileo de la reina Victoria, o *Mother Goose* o *A day in a child's life* donde hay versos de cantar con música de Foster:

March, march away!



*March, march away!
To the play-ground lead the way!...*

Pues ¿y *Sing a Song for six pence*, con los niños y pájaros dibujados por Caldecott? ¿Y las cosas de hadas de Anning Bell?

Y luego le digo a mi amigo que busque para sus niños un librito, que escribiera en excelente inglés una pluma hispanoamericana *Tales to Sonny*, por Santiago Pérez Triana. He allí un joyel pueril, unas cuantas páginas que un escritor de diplomacias y asuntos de estado, que es también un poeta y un culto espíritu, escribiera en idioma de papá, dedicadas a un su Santiaguito bautizado Sonny en el hogar, según tengo entendido, por su madre norteamericana.

Era en tiempo en que se arrancaban la vida rusos y japoneses allá por la Manchuria, y en el apacible Retiro madrileño, el padre y el niño hermoso de largos cabellos, conversaban. El padre le hacía cuentos tal el dios Hugo a sus nietos.

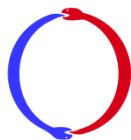
Y el niño los oía en el inglés maternal, que su padre conoce y habla como su propia lengua. Esos cuentos fueron después escritos y publicados en Londres por Anthony Treberne Co. Ltd., ilustrados con gracia por Dorothy Furniss, y con cuatro palabras de prefacio del autor.

Son seis las narraciones: *The little stream of water* habría hecho sonreír de complacencia a San Francisco de Asís, puesto que en él dialogan un niño y la hermana agua en su forma de arroyuelo. Y la palabra del arroyuelo enseña a Sonny algo de la filosofía del mundo y mucho de la grandeza de Dios sencillamente. *Minnie and Billie* trata de dos niños-pájaros que vuelan y hablan. Billie es el pajarito y Minnie la pajarita.

Hablan como saltando de rama en rama.

*«What is your name?»
«My name is Minnie.»
«Oh! what a pretty name!»
«Do you think so?»
«Indeed I do».*

Así hablan. Y luego, con la inocencia natural, tratan de fabricar un nido. Y el nido se hace, no en la casa de la escuela, no en la torre de la iglesia, sino en un árbol, junto a otros árboles que tienen otros pájaros. Y

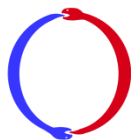


luego se sabe que de los huevos salen los pajaritos. Así, cuando una tarde vuelve Billie a su nido, encuentra, de cuatro huevos, cuatro pajaritos *that just could call him papa*. Y tuvo mucho contento en su corazón.

En *Mrs. Lyon's party* animales diversos parlan como en las antiguas fábulas. Tal se expresan las ocurrencias de Mr. Fox, de Mr. y Mrs. Bull, de Mr. Ox, de Mr. Rhinoceros, de Mr. Tiger, del siempre ilustre Mr. Ass. Es una variante ingeniosa del famoso cuento de los Músicos de Bremen.

El narrador pone también su lección histórica en la amenidad del divertimento. De este modo en *The galleon* trata de la antigua ciudad de Cartagena de Indias, grata al poeta Heredia. Y cuenta de sus cuarenta y ocho fortalezas, llenas de cañones y de su hermosa bahía. Y dice de los buenos españoles del descubrimiento y de los rapaces que les robaban a los indios sus oros y sus piedras ricas. «Those Indians had a great deal of gold in different shapes, bracelets, breast-plates and queer looking little dolls. The Spaniards robbed the Indians of all their gold. The Indians also had a good deal of silver and quite a number of emeralds all of which were taken away from them by the Spaniards». Y así fueron las cosas, como lo sabe muy bien Sonny. Y se cuenta de los galeones que iban cargados con grandes riquezas que los gobernadores españoles enviaban para los reyes de España. Y de cuando en cuando aparecían en el mar unas tropas de piratas, de aquellos bravos piratas cuya historia ha contado Oexmelin en su rara historia de la piratería. Y de los combates de las gentes del rey con los piratas. Y de un gran galeón de tres palos que iba a traer a los monarcas de Madrid el oro, la plata, las esmeraldas y las perlas que estaban en Cartagena de Indias. Y cómo ese barco regio debía también cargar muchos productos de la tierra ardiente, plátanos o bananas, cocos, ñames, mandioca, piñas, pájaros parlantes y otras cosas más que eran de maravillar a los hombres europeos. Y cómo el mar se alborotó y hubo naufragio. Y el mar se tragó el tesoro, que han querido después buscar los buscadores de tesoros. Y el tesoro está en el mar Caribe, entre Cartagena de Indias y la isla Trinidad.

Y la otra narración refiere *How the chimp family went to town*. Y son sucedidos muy graciosos, pues se trata de una familia de monos o niños. Y hay que ver a los monitos cómo los pinta la ilustradora Dorothy Furniss, que tiene de los intencionados animalistas ingleses y que agradaría a Benjamín Rabier. Y para concluir está una historia como para escrita en versos; porque tiene tanto de poesía que hasta en el comienzo de esta narración, que está hecha para un niño, parece dicha en un inglés de verso: «*This is the story of the Prince who covered his body with golden dust—in a far off land, in a far off day—whom the Spaniards called «El Dorado»*».



«And this is the story of the Great Cataract that even to-day, in that distant land, rushes and thunders, in memory of what took place long, long ago». Y es la historia de «El Dorado» con toda su primitiva belleza. La historia del pueblo Chibcha, de ese pueblo tan fabuloso como el de los antiguos troyanos, y tan real como ellos, pues en el Museo de Madrid se pueden admirar sus mitras de oro, sus máscaras de oro, sus mil cosas de oro, pues «El Dorado», que cubría su cuerpo desnudo con polvo de oro, era como el dios viviente del oro. Y parece Bochica, el gran dios de los indios chibchas, que tiene cetro jupiterino y a quien sus adoradores, si hubiesen sabido latín, hubieran aplicado el horaciano:

Cuelo tonantum credidimus jovem Regnare...

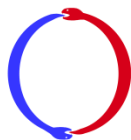
Y es admirable la tradición del Cacique Áureo, del dios primitivo y del Lago Místico. Sonny debió de quedar encantado. Y con él todos los niños que sepan inglés y lean el librito *Tales to Sonny*, de Santiago Pérez Triana.

Blanco y negro

París —¿quién lo hubiera antaño creído?— ha pasado algunos días preocupado con el famoso *match* del blanco y el negro. Por lo menos, el París novelero y *sportivo*. Aunque es verdad que esa pasajera ultramericanización no indica una transformación del carácter nacional, es un hecho que la Prensa se ocupó largamente en el asunto y los retratos y biografías de los dos fuertes animales norteamericanos se publicaron en todas las hojas. Jeffries y Johnson lograron popularidad parisiense. Aquí tiene el box sus aficionados y partidarios, entre algunos *sportsmen* y *snoobs*. Se han visto y se ven pugilatos públicos a que ha concurrido un público de clases diferentes. Pero la cosa no ha pasado a más. La repercusión que tuvo la *performance* norteamericana ha sido seguramente causada por lo elevado de las apuestas, por los *cachets* que han cobrado los rivales, y por ser un negro y un blanco, como en las damas, los elementos del juego. Y hubo quiénes apostaran al blanco y quiénes al negro. La victoria de éste fue alegremente comentada, y las atrocidades que en Norte América siguieron a ella lo fueron también.

—¡Que se venga a París el negro!— decían algunos.

Y con razón. En París los negros o mulatos con dinero no tienen por qué quejarse. Hay muchos de ellos que, en los Estados Unidos o en ciertos círculos de las aristocracias hispanoamericanas serían rechazados, y que aquí viven tan lindamente, dándose gusto y hasta viendo su nombre en los

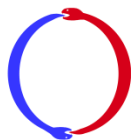


periódicos. No hace mucho que se habló de un banquete a dos poetas negros, creo que haitianos. Y en honor de ellos hablaron dos poetas blancos, aunque de segundo orden. Monsieur Gregh y Dorchain... Y los negros *continúan* y hacen bien.

De Val

¿Y el Congreso universal de la Poesía? Ya hablaremos luego. Ahora os hablaré de su organizador, del que ha sido su alma y que tiene en él muchas nobles ilusiones y muchas grandes esperanzas. De Val es un hombre admirable. ¡Admirable! El poeta Amado Nervo le dice: «¡Tú, que todo lo puedes!» En verdad, Mariano Miguel de Val, que también es poeta, y que quiere el bien de los poetas, está en todo, es múltiple, es complejo, es universal, y si no fuese que en él prevalece sobre todo algo del caballeresco ensueño tradicional hispano, merecería ser yanqui... En las proporciones de esta villa del oso y del madroño, tiene este varón, de cuerpo fino y faz de hidalgo antiguo, una variedad de actividades rooseveltianas que desconcierta en la gran urbe de la famosa Puerta del Sol. Mariano Miguel de Val es terrateniente, mundano, abogado, ex secretario del Ateneo; de la familia de Castelar, ex secretario de Moret; amigo del rey, de los infantes; redactor en varios periódicos, director de un diario de provincia, director de la respetable revista *Ateneo*, director y editor de la biblioteca Ateneo; pertenece a la Legación de Nicaragua; fue iniciador del *Romancero de los sitios*; colabora en *Caras y Caretas*, de Buenos Aires; en *El Fígaro*, de la Habana; ¡inicia, realiza y colabora en cien cosas más! No tiene aún automóvil; va a comprar uno pronto; pero no hay que temer, este poeta no es futurista. Tiene un santo en su familia ancestral. Tiene un castillo en Zaragoza. Es lírico de paz y de hogar. Tiene una bella esposa y unos lindos niños. Su padre era republicano. En su casa se conspiraba. Llegaba allí el tío Emilio y hacía discursos de música. El niño Mariano oía todo eso, observaba, tras los cortinajes. El niño creció, y el hombre es hoy monárquico, católico; y, cuando se va a veranear, para que diga la misa en la capilla de su castillo, tiene un capellán. De Val es cuerdo.

Su gabinete de trabajo está adornado de libros, retratos, autógrafos, medallas. Sus íntimos son sabios catedráticos, políticos, periodistas y uno que otro autor de los llamados modernistas. No se le creía un combativo. Sin embargo, un día se halló en pleno ardor polémico. El enemigo era temible: la condesa de Pardo-Bazán. La polémica fue sobre los novelistas en el teatro, y el joven *aeda* se batió arduosamente con Pentésilaea. Una vez vistos los argumentos de uno y otro, confieso que me coloqué al lado de doña Emilia. Muchos novelistas han habido y hay que son excelentes autores dramáticos, y una facultad no es privativa de la otra.



De Val, que parece tan grave, tan serio, y que lo es, ¡indudablemente! ha pagado el matritense tributo a la literatura jovial, y, aunque sin su nombre, ha hecho imprimir cierto pecador volumen de castizos chistes, que habían regocijado a aquellos honestos y nada complicados rimadores que se llamaban Teodoro Guerrero, Ricardo Sepúlveda y demás compañeros del tiempo del *Pleito del matrimonio*. Después llevó la risa a las tablas, escribió para el teatro cosas jocosas. Mas en donde quiso poner la flor armoniosa de su juventud fue en su volumen *Edad dorada*. Son cosas de galantería y elegancia, madrigales apasionados, idealismo y carne, inspiraciones momentáneas y filosóficas amatorias; versos del alma y versos de salón; declaraciones y baladas. Gentiles maneras y decires que complacían a las damas antes de la introducción del *bridge*, del *pastime-puzle* y del *popintaw*.

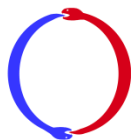
De Val adula rítmicamente a la mujer, y señala sus varios encantos y modos de hechizar. Celebra la juventud, optimista y amigo del placer y de la gloria. Celebra la fe, el entusiasmo, el amor, la mujer siempre, ¡y hace bien! Y dice al final de su canto:

Dejad, pues, que la planta favorecida
de su corto reinado goce abstraída,
y aliente los afanes de su amorío
y realice sus sueños en el estío,
no le habléis del otoño que le intimida,
no le habléis del invierno de nieve y frío,
dejadla que lo olvide, si es que lo olvida,
y cuando en sus entrañas se sienta herida,
cuando la hora le llegue de cruel hastío
y la veáis rendirse desfallecida,
decidle, porque aplaque su desvarío,
que todo invierno es víspera de nueva vida.

Canta el amor, canta las flores con modos y conceptos ortodoxos:

Flores, hermosas flores,
que sois nido de amores
y de los verdes prados alegría,
desplegad vuestros mantos de colores
que ya amanece luminoso el día.

Dedica dos poemas a dos marquesas guapísimas. Zorrilliza en una «sinfonía». Y refiriéndose a quien sabe qué gallarda y voluptuosa señora,



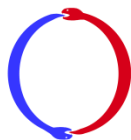
asonanta unas insinuaciones donjuanescas o fáunicas, de todos modos no por lo emprendedor menos romántico:

...Auras de rosa
forma tu aliento,
que toman brío
sobre las ondas de tu cabello.
Hacia mí vienen
y tú sonríes,
cada vez que oyes
los besos míos que las reciben.
Redondos, frescos,
tendidos, blancos,
sobre las sábanas
descansan, duermen, quietos, tus brazos.
¿Por qué no se abren
para hacer presa
en otros brazos
que ser tu cárcel también desean?
Anciano el dueño
de tus caricias,
gozar no puede
de tu hermosura la gallardía;
la gentileza
de tus contornos,
rica y sabrosa,
miel de panales de abejas de oro.

Natural es que el romántico que hay en él, admire a Byron y le salude en un sonante soneto. Y lo que lleva de su raza en la sangre lo hemos de ver en tal ímpetu místico, con su reminiscencia de don Gaspar:

...En tanto que en la tierra se despierta
el bronce herido a la oración llamando;

en tal evocación del poderío morisco para, a propósito de una atalaya, loar la espiritualidad cristiana; en ternuras familiares y religiosas; en discretas quejas melancólicas que son como ecos de amoríos pretéritos, en la obsesión de la cruz; en efusiones cordiales que no por ser dichas en un metro poeano que han difundido los modernos, parecen menos venir de tiradas calderonianas y de fogosas arias de los corifeos del romanticismo. En De



Val está el trovador. No han llegado a él ni el uso ni el abuso, hoy tan comunes, de ciertos procedimientos de la nueva poesía castellana. Lo que ha escrito está conforme con el espíritu y los preceptos del glorioso parnaso nacional. Ello es cuestión de temperamento y de maneras personales de exteriorizar sus ideas estéticas. Yo ni le censuro ni le alabo. En todo caso, más bien le alabaría por haberse dado tal como es él.

Lo bueno es que se conserva siempre joven y lleno de actividad y entusiasmo para toda empresa generosa y en la cual se haya de rendir homenaje a Nuestra Señora la Belleza. Ese congreso universal de la poesía, hoy postergado para que se lleve a cabo bajo mejor plan, y que se verificará en la próxima primavera, cuando esté Valencia más rica de flores y de celestes luces, ese congreso ha sido idea de él, para honrar a la Poesía, y para hacer bien a los portaliras. La suya la tiene excelentemente cuidada, y ha de dar en tal concurso apolíneo nuevos y plausibles sonos.

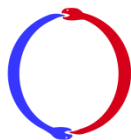
Rueda a América

Salvador Rueda me dice en una carta... «Te mando en estas palabras mi adiós, que quisiera dártelo con los brazos. A Canarias, y después a Cuba: un viaje íntimo, pacífico, delectación espiritual purísima».

Salvador Rueda, ya lo sabéis, es un gran poeta. ¡Es el último poeta lírico, sacerdotal y natural que hoy existe en todo el mundo! Es decir, el que siente que él es Eso, y que eso es su sagrada misión sobre la faz de la tierra. Él ha dicho muy líricamente y muy exaltadamente lo que piensa de su destino órfico, en la revista *Poesía*, que publica en Milán el fundador del Futurismo, señor Marinetti. Salvador Rueda deseaba desde hace tiempo ir a América. Ir sencillamente, simplemente, como poeta lírico. Aun me invitó para que hiciésemos juntos ese viaje fabuloso. Yo me atreví a decirle que no fuera a Buenos Aires. Le indiqué, por su bien, que de hacer el viaje se apresurase a hacerlo a algunas de nuestras repúblicas tropicales, porque, aun por allá mismo

*Nous n'irons plus au bois,
les lauriers sont coupés!*

Ahora Salvador, homérica, pindárida, va en viaje «íntimo, pacífico, de delectación espiritual purísima», a Canarias y a Cuba. Ambas son islas de armonía y recibirán como se merece al fecundo poeta español. Las colonias, además son muy gentiles. Rueda realiza el milagro de querer ser y ser, en nuestro tiempo, poeta, nada más que poeta, y cuenta para afirmar



su volición con todo lo que le dio, como él dice, la Gran Madre, la Naturaleza, y con el sol de su Andalucía que lleva adentro.

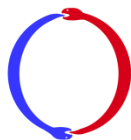
Ahora viaja también por la América tropical otro poeta, también andaluz, el señor Cavestany. El señor Cavestany ha recitado sus poesías en Méjico y en la Habana y se le ha festejado brillantemente. Tiene sobre Rueda la ventaja de ser rico y de ser académico. Pero en Rueda hay mayor cantidad de poesía, y vaya lo uno por lo otro. Rueda es el consagrado de la Lira, el hombre que tiene confianza en el alma de las cosas; que es una voz, un órgano de la Naturaleza. Yo no le encuentro en la Península parangón sino en Zorrilla. Vive en su nube de oro sonoro—de oro irreal. No es, pues, actual, ni adaptado.

Homero y Píndaro es posible que anden hoy por el mundo. Sólo que, por obra del tiempo mismo, cambian en sus manifestaciones y obran conforme con las exigencias de la época. Sus expresiones e himnos son adecuados al instante, y se sienten influidos por el deseo o por los efluvios que brotan del alma de las muchedumbres. A veces pasan, aislados, otras se mezclan a las agitaciones urbanas. El don de armonía les hace transfigurarse, y una simple frase de común prosa les brota vestida de estrellas o de chispas sulfurosas. Homero y Píndaro tienen muchos nombres, tienen ojos negros o azules, emergen entre una tribu de judíos, en la estepa o en[52] la pampa, o andan elegantemente por los bulevares parisienses, por los clubs de Londres o en las calles de Buenos Aires o de Nueva York o por las tierras de la magnífica Italia. Píndaro y Homero, que tuvieron en lo antiguo en sus manos la trompa o la lira sagradas, guardan hoy a veces silencio. Y en los bolsillos de sus diferentes disfraces suele encontrarse, con o sin el poema, un libro de cheques —o una bomba. Es preferible, en todo caso, el libro de cheques— y tu gran corazón, querido Salvador Rueda.



El radiorreloj

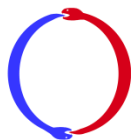




Osvaldo Becker

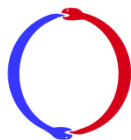


las siete y media exactas, el radiorreloj noventoso se activó: “... y, como suele suceder un viernes de marzo, comienza lentamente a advertirse un flujo más importante en el tránsito por la Panamericana...”. Virginia oyó, muy a su pesar, el primer estímulo de la jornada en el medio de una oscuridad contundente a no ser por una ligera luz matinal que se colaba por un par de hendijas de la persiana. Con un hilo de sueño empezó a moverse levemente. Estiró su mano izquierda para tomar su celular: ningún mensaje, ninguna notificación. El radiorreloj, a través de la voz melosa de un locutor reconocido, indicó una temperatura muy agradable: “... mañana primaveral, espléndida, este viernes...”. Con una sola mano fuera de la sábana, con el aparato en posición oblicua, buscó el contacto y ensayó una veintena de palabras que luego procedió a borrar de inmediato. Reinició la escritura, pero luego le resultó antojadizo el empleo de un par de adjetivos. Los juzgó innecesarios, altisonantes, quizás contraproducentes en virtud de su propósito indefinido. Volvió a borrar todo por completo. Pensó que más tarde, conforme fuera recuperando la lucidez, retomaría el mensaje para ese destinatario. Un poco con vehemencia depositó el celular sobre su mesa de luz, junto al radiorreloj (que ahora le acercaba una melodía inglesa en la voz de una cantante-estrella), un velador austero, una botellita vacía de agua, una novela romántica, un cenicero de vidrio atiborrado de colillas, unos auriculares inalámbricos y una caja de pastillas. Lo tomó de nuevo, volvió



a ingresar a la aplicación y ubicó el contacto que necesitaba con una velocidad sorprendente, automatizados ya los rictus digitales. Tipeó con sus pulgares unas treinta palabras, pero no envió nada. Esta vez cortó lo que redactó y lo pegó dentro de un listado largo del bloc de notas. “No soporto más que no indique si está conectado o no”, se quejó. Con un sutil lloriqueo se dio cuenta de que ya empezaba otro día igual. “Nunca fue así, nunca hizo eso, ¿quién se cree que es?”. Volvió a casi arrojar el celular sobre la mesa de luz, bajó el volumen del radioreloj noventoso y de nuevo, girándose violentamente, se refugió bajo la sábana, que ya mostraba ciertas marcas de que necesitaba un lavado. “... y sí, a disfrutar de esta hermosa mañana en la ciudad de Buenos Aires. Veintiséis grados fantásticos...”, escuchó, ahora con algo de dificultad, con cierta distancia, la voz de la periodista-conductora que, posteriormente, se puso a leer los titulares de algunos diarios. Virginia notó la falta de limpieza de la sábana y se puso a lloriquear como una niña. El sollozo no le duró más de dos minutos. Volvió con la acción mecánica: envió el mensaje, parco, en pura función fática, y ahora, con cierto temor, se llevó el celular debajo de la sábana.

Su novio la sustituyó, una calamidad, por su socia, con quien, en rigor de la verdad, ya había iniciado una relación clandestina mucho tiempo antes. La escena del final fue en ocasión de la vuelta de una escapada juntos en el auto de él a la costa atlántica. Volviendo a Buenos Aires por la ruta dos (los padres de Iván tenían una pequeña casa veraniega en la ciudad balnearia de Costa Azul), a la altura de Vivotatá, Iván comenzó un discurso que había ensayado en múltiples oportunidades como para generar un efecto lo menos traumático posible en su ahora exnovia, lo que indicaba que, si bien ya no la quería como en un principio, aún mantenía por ella ciertos sentimientos ligados a una especie de conmiseración. El discurso tuvo lugar tras un largo preámbulo en el que repasó más de una década de actividades en conjunto aderezado por algunas observaciones grandilocuentes sobre el alma humana que, y esto lo subrayó en reiteradas ocasiones, constituía para él un fenómeno vinculado a lo inexplicable por más que se le diera vueltas y vueltas a la cosa. Esa introducción, como si se tratara de un telón de fondo que se abre antes de que arranque una obra de teatro, se vio obstaculizada en solo un instante por Virginia que, digámoslo ya, se veía venir el temporal por más que en su deseo circulara aún el nebuloso proyecto familiar de casa, hijos, perro y camioneta. El hombre había ensayado esa conversación por lo que ciertos fragmentos de sus enunciados presentaban ese automatismo que en reiteradas oportunidades se puede volver inapelable. Ella, en cambio, si bien presentía que la tempestad podía desatarse en algún momento, se vio desprovista de un orden armonioso en los argumentos con lo que, evidentemente, sus turnos correspondientes en la participación verbal no solamente fueron intuitivos sino también, y lo que es peor,



caóticos, dudosos e incluso patéticos. No solían hablar “en serio” en muchas ocasiones en verdad, así que esta inminente interacción comunicativa desarrollada desde Vivoratá hasta el centro de Avellaneda, a bordo de un Gol negro, los tomó a ambos de manera parecida:

—Virginia. Ya es hora de que hablemos algo en serio, algo que vengo pensando hace varias semanas.

—Mmm, ¿por qué no me gusta esto? ¿Será porque estás diciéndome mi nombre completo?

—Bueno, te digo “Vir” si querés.

—Lo que pasa es que ahora ya lo dijiste completo. Si me decís “Vir” a partir de ahora, igualmente ya dijiste “Virginia”.

—Como sea, Vir, o Virginia, o cualquiera de las miles de formas que he usado para hablar con vos en estos... ¿cuántos?, ¿doce años? ¿Doce años llevamos?

—Sí, más cuatro meses y pico —remató ella, siempre tan atenta al paso del tiempo y al vínculo entre ambos—. La semana pasada cumplimos doce años y cuatro meses, el veintitrés.

—Ajá, bueno, como sea. Creo que tenemos que tomar una decisión sobre nosotros —apuró el planteo Iván como si hubiera apretado el botón que lanza un misil.

Virginia se puso tensa. Aferró con sus dos manos un libro de ficción que venía leyendo a lo largo del viaje y pensó que necesitaba inmediatamente encenderse un cigarrillo:

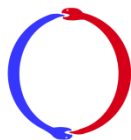
—No sé por qué adivino que se avecina una tormenta.

—Justamente. No quiero más tormentas ni nada por el estilo. De todos modos, nosotros tanto no discutimos, digo, como discuten otras parejas, creo yo, ¿o sí?

—Mirá, Iván. Si en algo se caracteriza nuestra pareja es que precisamente mucho no discutimos. ¿Pero sabés a qué se debe eso? A que no venimos teniendo mucho diálogo en los últimos tiempos —dijo Virginia, como intentando imponer, poco sutilmente, un tema de conversación que se convirtiera en una fuerte digresión.

—Me gustaría retomar mi planteo, Vir.

También se avecinaba una tormenta en el cielo. La cinta asfáltica estaba prácticamente vacía. Apenas por el sentido contrario, yendo a la costa, pasaba cada tanto un auto, un micro o un camión con su acoplado. El cielo estaba poniéndose cada vez más oscuro. Como la atmósfera dentro del Gol de tres puertas. El sol de luz aguachenta ya había desaparecido neutralizado por espesas nubes blancas y grises. Iván se sorprendía de la cantidad de anuncios viales y publicidades (que hoteles, que parques de recreación, que alfajores, que candidatos) que, con los años, cada vez más poblaban los bordes de la ruta. Cientos de veces hizo el recorrido por la ruta en su calidad de gestor inmobiliario de viviendas en la costa atlántica. Ida y vuelta, una y otra vez, generalmente en el mismo día, temprano a la



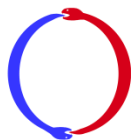
mañana hacia la playa, tarde a la noche de regreso a Buenos Aires. Ya todo el periplo le resultaba familiar, ya se sabía de memoria los espacios de venta de productos varios a la vera del camino, los carteles indicadores, los rostros de los empleados en los negocios que son el apéndice de las estaciones de servicio, incluso muchos árboles y postes. Jamás tuvo ni siquiera un leve incidente. Lo de mayor relevancia fue una noche que, volviendo, quedó dentro de un espeso círculo blanco de neblina. Siempre diría que ese fue el instante más cercano que tuvo con la incertidumbre de la muerte. Fueron solamente tres o cuatro segundos, pero bastó como para que tal horripilante impresión le quedara grabada para siempre en su retina. “Es algo que no se lo recomiendo a nadie. Por suerte era de madrugada, tarde, cerca de las tres de la mañana, y no había nadie transitando. Si no, no sé si la cuento”, solía decir. En esta ocasión, en esta enésima oportunidad de itinerario de vuelta a su casa, pensó, también actuaría el destino marcando que sería un momento que difícilmente podría olvidar en un futuro. El momento de tomar un nuevo rumbo en su vida. Algunas gotas pequeñas, pertinaces, empezaron a estrellarse contra el parabrisas.

—Me quiero separar —dijo Iván, con un aplomo del que él también se sorprendió—. Me quiero separar, Vir.

El apodo cariñoso le resultó tan extraño que, siempre sorprendida y aferrada al libro, se quedó pensando en lo extraño que resultaban esas cuatro palabras juntas. No supo bien cómo responder ese planteo. Quizás le conviniera quedarse en silencio como para que no se iniciara una discusión que trepara como una espiral inexorable atravesada de reproches, sollozos e insultos. O quizás le conviniera decir que sí, que estaba de acuerdo (como para descolocarlo, como para generar el efecto espejo del que quizás él se viera desafiado). Quizás le conviniera preguntar por qué, que qué le pasaba, que si había conocido a otra mujer.

—Me quiero separar, Vir —repitió, ahora con un tono menos rígido, como si realmente lamentara decirlo.

Virginia abrió la guantera e introdujo con dificultad el libro (en cuya tapa la silueta de una mujer se desvanecía de a poco para convertirse en un corazón negro) porque tuvo que lidiar con objetos bastante inútiles que hacía meses no cobraban vida. Acomodar el libro allí fue como un preámbulo para armarse de palabras, para sentirse suelta, libre y empezar a armar una buena defensa. Con las dos manos repasó todo su cabello y lo acomodó bien hacia atrás, con énfasis, como aprestándose a algo importante. Iván seguía en silencio tras las palabras repetidas, también en la labor de buscar cómo seguir el discurso. Tomó su cartera y sacó una vincha que se colocó ayudada por el espejito del parasol. Pasó sus manos por su rostro, como masajeándolo, como queriendo recobrar de a poco una realidad que se tornaba inexorable: esas palabras ya las había oído en un par de ocasiones,



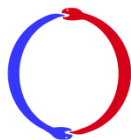
aunque entonces fueron neutralizadas por una reconciliación aderezada por un sexo renovador. Ahora las palabras, a pesar de que eran conocidas, de que las había escuchado ya provenientes del mismo individuo, sonaban distintas, con un matiz adicional que no lograba descifrar del todo: había cierta tristeza en la cadencia, cosa que, paradójicamente, la contrarió aun más. Lo natural habría sido que enunciara las palabras con cierta firmeza, con un algo de hastío, con preocupación, sí, pero también con una rigidez que la pudiera descolocar. ¿Pero de qué se trataba esa nota de melancolía en su voz? ¿Y por qué emplear su apodo, esa forma abreviada, con una i enfatizada esta vez que demostraba alguna forma de conmisericordia si en el principio de la charla dentro del Gol yendo por la ruta la llamó por su nombre completo? La preocupó que ese modo de enunciar las palabras fuera el resultado de una mansedumbre fruto de múltiples reflexiones nacidas ya hacía tiempo y que ella estuviera completamente ajena a ese proceso. La alegró, mínimamente, claro está, que de su boca saliera el “Vir” amistoso, cariñoso, amoroso, y se sintió un poco esperanzada por esa sílaba cotidiana de la pareja.

Las gotas pertinaces se fueron engrosando: Iván encendió el limpia-parabrisas en una velocidad moderada. Virginia presionó el botón para levantar el vidrio de su lado que había bajado para que saliera el humo de sus muchos cigarrillos. Hubo un par de rugidos provenientes desde el cielo. Todo se dio en el instante inmediatamente posterior al “me quiero separar, Vir” y antes de que prosiguiera la escena:

—Me quiero separar, Vir.

“Ya me lo dijiste, idiota”, pensó. “Disco rayado”. Mejor era no contestar aún. Contar hasta diez. Mejor era seguir con el silencio y domar la olla a presión de la ira. Ahora las cuatro palabras sonaron agresivas más por la repetición insidiosa que por su semántica. Por todos lados, y aún a pesar de la cortina de agua que iba experimentando un *in crescendo*, la pampa infinita se extendía desolada —el ganado era escaso a esa altura de la ruta: sí había, por el contrario, carteles y más carteles, como si su presencia vivificara el entorno semivacío. Mejor, quizás, sería dejar que Iván siguiera con su planteo, al que seguramente le adjudicaría una larga retahíla de argumentos previsibles, reiterados algunos, originales otros. Con el mutismo, y con un gesto abstraído, estaba comunicando su sorpresa, su —precisamente— falta de palabras. Le dieron ganas de fumar, pero se las aguantó como si ese mínimo acto de estoicismo y templanza pudiera contribuir a su favor.

—Te pido que no empecemos una escena dramática. No es fácil para mí todo esto, Vir. No es nada fácil. Te pido, por favor, que hablemos con la mayor tranquilidad posible, ¿sí? Porque...



“Qué imbécil. ‘Ay, no es fácil para mí’ todo esto”, pensó. Continuó con su silencio, como para ubicarse en un contundente puesto de oyente, como si estuviera acomodándose para escuchar el concierto uno de Tchaikovski. Del otro lado, las palabras comenzaron a tomar forma.

—Todos estos años que estuvimos juntos son un tesoro que voy a llevar dentro de mí toda la vida. Se trata de cientos de cosas preciosas que no podemos echar por tierra. Son todos recuerdos que tenemos que alojar en lo más profundo de nuestro corazón. No querría terminar esta relación de una manera negativa. No me gustaría que quede rencor, resentimiento o despecho. No. Nada de eso, Vir. Por favor, escuchame bien. Yo no me lo permitiría. Vos, Vir, sos una mujer hermosa, inteligente y simpática...

“Y si soy tan hermosa, inteligente y simpática, ¿para qué carajo estás planteando todo esto, marmota? No se entiende. Claro, todo esto es la etapa preparatoria antes de la puñalada”, reflexionó en tiempo récord. “Es la típica forma de encajarte una puñalada después de ofrecer palabras edulcorantes. No voy a caer en esta. No se la creo”.

—¿Viste que dicen que del amor al odio hay un solo paso? Bueno, no quiero que pasemos eso. No quiero, Vir. ¿Por qué tenemos que padecer lo mismo que atraviesan tantas personas que, después de distanciarse, detestan a sus exparejas? ¿Por qué? No. Yo no quiero eso para nosotros. Por eso: ante todo, quiero aclarar eso.

“Ahí ya va dando los puntos centrales de esta charla de mierda. Como que en el medio de tanta palabra almibarada, te manda su objetivo central, lo único importante. De manual. Igual no voy a hablar. Voy a dejarlo que descargue toda esta catarata de estupideces”.

—¿Viste que dicen eso?

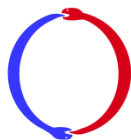
—Sí, vi, vi.

“Es lo primero que le digo. Me parece que por más que sea tan cortito, se está notando mi tensión. Voy a agregar algo”, juzgó la mujer, en clara evidencia de estar sumergida en un mar de incoherencias.

—Ya estoy previendo lo que estás planteando. Ya es muy evidente. Pero me gustaría dejarte seguir.

—Bueno, te agradezco mucho.

—De nada.



El preludio de una tormenta se hizo evidente como la inminencia de un escándalo. Ahora Iván giró la palanquita del limpiaparabrisas para imprimirle una velocidad más intensa: las gotas comenzaron a espesarse y la cortina de agua pasó a ser más y más amenazante.

—¿Y si nos detenemos en la próxima estación de servicio? —sugirió ella con una vocecita tímida que rompió el devenir temático imperante.

—Ah, bueno, sí, claro, dale —aceptó él con mansedumbre tras titubear por un par de segundos en los que se preguntó si estaba siendo escuchado realmente o no.

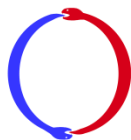
Yo: Hola, Iván, buen día. Espero que estés bien.
Más allá de todo lo que ya hablamos, me gustaría
que nos encontremos para aclarar algunas cosas más.

Dos horas pasaron y dos horas estuvo, como un animal hibernando, debajo de la sábana sollozando de a ratos, dormitando un poco, y todo el tiempo, cada cinco minutos como mucho, verificando si el mensaje era por fin replicado. El radiorreloj noventoso que conservaba desde su adolescencia (desde que falleció su abuela Alicia: el aparato era como una especie de elemento fetiche, un “guardián del sueño” que ahora resultaba inútil) ahora le ofrecía una música más animada. El sol afuera pugnaba por entrar por todas las hendijas de la persiana que no llegaba al tope del todo según cómo lo había dispuesto ella la noche anterior y todos esos últimos años, tic que Iván conocía de memoria. En algún momento por la cabeza se le cruzó la evidente idea de que su postura fetal, la suciedad de sus sábanas y las nulas ganas de incorporarse bastante se correspondían a alguna forma de depresión. Por alguna forma azarosa de la deriva mental, asoció para sí misma la teoría “el valle inquietante” de Mori. Neutralizó ambas ideas con otro gimoteo y con unos sonidos guturales que tenían una difícil traducción en el plano lingüístico, pero que muy bien podría apostarse que representaban los vocablos ininteligibles de la angustia.

El celular nunca mostró que hubiera mensajes como réplica por parte de Iván, mutismo que fue indignándola y, a la vez, paradójicamente, cargándola de una energía que, de pronto, canalizó con un movimiento que la hizo incorporarse de modo vehemente. Con la misma virulencia enrolló las dos sábanas, sacó la funda de la almohada, las arrojó al parqué y comenzó a regocijarse en el consuelo de una venganza.

A photograph of two dried, pressed pink roses against a solid black background. The roses are positioned diagonally, with one in the upper left and the other in the lower right. The petals are a vibrant pink color and have a crumpled, textured appearance. The stems are dark and woody, with some green sepals visible at the base of the flowers. The word "Abrazos" is written in a white, serif font in the upper right quadrant of the image.

Abrazos



Ginés J. Vera

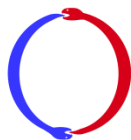
Para Miguel Ángel Pérez, por abrazar con las palabras

Quien con monstruos lucha cuide de no convertirse a su vez en monstruo.
Cuando miras largo tiempo a un abismo, también éste mira dentro de ti.

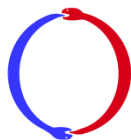
Más allá del bien y del mal, Friedrich Nietzsche



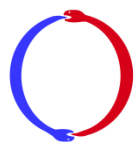
Le despertó un ruido seco. Como si alguien tropezase o algo cayese al suelo. Pensó en su hermano. Con seguridad, se habría levantado antes de la hora, a pesar de las veces que le habían dicho que no lo hiciera. Le imaginó sentado en la salita, frente al televisor apagado. Quiso regresar al sueño, girándose en la cama. Pero sus pensamientos no le dejaron. ¿Habría sido un trueno? Quizás fuera su madre, tropezando con la puerta del baño. Aunque ella solía dejarla abierta toda la noche para evitar así encender la luz. Sobre todo, en verano. Pronto oiría el sonido de la cisterna, se dijo, sus pisadas regresando al dormitorio interior. Decidió levantarse. Le pareció escuchar el sonido de la lluvia, aunque no estuvo seguro. Vio luz bajo la puerta del baño y, tras avanzar por el pasillo, la cama vacía en el dormitorio de su madre.



Como sospechó, en la salita, estaba Víctor. El televisor encendido, apenas audible, con sus dibujos animados preferidos, los de un gato azul y sus inventos. ¿Quieres desayunar?, le preguntó, pero aquel no dijo nada, solo miró levemente por la ventana; el cielo amenazaba tormenta. Recordó, en la cocina, la previsión para ese lunes. Los días así, Víctor no iba a su colegio *especial*. Los tres se quedaban en casa. El tintineo de la lluvia en el balcón precedió al latigazo de un trueno. Regresó a la salita para comprobar que su hermano estaba escondido bajo la mesa. *Trueno*, dijo en su media lengua de trapo. Suspiró antes de asegurarle que no pasaba nada, que la tormenta se iría. ¿Te hago hoy yo el desayuno? El siguiente trueno sonó débil, amortiguado; Víctor ocupó su silla, cerca del televisor, fijo en las aventuras del gato cósmico. Le llamó la atención el tiempo que su madre llevaba ya en el baño, quizá la cena no le había sentado bien. A oscuras, en medio del pasillo, pensó en cómo había cambiado su vida el último año. La casa parecía la misma que cuando era pequeño, como si el tiempo se hubiera detenido allí. Él fue a la universidad, encontró varios trabajos, vivió media vida aquí y allá hasta la muerte de su padre. Luego regresó para hacerse cargo, en parte, de su hermano. Un niño de seis años en un cuerpo de cuarenta, le dijeron en una de las reuniones, las profesoras del centro ocupacional. También por su madre; con la edad, esta parecía haber regresado a una segunda o tercera infancia. Solo que no podía tratarla como tal, era su madre. A solas pensaba en la singular tarea de cuidar a dos niños grandes: uno de nacimiento, otro por vejez. Cayó en la cuenta, de repente; la sombra bajo el baño se le antojó extraña, desigual, no se movía. Golpeó suave con los nudillos. Sin los audífonos, pensó, no le oiría. Llamó de nuevo con insistencia. Tardó unos minutos en decidirse a abrir preguntando si todo iba bien. Notó una fuerza tras la puerta. Soy yo, dijo. La vio, a duras penas, cuando pudo asomar la cabeza. Volvió a necesitar unos minutos apoyándose nervioso sobre la puerta cerrada. Por alguna extraña razón, lo que más le preocupó fue Víctor, qué le diría. La casa se llenó de extraños, su hermano les vio ir llegando sentado en su silla, mirándoles con su sonrisa especial. Llegaron y se fueron. Los camilleros primero, el médico y el forense, después. Se quedaron solos, en la salita. La mamá se ha puesto enferma, comenzó a hablar, a pesar de que los ojos de Víctor no se apartaron del televisor. Lo mismo pasará un tiempo fuera, en el hospital, añadió, notando cómo las palabras se empequeñecían en su garganta. *Colacao*, oyó. Asintió limpiándose las mejillas, sin añadir nada más. La noche fue extraña. Víctor durmió ajeno a la lluvia, abrazado a su juguete. Él, solo a ratos, pensando en su futuro. En el de ambos. Le ayudó a vestirse por la mañana, sin saber si contarle de nuevo lo del hospital, cuando oyó la palabra *mamá*. El coche negro brillante les llevó al tanatorio. A Víctor le gustó el sitio de techos altos lleno de flores aquí y allá, pero luego se cansó, pidió volver a casa en ese idioma inventado que solo entendían su madre y él. Ahora solo él. Encendió el televisor para distraerle. En el trayecto de vuelta, Víctor había preguntado inquieto qué había en la urna. ¿*Caramelos*? Quiso abrirla varias veces a pesar de que le dijo que no. El chófer de

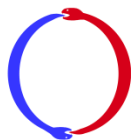


la funeraria le ofreció uno, mirándole. Estos niños son especiales, dijo. Recordó en ese momento, también al encender el televisor, para romper el silencio de casa vacía, justo eso. Cuando eran pequeños, su madre le dijo que su hermano era *especial*, que había nacido especial y tendría que cuidar de él cuando fuera mayor. No lo entendió. Nadie se lo explicó. ¿Qué quieres ver?, le preguntó aun sabiendo la respuesta, como para establecer un diálogo. *Doraemon*, sonó fuerte, ocupando su silla frente al televisor. Guardó la urna en un lugar seguro, en el amplio y silencioso salón; uno en el que Víctor no la encontrara para averiguar si dentro había caramelos. Rio y lloró a un tiempo ante la ocurrencia. Luego se metió bajo el hueco de la mesa, se ovilló allí. Víctor vino al poco y se colocó a su lado, apretando su muñeco. *Trueno*, dijo. Pero no con miedo, sino con esa sonrisa especial. La mirada de un niño con Down siempre es especial, le había dicho su madre, un día, cada vez más lejano. Trueno, dijo él apretando los dientes y los labios. Le hubiera gustado que alguien le hubiera tendido la mano y le hubiera sacado de allí para darle un abrazo. Un abrazo especial.



Esperando resultados





Goyo

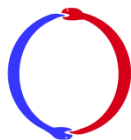


asaban unos instantes de las ocho de la tarde y se dispuso a una larga espera consultando la pantalla de televisión. Impaciente, recibió los primeros sondeos basados en las declaraciones de los votantes “a pie de urna”, una vez cerrados los colegios electorales y que según informaban se hacían de modo aleatorio en todo el país.

Comprobó que no aparecía ni en un exiguo tanto por ciento el partido que había elegido. Bueno, se tranquilizó, no eran datos del escrutinio, que apenas se había iniciado y del que todavía no daban información; además, esos votantes tal vez no manifestaban su verdadera intención, ya fuera por vergüenza, ya para confundir las primeras expectativas que después se apartaban a menudo del resultado final, o para burlarse del encuestador, en fin, pronto habría noticias reales con los primeros escrutinios.

Transcurridos unos minutos, los destellos de los primeros datos aparecieron: uno, dos, tres por ciento que, según lugares o zonas, progresaban más o menos rápidamente y pudo comprobar que, comparados con los sondeos a pie de urna, diferían notablemente, como era de esperar. Ah, ya lo suponía. Sin embargo, los votos a su partido seguían sin manifestarse. Bien, eran números recién iniciados y todavía no eran relevantes.

Comenzó a inquietarse cuando la situación no variaba al alcanzar el veinte por ciento, claro que, faltaba mucho mucho, concluyó, ya aparecerían los primeros éxitos con el progreso del recuento abarcando zonas



donde la opción que había elegido comenzase a dar sus frutos, paciencia. Estaba convencido de que se iban a producir variaciones a su favor, seguro.

Se apartó de la salita, cenó frugalmente en la cocina y volvió a ver la televisión. El escrutinio rebasaba el cuarenta por ciento y ni rastro. ¿Sería un descuido o un error de los informativos? Cambió a otras cadenas y comprobó que la información era idéntica.

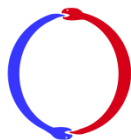
Cuando el porcentaje alcanzó el ochenta se le encendieron todas las alarmas. Lo mismo. Intercambió opiniones con su familia, incluso generó discusiones, no encontraba explicación para semejante debacle. Los líderes de otros partidos comenzaban a aparecer en entrevistas, exultantes a veces si los resultados les estaban favoreciendo, o justificando su derrota bien con peregrinas explicaciones difíciles de creer o reconociendo errores en la campaña electoral, otros, aunque habían descendido ligeramente, transformaban su declive con diferentes excusas y lo convertían en un relativo triunfo. Como se solía decir, todos ganaban.

¿Todos? No.

Cuando se rebasó el noventa por ciento y su opción no aparecía ni remotamente se resignó y dejó de prestar atención a la televisión. Pero ¿cómo era posible? Con el dinero que habían gastado en propaganda para promocionar su partido. Era increíble, su voto por correo había sido desperdiciado. Correos había fracasado totalmente.

La tata



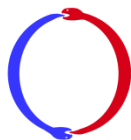


Encarnación Sánchez Arenas



acía un frío espantoso. Micaela, la tata, le ponía los calcetines a Luisito y a Adelaida. Los niños desobedecían las órdenes y se incorporaban de pie y descalzos. Adelaida pedía agua para beber y se lanzaba corriendo hacia la cocina. Luisito se dirigía hacia la cajeta de sus juguetes para guardar en ella un camión eléctrico que había quedado fuera, circulando por el suelo del salón. Adelaida lloraba, pues en la cajeta de juguetes de Luisito había quedado guardado su oso de peluche. El enfado fue considerable, al osito le faltaba un ojo de plástico de color verde. Luisito lo había dañado tratando de jugar con los juguetes de Adelaida.

La tata abrió la ventana: se escuchó el toque de queda de las campanas del entierro del tío Miguel. En la sala adyacente al cuarto de los juguetes de los niños se había instalado la mesa para soportar el féretro del tío Miguel. Adelaida había escuchado a la tata hablar de la mortaja de su tío. Ella había rezado al infinito para que no muriese. El cura sermoneaba a los asistentes del sepelio, comentándoles las hazañas del tío Miguel. Había predicado en Hispanoamérica los Evangelios a través de las catequesis que había impartido a los indígenas. Tras el sepelio dejaron el cadáver en la sala contigua de la sala de juguetes de los niños. La tata Micaela, Luisito y Adelaida rezaban ante el muerto. Miguel tenía la tez blanquecina y los ojos hundidos, sus manos se unían entrecruzadas, como si hubiesen salido de una cámara frigorífica. Luisito había colgado de un hilo de lana colgante una canica al brazo de Miguel sin que los asistentes se diesen cuenta, mientras la movía a modo de péndulo.



—¿Qué haces? —dijo la tata Micaela.

—Cuento hasta cincuenta oscilaciones del péndulo porque así el tío Miguel recobrará su vida.

La vecina Manuela había subido a rezarle al muerto y al ver el péndulo moverse gritó asustada, creyó que el muerto resucitaba. Por su parte, Adelaida puso un volanico en el zapato del tío Miguel. Manuela volvió a gritar:

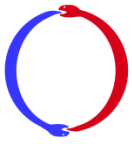
—Este muerto resucita, su respiración llega hasta el volanico de sus pies —dijo agitándolo.

Fuera, en la vereda del camino, hay cactus plantados a ambos lados junto a rosales rojos. Todas las mañanas la tata se levanta temprano y anda varios kilómetros de esta vereda. Hay un molino de agua a unos metros de su casa, su modelo esencial está compuesto por una rueda o turbina, que desencadena un doble proceso mecánico de traslación y fuerza, que a su vez será empleado en diversos usos industriales o agrícolas: desde sus más antiguas aplicaciones para moler cereales o el regadío hasta su aprovechamiento como planta hidroeléctrica, para producir electricidad. Es el agua del Río Grande la que hace trabajar a este molino.

La tata recuerda cuando hacían el camino, siguiendo el curso del río junto al tío Miguel. Metían sus manos entre las rocas y emergían nidos de peces que cabían en ellas, algunos se escurrían ante el tacto de las escamas. Las sandalias protegían los pies del empedrado dentro del agua muy fría. A un lado y otro de las orillas hay álamos cuyas hojas se aletean plateadas ante el aire que las sacude. Los álamos se multiplican por esquejes y por renuevos que brotan abundantemente alrededor de un pie adulto. Florecen antes de que broten sus hojas.

Lo llaman “El Paraje del Algarrobo”. Su fruto, la algarroba, una vez maduro, puede consumirse crudo, debiendo tenerse un poco de cuidado de retirar o no morder las semillas porque son muy duras. Con la algarroba es posible preparar un sucedáneo del chocolate llamado *carob* (que es algarrobo en inglés), muy utilizado en alimentos dietéticos. Sus hojas tiernas y frutos constituyen un buen alimento para el ganado. Como efecto del pastoreo de cabras y ovejas, las hojas y ramas más bajas son las que primero se consumen, y se dejan para el año siguiente la misma ubicación de las hojas más recientes.

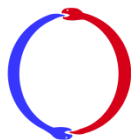
Micaela todavía recuerda la mañana en la que Miguel y ella apostaron a los caballos en el hipódromo. El 7 de julio era día de la apuesta, Miguel había conseguido leer el periódico de la jornada siguiente, viendo los resultados de los caballos ganadores con un día de antelación. Todo era



fantástico, incluso el valor temporal, pero Micaela y Miguel consiguieron ganar mucho dinero, asentándose definitivamente en España sin necesidad de tener que volver a emigrar a Hispanoamérica. Miguel decidió impartir catequesis a un grupo de inmigrantes que habían salvado de ahogarse. Precisamente Miguel volvió a leer el periódico del 17 de julio, siendo el día anterior. Había leído en sus páginas que una balsa de plástico contenía veinte extranjeros a punto de ahogarse, por ello, el 16 de julio fue al punto de salvamento de Cruz Roja y lograron rescatarlos de las aguas del Mediterráneo. Estos aceptaban la catequesis de Miguel, para ellos era un mesías que los había salvado. Él no caía en dogmas.

A photograph of a classroom with rows of wooden desks and chairs. In the foreground, a stack of books is on a desk. In the background, a chalkboard is visible with some writing, and a few people are seated at desks. The lighting is warm and the scene is slightly out of focus in the background.

Etcétera, o La clase de latín

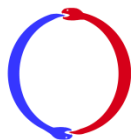


Miguel Quintana



Las dos piezas que tengo delante están siempre medio jugando, con su gramática, con su cuaderno, levantando y cerrando la tapa de su pupitre, escribiendo notitas aquí, garrapateando dibujitos ahí; y los elementos que tengo detrás posiblemente no les van a la zaga, tan deseosos de empaparse de los adverbios como los gatos del agua en el invierno frío, o de la nieve en el verano caluroso, tan deseosos de beber las preposiciones como los grillos en Júpiter y tan sedientos de las conjunciones de nuestros lejanos antepasados como...

—Hoy nos toca —grita allá en la palestra el arúspice, perdón, el profesor— dar un repaso a las palabras sin flexión... —hay palabras sin flexión, es verdad, ahora que lo pienso, no se doblan, hay palabras que no se doblan, que no se genuflexionan, que no se reflexionan, sí, señor, hay palabras de cuerpo entero y verdadero—, como los adverbios, las preposiciones, las conjunciones y las interjecciones. Así que vamos a ir rápidamente al caso. Bueno, vamos a ver... —y los garrapateados del pupitre delantero quedan en suspenso ante la espada de Damocles suspendida sobre su cabeza, tanto como sobre el resto de cabezas en el aula de latín, ante la tizona de la vacilación del *aruspiceprofesor* que hubiera podido con facilidad cortar el denso silencio súbitamente advenido, así como alguna de las cabezas que poblaban ese mismo silencio—... vamos a ver..., recordaréis que los adverbios pueden ser de lugar, de tiempo, de cantidad..., etcétera, etcétera,



etcétera —y el augur se regodea, como tantas veces antes, con el *etcétera*, no adivinando, a pesar de su oficio, que con ello le habría sido fácil a un quídam cualquiera bautizarlo de nuevo en el Jordán del colegio—... vamos a ver... —no sé por qué este *Etcétera* me recuerda al R.P. Fr. Antonio Arbiol, de la regular Observancia de Nuestro Seráfico Padre San Francisco, Lector dos veces jubilado, Visitador Apostólico (que fue) de Religiosos y Religiosas en la Santa Provincia de Canarias, Calificador del Santo Oficio y Padre de Provincia en las Canarias, Valencia, Burgos y Aragón, cuyo libro se publica, con licencia, en Madrid, por Juan Muñoz, en el año de 1733, en su impresión séptima, a costa de Francisco Asensio, Mercader de Libros, libro que se hallará en su Tienda, en las Gradass de San Felipe el Real, libro que más o menos se intitula *Desengaños místicos*, dedicado *A las almas detenidas o engañadas en el Camino de la Perfección*, donde *Discúrrense las más principales causas y razones por qué siendo tantas las Personas que tratan de Oración Mental son tan pocos los que llegan a ser perfectas*. Donde también *Se descubren los daños y se aplican convenientes remedios para que lo que se trabaja en el Camino Espiritual, aunque sea poco, vaya seguro, y se libren las almas de los perniciosos errores de Molinos*, sí, amigo *Etcétera*, tienes toda la pinta de observar a nuestro seráfico padre, igual que Arbiol, cuyo libro hojeé ayer en la biblioteca, y me da el pálpito que te gustaría discurrir las más principales causas y descubrir los daños perniciosos para liberar a las almas de los errores de Molinos... —vamos a ver... *Prioro*, tú: dime los adverbios de lugar.

Y *Prioro* se levanta sin ganas y comienza a desgranar adverbios en voz baja.

—Por ejemplo, *Ubi*, dónde; *hic*, aquí; *illic*, allí; *ubique*, en todas partes... —Y *Prioro* se quedó anclado en todas partes.

—¿Qué más?

—Eh..., eh...

—A ver, más adverbios de lugar. —La voz de *Etcétera* parecía el dechado por antonomasia de la paciencia.

—*Hic*, aquí... —Pero *Prioro* no salía del atasco.

—Ya lo dijiste antes.

—Ah, sí... Eh..., eh...

—¿Qué pasa, no sabes más?

—Eh..., eh...

—Sí, estás bueno tú. A ver, dime ahora adverbios de tiempo.

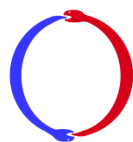
—*Hodie*, hoy; *heri*, ayer; *cras*, mañana; *statim*, en seguida; *tunc*, entonces; eh..., eh..., eh...

—Venga, hombre, más adverbios de tiempo.

—Ah, sí: *postea*, *tandem*, *nunc*, *nunquam*...

—Pero, ¿qué significan?

—*Nunquam*, nunca; *nunc*, ahora...



—¿Y *tandem*? *Tandem*... ¿No lo sabes, eh? Estás tú bueno, sí, morrocotudo. ¿Y *postea*?

—*Postea* significa después.

—Bien, vamos a ver, dime más adverbios de tiempo.

—Ah, sí, *pridie*, el día antes...

El día antes estuve en la biblioteca con los *Desengaños místicos* de Arbiol, y con *La falsa filosofía, o el Ateísmo, Deísmo, Materialismo y demás nuevas Sectas convencidas de crimen de Estado contra los Soberanos y sus Regalías, contra los Magistrados y Potestades legítimas*, hojeando su *Libro Primero, donde se combaten las vanas Hipótesis y Principios sediciosos de los Ateístas, Deístas, Fatalistas, Naturalistas y demás pretendidos Filósofos*, de Fr. Fernando de Zevallos, Monje Jerónimo del Monasterio de San Isidro del Campo, obra que, con Privilegio y las Licencias Necesarias, se publica en la asombrosa ciudad de Madrid, en la Imprenta del impresionante D. Antonio de Sancha, en el año de Nuestro Señor de 1774, obra en la que en su *Libro Primero, Parte Primera, Disertación Primera*, se demuestra contra el Ateísmo la existencia de Dios, viendo en el *Número I* el Peligro en disputar la existencia de Dios, en el *II* decidimos que *Mejor se conoce a Dios hablando con él que hablando de él*, en el *III* preguntamos *¿De dónde nace estar atrasada la ciencia de Dios?*, *IV*, *V*, *VI*, *VII*, *VIII*, etcétera, etcétera, etcétera, *Artículo Primero, donde se prueba la existencia de Dios por el mismo hecho de los que la niegan*, *Número XIV*, donde se pregunta el bueno de Zevallos *¿por qué habla tanto el Ateísta contra Dios, si no hay Dios?*, *XV*, que afirma cómo el pío habla siempre de lo que ama y el impío de lo que aborrece...

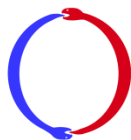
—... *aliquando*, alguna vez; *adhuc*, hasta ahora; *interea*, entre tanto; *nondum*, aún no; *denique*, por fin.

—Bien, vale. De cantidad, dime ahora los de cantidad.

—*Minus*, menos; *plus*, más; *multum*, mucho; *nimis*, demasiado; *tantum*, solamente; *satis*, bastante.

—Bueno, es suficiente; y ahora los de afirmación, de negación y de duda. Venga, vamos a ver: los de afirmación...

Adverbios de afirmación..., palabras sin flexión, *sí*, enteras, *no*, enteras, *quizá*, enteras, la mente afirma, niega y duda, es curioso, de forma rotunda, de la misma forma como Zevallos afirma la existencia de Dios por el mismo hecho de los que la niegan, en el *Artículo Primero* de la *Disertación Primera* de la *Parte Primera* del *Libro Primero* de su *Falsa Filosofía*, rebatiendo y destrozando todas las dudas y todas las negaciones de todos sus contrarios, y pasa al *Artículo II* con una segunda afirmación, después al *III* con una tercera afirmación rotunda de la existencia de Dios tomada de la noción de verdad, donde no puede entender que no exista una verdad inmutable, haciendo en el *Número XLII* una observación digna de notarse sobre las ideas del ser y de la verdad, pasando al *Artículo IV*, donde



afirma, sí, afirma la existencia de Dios tomada de la idea de la perfección, dejando en el *Número LI* al tonto de Descartes como un guiñapo, y sigue al *Artículo V*, ahora ocurre que la repugnancia de un proceso en infinito, que todos los filósofos conocieron, según él, lleva a afirmar la existencia de un ser necesario, proceso en infinito que admite hoy, dice Zevallos, el *pseudofilósofo* Espinoza, y a partir de ahora vienen los *Números LVIII, LIX*, etc., en los cuales encuentra un ser inteligente, o que piensa, de aquí se toma la prueba infalible de la existencia de otros seres y se comienza a buscar un principio de razón suficiente, preguntándose dónde radica este principio de razón suficiente de mí mismo, respondiendo que no radica en la materia ni en el universo, volviendo a preguntarse si radicará en la nada, y respondiendo que es muy fácil ver que de la nada nada se hace ni se prueba, por consiguiente hay que buscarlo en otro ser inteligente superior a mí mismo, que será, se pregunta, necesario o contingente, respondiéndose que un ser contingente no da jamás razón suficiente de otro ser contingente, luego ha de haber necesariamente un ser necesario, aclarando esta prueba metafísica con varias pruebas, viniendo luego a afirmar que, en rigor metafísico, debería Zevallos primero dudar de su ser que del Ser Necesario, esto en el *Número LXVIII*, que hasta aquí hemos llegado, y pasamos más allá, al *LXIX*, afirmando que es suma necedad decir que la idea de Dios nació de ignorar la causa de los seres, con la implicaciones subsiguientes de los *pseudofilósofos*, ya que precisamente conocer la insuficiencia de los seres contingentes es lo que nos lleva a la idea de un Ser Necesario y, por ejemplo, la razón suficiente del movimiento no se halla sino en un Primer Motor, primer motor que no debe moverse, de donde se infiere claramente que un ser inmutable tuvo que existir desde la eternidad, y que todo lo hecho está hecho por otro, de donde se infiere también, quién lo duda, la existencia de un Bello Esencial, de un Justo Inmutable y Esencial y de una Bondad Eterna, Esencial e Inmutable, así que ¡cuán funestos son para el Estado los dichos principios del Ateísmo!, se admira Zevallos, concluyendo a continuación el propio Zevallos que ha de...

—¡¡¡Villacelama!!! ¡Qué pasa contigo, hijo! ¡Te estoy preguntando los adverbios de modo!

—¿Los adverbios de modo?

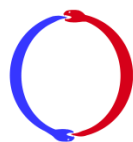
—¡Verás tú! ¿No estábamos con los adverbios?

—Sí, señor.

—Pues venga, a ver, dime adverbios de modo.

—Bueno, los adverbios de modo se derivan generalmente de los adjetivos y de los participios. Por ejemplo, del adjetivo *pás* se deriva *pántos*, que significa totalmente; de *alezés* se deriva *alezós*, verdaderamente; de *diaferón*, *diaferóntos*, que significa diferentemente...

—¡Pero, Villacelama, estamos en clase de latín! ¡Vaya *diaferontos* que estás tú hecho! ¡Un *diaferontos* pistonudo, sí! ¡No estamos en clase de griego, besugo, sino de latín! —Carcajadas abundantes. La tensión del aula quiere esfumarse en risas, causadas por mi lapsus.



—Sí, señor... —No hay que contrariar demasiado a Fr. Arbiol-Zevallos, pues, teniendo en cuenta el ardor con que combate a los criminales de Estado (tipo Descartes o Spinoza) que se atreven a dudar de la existencia de Dios, es de imaginar lo que pueda hacer para quitar el pábilo a mi vela, así que yo mismo tengo que quitármelo, y lucirme: —Hay varios adverbios de modo...

—¡Cómo es eso!

—Sí, señor, hay adverbios de modo derivados del adjetivo, tanto positivo, como comparativo o superlativo. Por ejemplo, el superlativo acaba en -e: *fortissime*, muy fuertemente; el comparativo en -ius: *fortius*, más fuertemente. En ambos casos, basándose en el adjetivo *fortis*, evidentemente.

—¡Evidentemente!

—Por su parte, el adjetivo positivo depende de la declinación: los de la primera y segunda lo forman en -e, como de *dignus*, *digne*, dignamente; de *pulcher*, *pulchre*, hermosamente. Y los de la tercera declinación, en -iter, por ejemplo, de *brevis*, *bréviter*, de *felix*, *felíciter*, etc. Por otra parte, hay adverbios de modo en -m, que vienen generalmente de algún supino: *furtim*, *certatim*, *sensim*, *contemptim*. Sin embargo, los más habituales son: *Male*, *bene*, *sic*, *ita*, *máxime*, *vix*, *ultro*, *clam*... ¿Quiere que diga su significado?

—¡Vaya *habitual* que estás hecho tú! ¡No, no me lo digas! ¡Siéntate, y pon atención a lo que se dice en clase!... Vamos a ver, tú, *Brañuelas*, las preposiciones. —Y *Brañuelas* se levanta con cara de mártir, y recita con voz quebrada:

—A, ante, apud, circa, citra, contra, erga, extra, infra, inter, iuxta, penes, post, prope, supra, trans, ultra...

—Te has comido muchas, *Brañuelas*, te has comido muchas. A ver, qué rigen estas.

—¡Ah, sí! Acusativo.

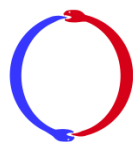
—¿Y las de ablativo?

—Es que esas no entran.

—¡Cómo que no entran! ¡Entran y salen!

—Es que para hoy solo entraban los adverbios y las preposiciones de acusativo.

—¿Es eso así? —pregunta el arúspice fray Antonio Arbiol, llamado por todos fuera de su presencia, *Etcétera*, cuyos *Desengaños místicos* me hicieron ayer temblar un rato en la biblioteca al recordarme las *Máximas Fundamentales* que pone en el *Capítulo XXIII del Libro I* de su obra, la primera de las cuales reza que *el negocio de tu salvación no ha de ser para ti el primero, porque no tiene segundo, sino el único y singular; si tú te pierdes, para ti todo está perdido*, etcétera, etcétera, etcétera; y otro rato mayor temblando al considerar sobre las diabólicas astucias con que el demonio procura apartar a las almas... —¿No teníamos también para hoy las conjunciones y las interjecciones?



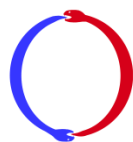
—No, no, solo los adverbios y las preposiciones —dicen varias voces desde puntos distintos del aula.

—Vale, vamos a pasar, pues, a la traducción —dice *Etcétera* entonces—. Bueno, a ver, cuando empezamos con Virgilio (os acordaréis) hicimos un recorrido por su poesía, estuvimos hablando de los antecedentes homéricos y de otros antecedentes poéticos griegos que Virgilio va a usar, tanto en las Bucólicas o Églogas, como en las Geórgicas o como en la Eneida; no vamos ahora a repetir todo lo que entonces se dijo, con todas las características de su poesía, etcétera, etcétera, etcétera; os remito así pues a las notas que os di. Y como ya hemos acabado con algunas partes de las Geórgicas, vamos a pasar a la Eneida. A ver, la tenéis todos ahí, a la vista, ¿no? Vamos a empezar por el principio, por el *Libro I*, así que abrid todos la Eneida por el *Libro I*. ¿Ya la tenéis? Bueno, leo yo. —Y, tras una larga pausa, engola algo su voz para declamar—: *Arma virumque cano, Troiae qui primus ab oris...* —Y *Etcétera* sigue recitando con fruición al poeta.

¡Ah, esto es distinto! Aquí Arbiol parece que se olvida de sus designios, del negocio del alma, de las astucias demoníacas del propio Lucifer..., y obliga a la lira de Virgilio a extraer de sus cuerdas las más bellas notas. ¡Con qué vehemencia invoca: *Musa, mihi causas memora, quo numine laeso, quidve dolens regina deum tot volvere casus insignem pietate virum, tot adire labores impulerit!* ¡Adiós crímenes de estado! ¡Dónde os habéis quedado, oh, ateos! ¡Zevallos enternecido!

Y a pesar de ello, a las dos piezas que tengo atrás, seguramente como a las que tengo delante de mí, les debe importar tanto el entusiasmo del virgiliano declamador en la palestra (aunque suplique a la Musa que le recuerde las causas por qué dios ofendido o a qué grave dolor se ha abandonado la reina de los dioses que ha impelido a un héroe tan piadoso a pasar por tantos infortunios), como a la propia Musa (que cita el poeta), contar los granos de arena de las playas del Peloponeso, o a las otras ocho Musas restantes freír espárragos en las laderas del Olimpo, e incluso en su misma cumbre. Porque, aprovechando que los ojos del arúspice escrutan con denuedo y coraje los versos del mantuano, tan ebrios de su belleza que le impiden ver en ese momento otra cosa, están esas dos buenas piezas preparando el partido de fútbol que van a jugar en el próximo recreo y, tras varios *cartes* y descartes, la composición de los dos ejércitos va quedar, salvo mejor y ulterior encuadre, de la siguiente forma: en uno de ellos, *Matallana, Onzonilla, Riello, Sariegos, Villamejil, Sahagún y Maraña*; y en el otro, *Lucillo, Campazas, Izagre, La Bañeza, Sabero, Almanza y Gra-defes*, quedando de capitanes, la pieza que tengo detrás de mí a mi izquierda, del primer ejército; y la de mi derecha, del segundo.

Componer ejércitos que se batan bien en el campo de batalla con honor, denuedo y hombría, no es tarea fácil. Hay problemas de estrategias,



de avituallamiento, de eficacias... Y esto, sin citar el resto de otras ciento contingencias.

—No, no, en el primer equipo no pueden estar *Riello* ni *Sariegos* porque no tienen ni repajolera idea de lo que es una buena defensa y entonces *Almanza* y *Gradefes* podrían campar a sus anchas cuanto les viniera en ganas convirtiendo la portería de *Matallana* en un auténtico coladero, así que *Riello* para tu equipo y te lo cambio por *Campazas*, que va mejor...

—Bueno, pero entonces también quiero a *Maraña*.

—Ni hablar, ese está conmigo.

—Bueno, pues cámbiame a *Sahagún* por *Almanza*.

—Vale.

—Y a *Villamejil* por *Izagre*.

—Vale, pero si me cambias tú a *Lucillo* por *Matallana*, que a este lo conozco bien y sé lo que hay que decirle para que pare los balones.

—No sé...

—... *Cum Juno, aeternum servans sub pectore vulnus, haec secum: Mene incepto desistere victam nec posse Italia Teucrorum avertere regem?*...

—Me pido la portería de abajo.

—De eso nada, se sortea y punto.

—Pues entonces nos cambiamos de campo a mitad de partido.

—Vale.

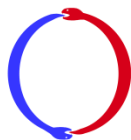
—Oye..., otra cosa. ¿Y si ponemos a *Villacelama* de árbitro?

—¡Qué dices, chaval, estás chiflado!

—¡A vosotros va a arbitraros tu madre! —exclamo imitando descaradamente a Juno, la diosa celosa de que Palas pudiera quemar los navíos de los griegos, alborotar el mar con los vientos, arrebatar a Ayante en un torbellino estrellándolo contra un agudo escollo, y ella, ella misma, la reina de todos los dioses, nada menos que hermana y esposa a la vez de Júpiter, perdiendo su tiempo en hacer la guerra a un solo pueblo por tantos años...

—¡Oye, no me mientes a mi madre, *mecagüen*...! —exclama encarándose conmigo uno de los capitanes.

—¡Qué pasa por esa zona, hombre! —dice *Etecétera* levantando su vista *presbiciosa* durante dos segundos del *Libro I* de la Eneida; pero que sin querer ver nada continúa—: *Hic vasto rex Aeolus antro luctantes ventos tempestatesque sonoras imperio premit ac vinclis et carcere frenat*. Bueno, aquí tenemos los primeros cincuenta y pico versos. Mañana me los traéis traducidos. También hay que analizarlos bien..., vamos a ver..., *deos Latio*, ver qué es esto, también *fato*, ver qué *Musa* es a la que se refiere, ver qué es *numine laeso*, *deum*, *pietate*, *omnibus*, ver las figuras retóricas que usa, por ejemplo, cuando dice *luctantes ventos tempestatesque sonoras*, ver qué es esto, la transposición de casos, el uso de los verbos, etcétera, etcétera, etcétera, de estos cincuenta versos, usando, por supuesto, el material de Virgilio que ya os di y que ya vimos... Y repasamos también las conjunciones y las interjecciones; mañana sí que entran —recalca otra vez

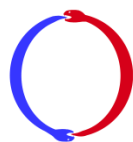


el *Etcétera* franciscano de Arbiol, empapado de contemplación y teología mística, rebosante a más no poder de Dionisio Aeropagita, Tomás de Aquino, Buenaventura, Francisco de Sales, Juan de la Cruz, Teresa de Jesús, Táulero, Gersón, Bernardo, Ignacio, Luis, Pedro, Alonso, Isidoro, Nicolás, etcétera, empapado de muchos más, prácticamente empapado de todos..., menos de Miguel de Molinos, el de los perniciosos errores, pero que se olvida de todos ellos cuando se enfrenta al bello Virgilio que imita al aún más bello rapsoda de Homero.

—¡Qué pasa, gilipollas! —me increpa el capitán furioso y amenazante, ya acabada la clase y retirado del aula *Etcétera* y varios de nuestros mutuos colegas—. ¡Qué tienes que decir de mi madre!

—Que me importa un bledo tu equipo y tu partido, y que lo arbitres tú si te da la gana, y que gilipollas lo serás tú y tu madre y tu padre y cuatro o cinco generaciones anteriores... —dije, y el puñetazo que me dio creo que me está aún doliendo ahora, una semana después.

—Ese imbécil se cree que porque sabe mucho latín puede decir cualquier cosa. —Oí decir desde el suelo, envuelto en una gruesa manta de dolor y sobre una blanca sábana manchada de sangre, a uno de los capitanes, el que me golpeó, que ciertamente no hizo mucho caso de don Gonzalo Fernández de Córdoba, el *Gran Capitán*, cuando aconseja no cerrar la mano, ya que como mejor se goza de los bienes es dándolos.



Créditos de fotografía e ilustración



Portada y contraportada de Charo San Segundo

6	Ejrrjs
14	Glogger
30	Musa mosaico
35	Andre Benz
37	Fer Nando
39	Ivana Cajina
48	Séeberger frères
80	Joshua Earle
89	Michael Dziedzic
96	Luca Volpe
100	Erik Mclean

Con el agradecimiento de **OCEANUM**



Oceanum 2605-4094